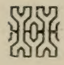
JOSÉ MÁRMOL

Poesías escogidas

EDICIÓN CRÍTICA
dirigida por
CALIXTO OYUELA



BUENOS AIRES

AGENCIA GENERAL
DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
RIVADAVIA 1573

1922

INDICE GENERAL

ADVERTENCIA SOBRE ESTA EDICION

En una nota del segundo tomo, volumen II (*página* 906), *de mi* "Antología poética hispanoamericana" *(tan incruentamente picada por nuestros mosquitos literarios) hacía yo notar "la gran falta de una esmerada edición de* "Poesías escogidas" *de Mármol, libre de tanto error de copia y tipográfico, que se ponen a cuenta de sus incorrecciones". "Una edición así depurada — añadía — presentaría su verdadera* obra poética, *y poniendo a raya la vulgar rutina a su respecto, alzaría ante el público un nuevo Mármol".*

Esa nota sugirió a mi amigo el excelente poeta Carlos Obligado la idea de costear una edición de Mármol en esas condiciones, hecha bajo mi dirección, y precedida de mi estudio sobre el poeta, que la referida Antología *contiene. A esa iniciativa generosa y patriótica (quien lo hereda no lo hurta), que yo acepté como un honor y con la complacencia más viva, del moderno cantor del Paraná, se debe esta edición crítica de poesías escogidas del gran lírico argentino.*

En verdad, pocos poetas necesitan y merecen tanto como Mármol una selección inteligente de sus versos, para poder saborear libremente sus bellezas y apreciar sus altas facultades en su verdadero valor. Su carácter per-

sonal, su poco acendrada cultura, los alardes indómitos y anárquicos, propios de su escuela, su gusto inseguro y las terribles borrascas de su tiempo, que tan de cerca le combatieron, y que al par que llevaron a sus inspiraciones un soplo poderoso de realidad y de dolor, una materia substancial y viviente, hacían punto menos que imposibles los escrúpulos del arte puro, la mera consideración estética, el gusto del detalle perfecto, fueron causa de que en sus obras (juveniles todas, como escritas entre los veintitrés y los treinta y tres años) alternaran, y a veces se entremezclaran, las más altas inspiraciones, las más encumbradas bellezas, con versos fútiles y vulgares, sin pensamiento, sin emoción y sin arte, escritos por escribir, y totalmente indignos de su genio. ¿Cómo no separar cosas tan discordes, para dejar el oro puro y luciente, sin la escoria que ocasionalmente *le empañaba, y poner al poeta a su verdadera luz, con lo que en él hubo de substancial e imperecedero? ¿Cómo no defender de las calumnias levantadas, por negligencia o indiferencia, contra sí mismo, al gran contemplador de la naturaleza en los* Cantos del Peregrino, *al tremendo flagelador de Rosas, al hondo elegíaco del destierro, al artista, en fin, capaz de esculpir estrofas como esta, de* Desencanto, *tan extraordinariamente admirable y perfecta, no superada hasta hoy por ningún poeta argentino?*

Cortamos con afán pasto que enerva,
En un sepulcro, venerada rosa;
Pero pasa el dolor, crece la hierba,
Y el rosal muere en la desierta losa.

Creo, por otra parte, que esta edición escogida y depurada de Mármol llega para nosotros en ocasión opor-

tuna, como una especie de contraveneno poético. En esta época de bárbaro refinamiento literario que nos atraviesa, bueno es volver solícitamente los ojos a la eterna verdadera poesía.

Tal es el propósito de la presente edición, que es bien extraño no se haya intentado antes para honra de nuestras letras. El criterio que me ha guiado en ella, no es, ni debía ser, el de un severo florilegio destinado a una antología, en donde sólo puede hallar cabida lo más alto y representativo de cada poeta. Tratándose de las obras *de un solo autor, aunque seleccionadas, he creído que debía incluírse todo lo que no fuese decididamente malo o mediocre, todo lo que, aun sin alcanzar a las superiores esferas del arte, al nivel de las más elevadas contemplaciones del poeta mismo, ofreciera algún interés de gracia, delicadeza o ingenio. Mármol tiene algunas piezas así, y no había razón para arrancar esas lindas aunque modestas hojas de su corona.*

Forma esta colección, en primer término, cuanto hay, a mi juicio, de alto mérito o de relativo interés en los Cantos del Peregrino, *la mayor inspiración del poeta. Dada la índole del poema, su falta de acción y de unidad orgánica, simple reflejo de estados espirituales diversos dentro de una situación y circunstancias determinadas, esta presentación fragmentaria, pero abundante, en nada felizmente le perjudica, ya que es de su esencia misma; y tiene, en cambio, la ventaja de eliminar lo estéril y ofrecer condensadas y en plena luz sus extraordinarias bellezas.*

Al Peregrino, *sigue una escrupulosa selección de las* Armonías. *Las conocidas hasta hoy, así en las dos ediciones auténticas del poeta como en las posteriores (sin contar* La noche, *que no es sino la primera parte de un magnífico trozo del* Peregrino, La noche obscura, *e incluyendo* Mi fantasía, *ínfima por cierto, publicada úni-*

camente en la Antología de poetas argentinos, *del señor Puig), suman* 55. [1] *De ellas he escogido solamente* 18, *persuadido de que las restantes no ofrecen interés alguno poético o artístico, y no sirven sino para empañar el brillo de las hijas legítimas del talento de Mármol y para extraviar el juicio que sus altas facultades merecen.*

Una atención especialísima he dedicado a la corrección y depuración del texto, que en diversas partes aparece justificadamente renovado. Cuanto se diga sobre la incuria, deslices tipográficos y errores groserísimos de sentido de las ediciones corrientes del Peregrino, *será siempre pálido ante la realidad. En las* Armonías *hay que distinguir el texto generalmente correcto de las dos ediciones auténticas, de* 1851 *y* 1854, *de las posteriores, sobre todo en lo que se refiere a las piezas en aquéllas no contenidas y dadas a luz después, a veces considerablemente estropeadas.*

De los Cantos del Peregrino *no queda ninguna edición auténtica, pues las hechas en Montevideo por el autor, de manera muy incompleta, son desde hace mucho absolutamente inasequibles. Sólo el canto XI fué publicado aquí, en vida del poeta, en el periódico "La Reforma Pacífica", números del* 14 *de Enero y siguientes, de* 1857. *Para la indispensable depuración de los textos conocidos, tantas veces disparatadamente viciados, he debido, pues, atenerme a inducciones evidentes o razonables, que, tras de un atento examen, he admitido sin vacilación. De algunas de esas correcciones importantes doy cuenta*

---

(1) Todavía puede contarse una más: la titulada, *Al 18 de Julio, aniversario de la Constitución Oriental.* Se halla en un tomito de *Poesías argentinas* (escritas por emigrados en Montevideo), que lleva el N.° 22055 en el catálogo de nuestra Biblioteca Nacional. Es increíblemente ramplona, y bien mereció el repudio de su autor.

en notas puestas al pie del texto corregido (páginas 70, 166, 169, y 182) ; *añado al fin del volumen un índice general de todas ellas; pero no puedo menos de anticipar aquí dos curiosas muestras correspondientes a la espléndida* Súplica, *del Canto VI del* Peregrino. *Al llegar, en su vuelo imaginativo, a la región de Tucumán, pide el poeta ser reclinado sobre la* blanda alfombra

De nardos que codician las jarras *del Edén.*

Así rezan, disparatadamente, todas las ediciones hoy conocidas. (La edición antológica del centenario pone, para mayor encanto, dardos, *en vez de* nardos). *¿Es posible dudar un momento de que el poeta no pudo escribir tal desatino, ni de* q*ue dijo propiamente* auras (*codiciadoras del aroma del nardo) y no* jarras? *¿Qué jarras habría en el Edén, como si fuera una sala amueblada, y por qué habrían de codiciarlas los nardos?*

En seguida hubo de añadir, sin duda, muy propiamente:

Cubierto me contemple por dulimán *y chales*
De azahares.....

..Pero en vez de dulimán, *vestidura talar turca, bien asociada en el verso a* chales, *la edición de* 1889 *y la de la Antología argentina del centenario ponen* dulipán, *que nada significa, mientras la posterior, de "La Cultura", juzgando sin duda hacer una corrección segurísima, estampa triunfalmente....* tulipán! [1]

Algo debo decir, por último, del criterio adoptado pa-

(1) No pretendo haber evitado en absoluto todo error tipográfico en esta edición, cosa siempre imposible; pero son pocos y de muy escasa importancia, y van salvados al fin del tomo, en fe de erratas.

ra el texto del célebre trozo Los trópicos, *del tercer canto del* Peregrino. *De este trozo, como del de* Las nubes, *inexplicablemente desaparecido después en las sucesivas ediciones del poema, tenemos una edición auténtica, la de la hoy agotadísima* América Poética *de Gutiérrez, que los obtuvo personalmente del mismo Mármol, en Río de Janeiro. Pero en una nota al canto III, publicado por el autor en Montevideo, en 1847, reproducida en la edición de 1889, advierte éste que ha hecho algunas* ligeras alteraciones *en el texto entregado unos años antes a Gutiérrez. ¿Son esas alteraciones las que aparecen, tantos años después, en la edición de su hijo, de 1889? Es de presumirse así; pero, de todos modos, no hay duda que de esas alteraciones proceden las variantes que se observan en numerosas reimpresiones, ya en colecciones del poeta, ya en antologías, de ese magnífico trozo, según procedan del texto primitivo publicado por Gutiérrez, o bien del moderno de 1889. Estudiando dichas variantes, la preferencia se inclina alternativamente, unas veces al texto primitivo, otras al retocado.*

Cuando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dïos...

dice el texto primitivo; pero en las posteriores ediciones se encuentran dos variantes del último verso:

Y decretó el diluvio desde su trono Dios...
(Edición de 1889)

Y le arrojó el diluvio desde su trono Dios...
(América Literaria, de *Lagomaggiore*, 1890)

Ahora bien, sea o no auténtica la corrección de 1889, es sin duda preferible la lección primitiva, y acaso lo sea más todavía la de la América Literaria, *que parece for-*

mada adrede de las dos anteriores, pues conservando el pintoresco verbo arrojó (1), *muy superior a* decretó *(tanto más, cuanto en la estrofa siguiente hay otro* decreto divino*), elimina la poco grata diéresis de* Dios, *del primer texto.*

El ya que su luz desdeña, *de la estrofa* 10.ª, *en la edición primitiva, es también mejor que la corrección de* 1889: su luz no necesita, *expresión más débil y prosaica. Mucho más inaceptable es todavía la corrección introducida en la estrofa* 23.ª. *Dice bellamente el poeta, en la edición primitiva, refiriéndose a la tarde:*

Y muere silenciosa, mirando las estrellas
Que asoman indecisas con pálido color,
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano del Señor.

Este texto aparece estropeado en su sentido, y gramaticalmente incorrecto, en la edición de 1889, *seguida por muchas otras.*

La tarde, que *parece mirando las estrellas,*
Que *asoman indecisas con pálido color,*
Como las tiernas hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano del Señor.

En cambio, hay ocasiones en que el texto primitivo ha sido felizmente retocado en la edición del 89 y sus derivadas. Véanse estos ejemplos:

Donde cayó una gota del llanto de la aurora
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey.

(Texto primitivo)

---

(1) *"Y arrojó, con su enojo soberano,*
Las aguas del diluvio sobre el mundo,"

dice también el poeta en su composición al 25 de Mayo de 1840 (Armonía).

Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Nace una flor, y de ella nace un jardín después.

(1889)

La luz ardiente, roja, cual sangre de quince años...

(Texto primitivo)

La luz ardiente, roja, clarísima, brillante...

(1889)

Allí se poetiza la voz del corazón...

(Texto primitivo)

Allí se poetiza la vida y el amor...

(1889)

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas...

(Texto primitivo)

Brillantes, despejadas, inspiradoras, leves...

(1889)

Tratándose, pues, de diferencias entre un texto primitivo auténtico, y otro posterior, muy probablemente auténtico también, creo haber procedido acertadamente prefiriendo, en cada caso, el que es a todas luces mejor.

Una ligera corrección más, hecha sobre todas *las ediciones conocidas de este trozo, va en esta por mi propia cuenta. Dicen aquéllas:*

Las sierras y los montes en colosales formas
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
Lo (1) *mira de los montes* la esmeraltada *sien.*

---

(1) *Se mira,* dicen viciosamente algunas ediciones.

Para mí no cabe duda de que ese esmeraltada, *que proviene del texto primitivo y se repite en todos los demás, no es otra cosa que un error tipográfico en que, por raro caso, nadie ha reparado hasta ahora (ni yo mismo en mi* Antología*) al reimprimir ese pasaje. Ya que el capricho del poeta supuso un verbo* esmeraldar *(aparecer o vestir de verde-esmeralda), de donde derivó el participio correspondiente, éste no pudo ser* esmeraltado, *sino* esmeraldado. *La* t *nada tiene que hacer en el caso, aunque haya que reconocer, de todos modos, que aun restablecida la* d, *la invención resulta poco feliz.*

En una octava del canto XII, dice el poeta con mejor gusto:

Y las cumbres bordadas de esmeralda.

En cuanto al orden seguido en la selección de las Armonías, *aunque, por su índole, no puedan estar sujetas a una continuidad lógica, he procurado agruparlas con cierta libre armonía, según su asunto, importancia y carácter.*

Sólo me resta ahora, al terminar esta larga pero indispensable Advertencia, *dar aquí público testimonio de agradecimiento al señor Obligado por haberme honrado con la dirección de esta obra, que tan desinteresada y noblemente costea, y cuyo inteligente consejo he aprovechado en varias ocasiones al estudiar y escoger las composiciones o trozos con que debía ser formada.*

C. O.

Marzo, 1922.

ESTUDIO PRELIMINAR

I

Parecerá extraño y paradójico, pero este verdadero príncipe de los líricos argentinos, uno de los mayores de América y de nuestra lengua, no es aún, a pesar de su relativa y parcial popularidad, debidamente conocido ni apreciado entre nosotros. Es hoy aquí como un compromiso de buen gusto (sobre todo para quienes no están muy seguros de tenerle) el estimarle en poco. Su fama se nutre sólo de sus célebres invectivas contra Rosas, notables, sin duda, e insuperables en su línea, pero que distan mucho de alcanzar, por su misma índole, las grandes alturas poéticas en que soberanamente se cierne en los *Cantos del Peregrino.* De éstos se conocen generalmente, *en segundo término,* dos fragmentos publicados ya por Gutiérrez en su *América Poética* de 1846 y contemporáneamente por el poeta en Montevideo: el espléndido canto de *Los trópicos* y el bellísimo de *Las nubes,* ambos pertenecientes al canto III. Pero no se conocen ni citan los

muchos otros magníficos fragmentos, de la más alta, resplandeciente y conmovedora poesía, que tan genialmente esmaltan los cantos del *Peregrino.* No podría aducirse prueba más grande y triste de desorientación del sentimiento poético.

Mármol fué el último de nuestros románticos puros, del grupo venido en el *primer barco.* Pero no procede, como Echeverría, del romanticismo francés, sino del español, de Larra, Espronceda y Zorrilla, cuyos procedimientos a veces imita, pero moviéndose siempre con libertad e incontenible espontaneidad personal. Su procedencia artística en nada perjudicó a su originalidad ni al carácter profundamente nacional de su obra, por lo mismo que estaba naturalmente dentro de su propia raza y lengua.

Puede afirmarse sin temor que inauguró entre nosotros una *nueva poesía,* o mejor, la verdadera poesía, infinitamente más rica de savia y de color, más libre y desembarazada, de visión más ardiente de las cosas, de más intimidad y vibración lírica, de mayor plenitud y morbidez de formas que todo cuanto la había precedido. Fué, pues, el primero que mereció aquí sin reservas, y en la más íntegra acepción del término, el nombre de poeta.

Lo que tomó ante todo del Romanticismo fué el espíritu de libertad, para cantar noble y virilmente como poeta de su patria y de su tiempo. Y como Mármol no separó nunca el arte, de la vida, su anhelo y su acción de libertad se aplican indistintamente a ambos, sin arredrarse ante ningún extremo, en la unidad radical de su

espíritu y su temperamento. He aquí al respecto algunos *comprobantes*. En la poesía titulada *Ráfaga*, proclama así la omnímoda libertad artística, rebelde a toda regla:

Que vengan ora a prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Y creen que al arte de temor espantan
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que de él discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor e inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva a Dios.
. . . .

Que vengan hoy a prefijarle sendas
A lo que sientes palpitar violento,
Y después vayan a decir al viento:
Torced el vuelo y caminad ahí.
Díles que pongan sobre ti su mano
Y digan luego si cual tú latieron;
Si alguna vez inspiración sintieron
Para ser jueces de la que hay en ti.

Exhala, exhala a tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor o risa,
Tus temporales o ligera brisa,
Ronco alarido o melodiosa voz.
Es tu misión la inspiración que sientas.
Tu arte es tu vida; tu sistema, tu alma
Altiva o mansa, con ardor o calma,
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura y burla,
Corazón mío, el severo juicio;
Si no es su fallo para ti propicio,
No menos libre volarás doquier.
Ella se ocupa en levantar murallas
Para encerrar el sentimiento en ellas;
Y el corazón en agrandar las huellas
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada
Suelta tus velas a merced del viento,

Y cuando sople vendaval violento,
Las olas rompe del rugiente mar.
Y cuando pliegue sus inmensas alas
Y quede el mar transparentando el cielo,
Entonces suave con tranquilo vuelo
Podrás la linfa sin afán surcar.

No menos significativos son ciertos pasajes del humorístico canto IV del *Peregrino*, en los que alude a un tiempo a su arte y a su vida:

De las reglas del arte no me asusto,
Porque el arte soy yo. Tengo bastante:
Mi regla es la que arregla por fortuna
Mi vida y mis poemas sin ninguna.
. . . .

Yo soy un hombre que tranquilo rompo
Desde que niño fuí cuanto he querido:
Primero mis cometas y mi trompo;
Mi cartilla después y mi vestido;
Y mi lengua después; y escribo *pompo*,
Si el consonante a *trompo* se me ha ido:
Después mi corazón en mil pedazos,
Y del mundo después todos los lazos.

De este vuelo libérrimo suyo nacen, sin duda, muchas y grandes bellezas de sus poemas; pero también, por exceso vituperable, sus a veces irritantes defectos externos. No es el caso de hablar aquí de *reglas*, en el sentido de los preceptistas y de la retórica pseudoclásica; pero todo arte tiene necesariamente su técnica, que el poeta debe conocer y respetar, por reflexión o por instinto. Hay que abrir a las más hermosas concepciones poéticas un cauce terso y límpido por donde puedan deslizarse armoniosas, sin enlodarse con el barro y los derrumbes de una impura dicción, de expresiones impro-

pias, zurdas o triviales. Y este es, a veces, el pecado de nuestro gran poeta. *Rompe su lengua,* alterando su sintaxis, y con mayor frecuencia su prosodia. Cuando le conviene por la medida, el ritmo o la rima, escribe sin duelo *caén,* por *caen, traén,* por *traen, caós,* por *caos,* por *edén, eden,* lo que resulta intolerable y desmedra el efecto del más bello rasgo. Otras veces, por negligencia y falta de un saludable escrúpulo artístico, echa mano, al desplegar una magnífica imagen, de la primer palabra que se le viene a la pluma, sin mirar si es la justa, y si tiene la energía o transparencia que la idea misma reclama. Así dice, para pintar el ocaso:

Guardaba el sol los rayos de su frente;

y la palabra *guardar* da aquí más la idea de poner una cosa cualquiera en una caja o bolsillo, que la de velar u ocultar el sol su lumbre. En su bello canto *A las estrellas* (canto VI del *Peregrino),* empaña una soberbia imagen, al decir

Allí está ese misterio
Del eternal imperio
En todo su esplendor y poesía;
Allí están los puñados
De mundos inflamados
Que *tiró* Dios sobre la noche umbría.

¡Cuánto habría ganado el último verso con poner *arrojó,* en vez de ese vulgar *tiró!* Sin tocar en los conocidos excesos del *dialecto poético,* es indudable que cosas de orden diferente piden diferentes palabras. Pero el ejemplo más típico de esto nos lo ofrece su hermosísimo

canto *Los trópicos*, en donde una palabra vulgar y una expresión inhábil y ripiosa disminuyen el esplendor de la idea poética más feliz. Dice, hablando de las estrellas en el trópico:

Brillantes, despejadas, inspiradoras, leves,
Parecen las ideas del infinito Ser,
Que vagan por el éter en *glóbulos* de lumbre
No bien que de su mente se escapan *una vez*.

Esos fatídicos *glóbulos*, el *no bien que*, la *escapada* de las ideas de Dios, y el ripio final, *una vez*, han hecho cuanto han podido, aunque sin conseguirlo del todo, por malograr la alta hermosura del concepto poético. El poeta puso luego *átomos*, en vez de *glóbulos*, sin obtener gran ventaja, y *así que*, en vez de *no bien que*. Otras veces la negligencia o falta de esmero artístico no se refieren al idioma, sino al verso, a la estrofa, o a la armonía general e interior de la composición. Mucho de ello se debe a su hábito de escribir sin suficiente meditación, llevado de su extrema facilidad, según nos lo confiesa:

En la noche jamás tomé la pluma
Habiendo antes pensado, y con la aurora
No la dejé jamás sin que sonora
La rima me embriagara en buena suma
De deliciosos versos los oídos...

Me he detenido en estas menudas observaciones, porque deseaba decir de una vez con severa franqueza cuanto puede y debe aducirse como salvedad sobre las deficiencias artísticas del gran lírico; pero debo añadir que ellas se han exagerado considerablemente en calidad y cantidad, haciendo aparecer a Mármol como un talento

desmañado y cerril, que anda a ciegas y a tumbos por los caminos del arte. Nada más falso. En el gran número de sus versos, esos defectos son muy de excepción, y pueden leerse largas páginas sin encontrar uno solo. Mármol posee, si no la reflexión, el feliz instinto del arte en grado eminente, y domina el verso y la estrofa con un arranque, un rumbo y un sonoro raudal de armonías insuperable. Su frase rítmica camina holgada y libre, plegándose felizmente al concepto, al sentimiento o la imagen, con los cuales nació ya en el espíritu del poeta. Y sobre todo, en los cantos del *Peregrino*, verdadero pedestal de su gloria, y más todavía en los últimos, su estilo y su idioma se depuran notablemente, fundiendo sus escorias en su limpio esplendor. Jamás se forjaron más bellas octavas en nuestra lengua.

La facultad por excelencia en Mármol es la imaginación. Su opulencia y fertilidad son realmente geniales. Percibe rapidísimamente las más remotas semejanzas y afinidades de las cosas, sin extravagancias ni sutilezas, y las pone de relieve ante nuestros ojos, llenas de luz y de color. Y en sus imágenes hierve la vida, porque no son línea o luz sobre placas, sino idea y sentimiento, que llevando embebida el alma toda del poeta, se revisten de carne y de color al pasar por la región de su fantasía, encendida por ellos mismos, como la vibración solar al penetrar y difundirse en la atmósfera.

Los afectos íntimos y personales no fueron en él muy intensos. Las composiciones en que traduce su sentimiento de hombre y de familia, con independencia de la pa-

tria y la naturaleza, a pesar de los bellos rasgos que muchas veces contienen, no pueden figurar entre las mejores suyas, pues carecen de ese acento inefable que halla un eco perenne en todos los corazones. Ello le salvó, en cambio, de ser un enfermo más del *mal del siglo*, y de llorar dolores ficticios, por sugestión del ambiente.

Siente el amor, no como una pasión avasalladora, en cuya eternidad cree sinceramente el enamorado, sino como algo muy bello y muy dulce, que bebe con delicia, aunque sin encariñarse irrevocablemente con la *copa* que lo contiene; como flor que se contempla y se aspira hasta que se marchita, para pedir luego igual goce a la que acaba de abrirse y el nuevo rumbo de la vida nos pone en la mano.

Amo hasta el polvo, pero nunca imploro
Del jardín del amor ni un solo lirio;
Que yo también, al fin, *una por una*,
No quiero de sus flores a ninguna [1].
. . . .

¿Y durará ese amor? Es muy sublime
Para que dure mucho; el entusiasmo,
Todo deja de ser, y en los amores
Sólo el materno amor jamás perece.
El amor degenera: a sus ardores
Sigue la calma, y en la calma luego
La amistad aparece,
Más duradera, si con menos fuego.

El corazón es árbol de afecciones
Que florece en diversas estaciones.

---

[1] *Peregrino*, canto IV, octava 89.

Hoy se agostan sus flores,
Y otras mañana lucen sus colores.
Ley de inconstancia, triste,
Pero ley eternal de cuanto existe.

Esa misma María,
Sin olvidar a Carlos, quizá un día
Sienta en su corazón inquietud nueva;
Y el mismo Peregrino,
Sin olvidarla — pues jamás se olvida
La primer falta ni el amor primero, —
Allá en los giros de su errante vida
Halle quizá otra flor en su camino... [1].

El amor a las *mujeres*, la admiración y el encanto por su belleza, fueron, no obstante, notas características, perennes y muy sinceras de su vida y de sus versos, y tuvo en éstos para ellas muy bellos rasgos y colores, llenos de novedad y de gracia, así como sentidos acentos de amor, aunque fuesen ocasionales. Léase su romance sobre la mujer brasileña, en el canto XI del *Peregrino:*

Ancho y derramado el seno,
Late contando que abriga
Un manantial de deseos
En voluptuosa armonía;
Y en él, veladas por nubes
De encajes y muselinas,
Dos ondas de un mar de leche
Si no se ven, se adivinan...

No canta con menos gusto a la mujer oriental, y sobre todo, a la argentina (últimas estrofas de su magnífica *Súplica,* al fin del canto X). Pero más nos intere-

---

[1] *Peregrino*, canto II

san los dulces acentos de amor contenidos en sus bellas poesías tituladas *A...*, *A Teresa*, *A Dios*, y en las expansiones amorosas de los cantos II y VI del *Peregrino*. En la primera, entre delicadísimas pinturas de naturaleza, que el poeta compara con su amada, se leen rasgos tan bellos como estos:

¿Quién eres, dí, beldad fascinadora,
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora,
Que bajo indefinibles apariencias
Al través muestras de encantado velo
Entremezclado el mundo con el cielo?

....

En una noche lánguida y hermosa,
Sobre una mar tranquila
Como el cristal de plácida laguna,
He visto levantarse silenciosa
En columnas de luz la blanca luna...

....

Yo con la luz de mi radiante gloria
Diera más brillantez a tu ternura,
Más vasto imperio a tu beldad suprema;
Y en las alas del tiempo y la memoria
Volarían mis cantos,
Eternos con tu amor y tus encantos!

....

Pero no, todavía
No soy bien infeliz, pues que en mi seno
Queda una fibra que vital palpita
Al talismán de tu sin par belleza:
Cual de un jardín ameno
Que el huracán aniquiló en la noche,
Suele quedar oculta dentro el broche
Una flor que levanta su cabeza
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi lira una armonía,
La postrera quizá, sentida, ardiente:
Flor que robo al jardín del alma mía
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

del canto II:

¿Los recuerdas, mujer? El tiempo adverso
Rodaba sin poder a nuestros ojos,
Y mustio el sol ardiente
Y mustio el universo,
Lo que no era el amor eran despojos
Dë otra creación indiferente.
Y en tus ojos los suyos embebidos,
La fantasía y la pasión tranquilas,
Callaban los sentidos,
Y conversaba el alma en las pupilas.
....

¡Cómo era entonces bella!
¡Cómo sublime resaltaba en ella
Esa lucha del alma y los sentidos,
Esos esfuerzos santos, escondidos
Del alma en lo profundo,
Con que defiende su perfume de ángel
La tímida hermosura sobre el mundo!

A Dios, es un canto erótico, dirigido con feliz atrevimiento, pero sin irreverencia, al Ser Supremo, implorando la protección divina para su amor. Es el más espiritualmente apasionado de los suyos de este género:

¡Señor! no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
....

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,

Y en la leve presión que hace una mano
Trasmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto;
Por evitar un ¡ay! darse una vida;
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.
. . . .

Sentada en mis rodillas,
Coronada de flores,
En la tarde tranquila y silenciosa,
Del río en las orillas
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor de cielo,
Porque tanto de cielo representa,
Que a veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel o en perfume se me ausenta.

¡Bellísimo! La poesía, para Mármol, no era sólo un arte, sino la esencia misma de su espíritu y de su vida. Es también deliciosa, y de muy firme estilo, su poesía *A Teresa*, toda trémula de voluptuosidad, que le trae el recuerdo de las horas pasadas en brazos de la amada ausente. Y no hay nada en ella de esa sensualidad inferior y cínica, muchas veces frenética y senil, tan frecuente en la literatura a la moda. En *A Teresa*, con arte primoroso, la voluptuosidad se ha hecho poesía:

Mujer de filigrana, que al mirarla
Parece que los hálitos del aire
O los rayos de luz pueden matarla...

Allí la suavidad de los jazmines
Mi rostro acariciaba;

Allí el olor del sándalo embriagaba
Mi sien que se adormía,
Y a despertar volvía
Del tierno corazón a los latidos,
Y a las auras con hálitos de rosa
Que en vez de aliento por mi sien corrían,
Y de sus dulces labios encendidos
Derramaba mi hermosa
En besos que a mis ansias respondían;
Cuando al mirarme tierna, poco a poco
Su cabeza inclinaba, y con sus rizos
Cubriéndome el semblante, confundía
Al fin su ardiente boca con la mía.
Y de deleite loco,
Y loco con su amor y sus hechizos,
Mi corazón la sangre que encerraba
A mi apagada tez precipitaba.
Así el sol en la tarde,
A medida que baja su alta frente,
Va enrojeciendo el pálido occidente
Hasta que en llamas purpurinas arde.

Pero sus dos sentimientos fundamentales y dominantes, a los que debe sus más grandes inspiraciones y el lauro de ser nuestro mayor poeta nacional, fueron el amor de la patria y el amor de la naturaleza. El primero serpea como encendido raudal por sus poemas, combate y fulmina lo presente, evoca lo pasado, y ve proféticamente resplandecer lo por venir. Una de sus fases, la más conocida y celebrada, con detrimento de otras que todavía la superan, son sus aniquiladoras invectivas contra Rosas, en las que, con energía inaudita, con ira que parece pasar de la palabra a la acción, convertía su verso en puñal para hundirlo en la dura alma de Rosas.

El poeta pinta en tremenda síntesis trágica la tiranía con el genial y célebre verso:

Y en pos de la palabra la puñalada va;

pero él apuñaleaba a Rosas con la palabra misma. «En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas — escribe Menéndez y Pelayo, que llama a Mármol *verdugo poético de Rosas*, — hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si a veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone a la altura del tirano o quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos». [1]

---

[1] *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo II, pág. 459.

Y ese tremendo hervor de pasión política nada tiene de pequeño, de innoble, de *mala pasión* personal. Todo está en él ennoblecido y elevado por el más sincero y exaltado amor de la patria, por el dolor y la indignación que le inspiran el verla sojuzgada y envilecida por la más bárbara tiranía. Su obra fué y pareció y parece a todos, propios y extraños, no un desahogo individual, sino una función cívica del poeta, que había hecho de su llameante verso un terrible instrumento de justicia y vindicta pública. Por eso su acento vengador y profético no desciende nunca, ni en medio de las más implacables fulminaciones, al tono de la diatriba ni del insulto vulgar, ni prostituye su arte, como *Almafuerte* en sus grotescas ridiculeces contra Guillermo II, poniéndole a la *bajura* de las más soeces injurias de un carretero [1]. Fueron las suyas furibundas estocadas poéticas, no escupitajos en verso. Así se explica que, salvándose del destino común a tanta poesía política famosa en su tiempo, las invectivas contra Rosas hayan sobrevivido a las circunstancias que las dictaron, pues elevándose en ellas el caso particular a razón humana y universal de amor a la libertad y de condenación del crimen, han conquistado un valor poético propio que las hace «imperecederas.»

Otra fase no menos notable, y de un pensamiento más trascendental, de su sentimiento patriótico, es la ful-

[1] Su *indignación* fué ficticia y burda, como que no depende de un demente capricho el convertir al noble monarca de un gran pueblo en vil malvado. Es burlarse de la razón de los que no la han abdicado en aras de odios y miserias ajenos.

minación, no ya sólo de Rosas, sino de su época y del estado social y político que le abortó y tan largamente le sostuvo. Sabía bien que los pueblos tienen los gobiernos que merecen. Amargas, valientes y hermosísimas son en este concepto las bien forjadas octavas del último canto del *Peregrino:*

Parece que su frente hubiera sido
Por la vara de un mágico tocada,
O la trompeta de Josué sentido,
Al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algún soplo desprendido
De las egipcias playas, abrasada
Su atmósfera dejase, y de repente
Postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó: gloria, opulencia;
La virtud misma del hogar no existe,
Y las horas las cuenta la existencia
Por los golpes del hierro que resiste;
La propia flor de la beldad su esencia
Ha perdido, y su brillo, mustia y triste,
Encerrada con hálitos impuros
De la barbarie entre los altos muros.
....

Esa que abrigas torpe muchedumbre
Nada conserva de tu antigua lumbre.
....

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
Pueblo sumido en lodazal del crimen,
Espuria raza de los hombres bravos
Que hoy en la tumba de vergüenza gimen...

Y sigue luego un apóstrofe terrible a los sostenedores de Rosas. El espíritu angustiado del poeta recuerda, por

contraste, la época gloriosa anterior, en estrofas bien dignas de ella:

Antes era otra cosa: antes valía
La pena de llevar una estocada
El decir con orgullo y bizarría:
Nací argentino, y en mi patria amada
No hay ya ni esclavitud ni tiranía;
Y en la frente del hombre inmaculada,
Donde la libertad graba su sello,
Deslumbra un rayo de esperanza bello.

Pero antes esa patria, en vez de yugo,
Laurel tenía y palmas en la frente;
En vez de miserables y verdugo,
Hombres de honor y corazón valiente;
Y en vez de vicio cuyo amargo jugo
Hoy nutre sus entrañas torpemente,
La miel de la virtud nutría el seno,
De amor, nobleza y esperanzas lleno.

Entonces a la luz del claro día
Se conquistaban glorias inmortales,
Y el corazón en ecos repetía
Las voces de los cánticos triunfales;
Entonces por la patria se moría,
Y eran templos las urnas sepulcrales;
Entonces ¡ay! las madres envidiaban
La suerte de los hijos que expiraban.

. . . .

Entonces el anciano, cuya noble
Frente al peso del tiempo ya se abate,
Cual viejo y fuerte deshojado roble
Que resiste del viento el duro embate,
Escribía la ley, cuando el redoble
Convocaba sus hijos al combate;
Y ellos le daban patria con la guerra,
Y el viejo a ellos, ley para su tierra!

Entonces en las bóvedas del templo
La palabra de Dios repercutía,
Y la virtud de Cristo era el ejemplo
Que el sacerdote al pueblo descubría;

Entonces esta lira que yo templo
A la voz de mortal melancolía,
Otros templaban a la dulce y bella
Voz de la libertad, en redor de ella!

Entonce el labrador, cuando el arado
Volvía a levantar dejando el sable,
De su esposa y sus hijos rodeado
A la puerta del rancho miserable,
Ricas cosas contaba entusiasmado,
Todas de patria y gloria memorable,
Sin miedo de negar o dar renombres,
Porque entonces los hombres eran hombres!

Entonces eras tú, pueblo argentino,
Grande como los Andes y el Oceano,
Y a la luz de tu fúlgido destino
Alumbrabas el mundo americano
Derramando en tu espléndido camino,
Como Dios las estrellas con su mano,
Chispas de libertad, rayos de gloria
Desde el carro veloz de la victoria!

Sería menester copiarlo todo, dejándose llevar de la alta vibración interna y externa de estas penetrantes y hermosísimas estrofas, escritas para la inmortalidad.

Fuera de sus grandes recuerdos históricos, y de su grandeza futura, de la cual no duda, de la patria no queda para el poeta más que el heroico y altivo grupo de los emigrados, que arrostraban el destierro, la miseria, y aun la muerte, antes de doblar el cuello a la bárbara tiranía:

Queremos paz y justicia:
¿No somos, Señor, cristianos?
Maldecimos los tiranos:
¿No os complacemos, Señor?
¡Gloria, Dios, pues si el destino
Todo a mi patria ha robado,

Tu bondad le ha conservado
En nosotros el honor.

....

Apenas esa patria que derrumba
Más y más cada día el despotismo,
Y besa más la mano que la tumba
Cuanto más la despeña en el abismo,
Apenas, como el polvo de una tumba
Tiene flores que brota de sí mismo,
Tiene ella por el mundo algunos hombres
Celosos de sus glorias y sus nombres.

El sentimiento patrio, riquísimo, inagotable en Mármol, se manifiesta también del modo más bello y conmovedor en la tristeza íntima del desterrado, al recordar o mirar de lejos las costas y el cielo de la tierra natal. Las bellezas manan entonces como de fuente sin dar casi lugar a la elección. Léase esa magnífica *Súplica* a los *espíritus del alma,* con que termina el canto VI, donde recorre en soberano vuelo mental su patria toda, ebrio de incontenible amor.

Espíritus del alma, llevadme todavía
Más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía
Correr sobre mi patria y en ella respirar;
Llevadme, que son muchos mis años de proscrito,
Los años que las playas del extranjero habito,
Las puertas de mi patria rondando sin entrar!

....

Un poco más de vuelo, y en vuestras raudas alas,
Y revestida el alma de flores y de galas,
Por compasión llevadme donde mi cuna fué;
Y cual se olvidan quejas a la mujer querida
De sus amantes ojos bajo la luz de vida,
Mis años de destierro, mi llanto olvidaré!

Léase también su trémulo ruego a Dios al divisar en el mar *los cielos de su patria*, al fin de la segunda parte del canto III, y las admirables octavas del XII, al divisar las *rocas orientales* en su regreso del Brasil a Montevideo:

¡Allí están esas rocas orientales
Do le arrojaran de su patria bella
Esos raudos furiosos temporales
Que deshojaran la guirnalda en ella!
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales
Veía Carlos los rayos de su estrella;
Cuando daban apenas entre amores
Sus diez y ocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro...
Amor, placeres, juventud perdida,
Y ya la sin piedad mano de hierro
Del infortunio taladrar la vida;
Y ya el primer dolor, el primer yerro,
La primer falta, la primer caída;
¡Y ya en cuerpo infantil alma enlutada
De pasión en pasión ir despeñada!...

¡Y ya saber odiar... y entre despojos
Dejar la patria por la vez primera
Sin brotar una lágrima en su ojos!...
¡Y ya con alma noble y altanera
Soportar desengaños y sonrojos
Pisando sin hogar patria extranjera!...
. . . .

Y en esas mil espléndidas cuchillas
Ricas de gracia y aromadas flores,
Que en medio de la mies son amarillas
Nubes que flotan ricas de colores;
Y cuando hiela Julio sus orillas
Y el pampero desata sus rigores,
Son las obscuras y robustas ondas
Que en el centro del mar se alzan redondas:

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
Tan grata para el alma del proscrito,

Que al ver su patria bajo nube obscura,
Atmósfera de sangre y de delito,
Ciudadano del mundo, a la ventura
Salió a buscar el hálito bendito,
Soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
De la suprema libertad del hombre.
....

La libertad cubría su cabeza
Con su manto de luces, y atraídos
Por el tocante imán de su belleza
Los hijos del honor — los escogidos
Paladines de la última nobleza
De la argentina patria — conmovidos
Llegaban a guardar bajo ese manto
Sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía
Su música inefable para el alma,
Regalando en su dulce melodía
Para el inquieto corazón la calma;
Porque es lluvia de Dios la poesía
Que al pecho del mortal la fiebre calma;
Irresistible y santa cual la pura
Lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro
Del proscrito calmaban y sus penas:
Ellos la libertad con trompa de oro
Anunciaban al pueblo entre cadenas;
Y sus almas de fúlgido tesoro
De inspiración y de armonía llenas,
Saludaban también el primer rayo
Que anunciaba en oriente al sol de Mayo.

¡Qué plenitud y gallardía! ¡Qué soberbio y sentido cuadro de una vivísima realidad histórica! Y el bardo proscrito, sintiendo la necesidad de una comunidad de pensamientos y afectos, llama en torno suyo a sus hermanos de infortunio, y les ofrece su canto para infundirles nuevo aliento y recordar las glorias y héroes de la antigua patria, en estos patéticos y familiares acentos:

El brazo al cuello de la tierna esposa,
Reclinado el infante en la rodilla,
Nos encuentre la tarde silenciosa
De ajeno mar en la desierta orilla;
Y ocultando a la amiga cariñosa
La lágrima que empaña la mejilla,
Enviemos a la patria un pensamiento
Sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
Antes de dar nuestra cabeza al sueño,
Hablemos de la patria a nuestros hijos
En derredor del encendido leño;
Ellos, en su alma los acentos fijos,
Cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
Irán ¡oh patria! a presentarte helados
Los huesos de tus viejos desterrados [1].

Y el gran poeta siente que su dolor es el de todos, y se alza desde su sentimiento individual a ser la expresión inspirada y honda de la heroica legión de que forma parte:

¡Y siempre bajo el sol del extranjero,
Y siempre el pan de la miseria amargo!
Carlos ¡ay! tiene el corazón de acero
Para llorar por él; pero ¡es tan largo
El tiempo que ha corrido lastimero
Sobre tanto infeliz! y el triste cargo
De llorar su dolor es tan sagrada,
Tan hermosa misión de alma inspirada!
. . . .

Ved a Carlos: el tipo, historia pura
Del alma de mil otros peregrinos:
Él no canta su propia desventura;
Él cruza de su tiempo los caminos,
Y es el ángel que espía la amargura,
Los ayes y los sueños cristalinos
De sus hermanos, y en su triste lira
Hace a todos hablar cuando suspira.

---

[1] Fin del canto III.

Mármol nos ha dado aquí, en versos inmortales, el gran poema del desterrado.

Una última fase característica del sentimiento patriótico en Mármol, es su *optimismo,* su robusta e inquebrantable fe en el triunfo de la libertad y en los brillantes destinos de su patria. Los *documentos* son numerosísimos. Véanse dos:

> No desconfíes, no; vendrá esa hora,
> Como tras largo estío, al suelo en llama
> En fuentes de relámpagos derrama
> La tempestad su lluvia bienhechora.
> . . . .
>
> Mas ¡oh! la patria mía se paga con su gloria!
> Fué sola en otros tiempos y sola en la victoria
> Mañana a sus tiranos abatirá la sien...
> Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes
> La fe que sostuviera los corazones grandes
> De los que ya a sus plantas los luminares ven.

Pero sobre todos se levanta el soberbio y valentísimo apóstrofe profético *Al Plata,* con que se cierra triunfalmente el poema. Hay que leerlo íntegro y grabarlo en letras de oro.

Con su optimismo argentino se une indisolublemente su optimismo americano, tan propio de su época y de nuestra condición de naciones jóvenes, que contribuye a poner en Mármol el sello característico de alto poeta nacional y continental. El mejor testimonio de ello nos lo da el bello trozo titulado *La América,* en el primer canto del *Peregrino:*

> América es la virgen que sobre el mundo canta
> Profetizando al mundo su hermosa libertad.
> . . . .

América, que se alza sobre columnas de oro,
América la joya del universo es:
La miro y me envanezco, y al contemplarla, lloro...
¡Sus montes a mis ojos, sus mares a mis pies!

América es el arca que el porvenir humano
Contiene misteriosa y un día se abrirá:
Entonces el Eterno levantará en su mano
La herencia de los hombres que prometida está.
. . . .

Tuya es la paz del mundo venidera
Cuando del genio la defienda el brazo,
Y clave para siempre su bandera
En la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,
Virgen como tus ríos cristalinos,
Así que lejos de la noche umbría
Alcen las aves sus celestes trinos.
. . . .

Tuya es del porvenir la poesía;
Que del sol a la arena de tus mares
Todo está misterioso todavía,
Virgen al corazón y a los cantares.
. . . .

. . . . Los escucha; siente
Su voz mi corazón, y yo, mendigo
De patria y libertad en tu presente,
Madre del porvenir, yo te bendigo...

Escribió Mármol un *Canto a Colón*, de muy escaso mérito (sólo podrían citarse cuatro buenas estrofas); pero en una octava del último canto del *Peregrino* pinta con felicísima sencillez la proeza del gran navegante en un solo sintético verso. España había llegado a su apogeo, dice,

Cuando un hombre, en los siglos sin segundo,
Pidióla un barco para darla un mundo.

Por lo demás, su juicio sobre la conquista y colonización española en América, a la cual achacaba todas las desgracias americanas, incluso la tiranía de Rosas (sin tomar en cuenta ni el fatal elemento indio, ni las condiciones del medio), era tan superficial y tan falso como el de casi todos sus ilustres contemporáneos... y de no pocos de sus mediocres sucesores.

Mármol, con los ilustres poetas colombianos José E. Caro (con cuya vida y carácter tiene notables analogías) y Julio Arboleda, es uno de los tres grandes poetas políticos de América, sin que, por suerte para ellos, lo hayan sido *exclusivamente*. En Mármol, el otro gran sentimiento poético, la fuente de su más alta poesía, fué el sentimiento de la naturaleza, vivo, profundo, apasionado. El preservó su carácter y su poesía de esa opaca tristeza, de esa tensión rígida y terca propias del perseguido y emigrado político que no respira otro ambiente, y que tan generalmente se reflejan en su estilo y su literatura. Hay, según se ha dicho, un *estilo del refugiado.* El sentimiento de la naturaleza dió variedad y blandura a los afectos de Mármol, que la hizo su confidente perenne; luces y colores riquísimos a su fantasía, aire y espacio a sus inspiraciones:

Ella toca su mente,
Y la chispa impaciente
Del genio salta, y resplandece el alma,
Que siente vida, inspiración y fuego,
Sacudiéndose luego
Del peso rudo de su estoica calma.
....

Si no me inspira el hombre, ¿qué me importa?
Yo tengo el mar, las nubes y los vientos,

Y un eterno jardín de pensamientos,
Rica corona de mi joven sien...

Mármol siente principalmente la naturaleza en sus grandiosos conjuntos, y nos da la pintura o descripción lírica del mar, las montañas, la aurora, el mediodía, el ocaso, la noche, los trópicos, las nubes, la luna, las estrellas, con oriental magnificencia, o con medias tintas suavísimas. Y no es sólo la descripción, sino que la vista de esas maravillas pone el alma del poeta en íntima consonancia con ellas, sumergiéndole en contemplación y meditación melancólica [1]. Hermosa de toda hermosura es la que abre como una vasta sinfonía el canto V del *Peregrino:*

Es la hora de amar... ¿Quién navegando
Bajo nubes de armiño, derramadas
Sobre infinito manto de zafiro,
Cuando del sol el horizonte guarda
Los postrimeros pálidos fulgores,
No suspiró por la mujer amada?
¿No oyó a su corazón decir latiendo;
¡Si ella estuviera aquí! Y entusiasmada
La fantasía, con pensarlo sólo,
Al par del corazón soñó mirarla,
Los rizos agitados por la brisa,
En los amantes brazos reclinada?
. . . .

¡Bello y grande es correr sobre las ondas,
Donde el alma sin límites se explaya,
Y ver la luna, el sol, y las dudosas
Horas de los crepúsculos, que bañan
Con sus pálidas luces, tristemente,
Del Oceano la ondulante espalda!

---

[1] Este elemento lírico le distingue decididamente de Zorrilla, aun en los pasajes en que más parece recordarle.

Y sentir de las olas el murmullo
Tranquilo y misterioso, como el alma
En esas horas lánguidas, que late
Con las luces y el mar armonizada!

. . . .

¡Cómo entonces se eleva el pensamiento
Más allá de la vida y de los vanos
Fantasmas de la mente, y las pasiones
Cómo en vez de crueles, se hacen blandas!

Bellísimo es también el suave canto a la luna, con que se abre el canto VI:

El conmovido mar se magnetiza
Tocado apenas por tu blanco rayo,
Y al contemplar su lánguido desmayo
Pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar, el bajel vuela,
Murmurando las olas mansamente,
Y el triste marinero alza la frente
A ver tus rayos en la blanca vela...

Admírese ahora esta maravillosa pintura del amanecer, en las primeras octavas del canto XII:

En muda soledad duerme tranquila,
Cual postrado león, la mar sonora,
Y allá en el horizonte su pupila,
Cual risueña beldad, muestra la aurora.
El primer rayo de su luz vacila
Y apenas de la mar la espalda dora;
Pero llegan en pos y en muchedumbre
Rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la obscuridad, y huye el sosiego
De la ofendida mar, que hincha su espalda,
Y allá en el horizonte ondas de fuego
Disputan a la mar las de esmeralda...

. . . .

Con la brisa del Norte hinchado el lino,
Se desliza el bajel rápidamente.
Como la vida al soplo del destino
En el mar de las cosas y la mente...

Soberbia es también, por muy diverso estilo, y en mi sentir la de más hondas resonancias, su vasta fantasía *La noche obscura*, con que termina el canto IV:

Por sorprender a la insondable nada,
Dijo Dios: «Haya luz», y la luz fuera;
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio,
«Haya tiniebla», dijo, y de repente
Alzó la noche su eternal imperio
Y vió al alma del hombre transparente.
....

Adonde está el impío que con blasfemo pecho
De su Hacedor reniega por renegar de sí,
Id, genios de la noche, y del impuro lecho
Atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
Llevando hasta la nada la humanidad en pos,
Y en medio de las sombras y el piélago profundo
Se encuentran con el alma la eternidad y Dios...

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
Movido en estas ondas, dentro esta inmensidad,
Sintiendo estos abismos en su inquietud terrible
Y el silbo de los vientos bajo esta obscuridad...

Y la misma lira que lanza estos acentos épicos y apocalípticos, suena también con la más aérea dulzura:

Una leve barquilla sobre el lago
Se deslizaba al cariñoso halago

De la aromada brisa,
Como en finos cristales
La gota del rocío se desliza
Tocada por las auras matinales,
O, en más dulce cariño,
Por el aliento angelical de un niño.

Pertenece esta estrofa al brillantísimo canto *Al Brasil*, que con las más variadas formas y acentos ocupa todo el penúltimo canto del *Peregrino*, y del cual brota, en sus mejores trozos, un piélago de luces y colores, una verdadera plenitud y embriaguez de naturaleza:

¡Oh, si en rápidas ondas
Ese arco colosal de agua y colores [1],
Que formas al lanzar tu torbellino,
No se precipitara en las montañas,
Y de una en otras cavidades hondas
No corriese apagando los rigores
Del fuego tropical en las campañas,
Y dando vida en la caldeada roca
Al rudo vegetal y al yermo suelo,
Como el soplo de Dios baña la esfera
De mundo en mundo, y cuanto raudo toca
Vive y forma la eterna primavera
De la pasmosa creación del cielo:
Ese arco cristalino
Reflejaría acaso
La descubierta sien del PEREGRINO
Cuando la vez primera lo admiraba,
En momentos que el sol desde el ocaso
Sus postrimeros rayos apagaba,
Y el lánguido color de los topacios
Matizaba el zafir de los espacios,
Y en el arco ruidoso y movedizo
Relumbraba del ópalo el hechizo!

A veces, en medio de la serena contemplación de las

---

[1] La cascada de la Thijuca.

más encumbradas bellezas naturales, surgen del modo más inesperado y dramático el recuerdo patriótico y el rencor civil, mostrando la unidad fundamental del hombre y del poeta. Tal sucede en la oda *A las estrellas, en el mar*, del canto VI:

O cual dicen las fablas
De las antiguas hablas,
¿Sois de todos clarísimo destino,
Y cuando nace un hombre
Lleva un astro su nombre
Y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme
El misterio, y decidme
Cuáles los astros son de los tiranos:
¡Y podré, aunque de lejos,
Maldecir sus reflejos,
Ya que no sofocarlos con mis manos!

A los dos grandes sentimientos, de naturaleza y de patria, se une, como natural consecuencia, en Mármol, el más sincero y reverente sentimiento religioso. Ve y siente a Dios constantemente, en el fondo de su conciencia y en las sublimidades de la creación, y le recuerda y le habla en sus alegrías y en sus dolores íntimos, en sus ansias patrióticas y en sus amores, y aun llega, en su poesía *A Dios*, como ya dije, a hablarle exclusivamente de su anhelo de enamorado. En su gran canto *La noche obscura*, además de su bíblico arranque contra el ateo, ya transcripto, se lee:

Señor, yo te comprendo: tu espíritu divino
Por la creación derramas en hálitos de amor;
La luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
Y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo: te siento entre mí mismo;
Te miro en una gota del llanto matinal;
Te encuentro de estos mares en el obscuro abismo;
Te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia; te toco entre las flores;
Te escucho cuando ruge la ronca tempestad;
Te veo cuando asoman los plácidos albores;
Y ante tu faz me postro bajo esta obscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira
Para saber qué es eso que apellidamos Dios;
Para adorar su risa, para temblar su ira,
Para postrar el alma y enmudecer la voz.

La vibrante intensidad de expresión de estos versos, como acordes de un órgano bajo las bóvedas del templo, responde de su sinceridad. Debe también citarse en este punto, por ser típica y contener muy bellas estrofas, su poesía *Recogimiento:*

Hoy no quiero que brillen mis palabras
Al resplandor de mi abrasada mente,
Ni tampoco que exhale tristemente
Un tono melancólico mi voz.
Hoy siento que me abruma la existencia,
Me pesa el corazón, me duele el alma,
Y quiero, solo, en majestuosa calma,
Salir del mundo para hablar con Dios!...
....

¡Veneración, Señor! El alma mía
Se embriaga con los himnos de tu coro,
Que en arpas de marfil y liras de oro
Los tonos acompañan de tu voz.
Atónito mi espíritu los oye...
¡Suavísima, encantada melodía!...
Olas leves de mística armonía
Cruzan la esfera repitiendo: ¡Dios!...

Cantan, y las estrellas reverberan
Sobre el éter magníficos colores;

Abren sus globos las pintadas flores
Y regalan perfumes a su voz.
  El mar se duerme, y el desierto calma
Al vendabal en sus ligeras huellas;
Pues desiertos y mar, flores y estrellas
Quedan acordes murmurando: ¡Dios!...

Hay en el canto *Al Brasil*, ya citado, un largo trozo notabilísimo, en que no sé que haya reparado nadie. Al contemplar y pintar, con el amor de siempre, las grandes bellezas naturales,

Sintió hablar a su orgullo americano;

y enumerando los recuerdos históricos o fabulosos europeos, y no debiendo, como *poeta americano*, recogerlos, y aun desdeñándolos (al par que alude a ellos hermosamente), sólo ama y pinta y canta nuestra naturaleza virgen, y el hálito de Dios rodando en ella, y *diez siglos de gloria habidos en diez años*, y la visión de su grandioso destino:

  Ni ha visto en Waterloo desparramada
La ceniza del águila francesa,
Que, ayer sobre las nubes remontada,
Al peso descendió de su grandeza...

  Ningún sitio ha traído a su memoria
Un recuerdo brillante
De la pasada gloria
Que ha llevado del mundo el tiempo errante...

  Sobre la cima de ninguna sierra
Ha visto de los dioses el asiento,
Do a su potente voz el rayo, el viento
Se despeñaban en tronante guerra.

  En ningún monte el célebre Parnaso;
En ningún mar bañarse la Mañana;

En ningún bosque, de la hermosa Diana
La huella ha visto del ligero paso.

¡Delicioso verso de poeta y de artista! ¡Qué estilo tan firme y suelto, qué versificación tan armoniosa y rotunda! Luego añade con valentía inaudita:

.... ¡Sólo un cartucho
Quemado sobre el campo de Ayacucho
Vale algo más que toda la metralla
Que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima
Por lo que de ella al porvenir le toca,
Cabe bien Austerlitz dentro la boca
De un cañón de Junín, o Maipo, o Lima...

Aquí, si se contempla una llanura
No se cree oír un canto de victoria,
Ni ver de Jerjes la sangrienta huella:
Mas se adivina una época futura
En que, al aliento de la humana gloria,
Veránse pueblos levantarse en ella!

Al contemplar un monte
No se piensa escuchar dioses ni amante;
Pero se piensa ver el horizonte
A través de su cuerpo de gigante,
Cuando el arte y la industria con sus brazos
Partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,
La piedra, las arenas, cuanto existe,
Son aquí joyas del futuro humano;
Joyas con que la América se viste,
Y virgen, y radiante, y poderosa,
Presenta al porvenir su mano hermosa.

¡Salud, joya del mundo! El Peregrino
Siente demasiado alta su cabeza
Cuando a los pies de tu sin par belleza
Te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta
Bajo la lumbre suave de tus ojos,
Para envidiar del Asia los despojos,
Ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura,
Lo inspira y alza lo sublime de ella,
Y con sólo seguirte, virgen pura,
El se baña en los rayos de tu estrella.

¡Salud, ricas coronas,
Para la blanca frente de la hermosa,
Tejidas desde el Plata al Amazonas
Por la mano del cielo primorosa!

¡Qué hermoso y triunfal entusiasmo, y qué modo de sentir y cantar la naturaleza cara a cara y sin velos! ¡Cuánto hemos perdido de entonces acá en este concepto! Eso es ser un poeta, y un gran poeta de América.

Y bien, en presencia de todo ese vasto derrame de hermosura, de que he procurado dar una idea, me asombra, franca y sinceramente lo digo, la increíble miopía poética de los que olvidan o desdeñan a Mármol, y me entristece por mi patria el no ver resplandecer en ella, en honra de nuestro poeta príncipe, estatuas y coronas. Es que la poesía, o más bien, el *arte* contemporáneo, ha olvidado sus grandes fuentes: Dios, la patria, el amor, el hogar; ha abandonado la naturaleza, su sano y libre ambiente, el palpitar de los astros suspendidos en la inmensidad, y aprendiendo a atarse mejor la corbata, a matizar primorosamente los colores de su vestido, a dar gran brillo a sus zapatos, se ha lanzado a danzar elegantemente en un salón de luces y pedrerías... Después de una gran lectura de Mármol, ese arte me produce el efecto de entrar en un arroyo después de un viaje por mar;

de escuchar los gorjeos de un jilguero en su jaula de oro (o dorada) tras los múltiples y vastos rumores de la selva; de oír, después de un oratorio en órgano solemne, una sonatina en un clavicordio.

Mármol es nuestro gran poeta nacional. Todos sus sentimientos, toda su poesía es *cosa nuestra,* limpia de esas rapsodias de poetas franceses que como una plaga nos han invadido después: primero, brotando de la inmensa fuente de Víctor Hugo; más tarde, de la zampoña de Verhaeren y Verlaine. Su amor de patria, hondamente sincero, se desborda con la más avasalladora arrogancia. Su poesía, además, *naturalmente grandiosa,* asombra por el vasto trazado de rasgos y pinceladas, por el manejo en cuerpo y alma, sin sombra de efectismo, de las grandes masas de la naturaleza, encanta por su opulencia oriental, y conmueve por la íntima melodía de la contemplación. Faltó a Mármol, como a Zorrilla y a otros grandes poetas, una superior cultura intelectual, un concepto más severo y escrupuloso del arte. Versificó muchas veces, en sus *Armonías,* por impresión fugitiva, escrita de cualquier modo; pero poseyó como pocos un fervoroso y vibrante estro poético, que sin esfuerzo le levanta en sus alas, y las facultades soberanas que llevan a las cimas de la belleza. Leyéndole, la antigua y tantas veces vulgarizada idea del Numen, que desciende al alma del poeta, y la ilumina y la inspira, y canta en ella, parece una realidad. La crítica, al juzgar a Mármol, si no es seca o pedante, tiene a veces que transformarse en himno: no es culpa suya si el poeta de los *Cantos del Peregrino* es, en lo substancial, uno de los más grandes líricos de nuestra lengua, y de todas las lenguas.

II

Los *Cantos del Peregrino* son un poema, o más bien, una especie de álbum de poeta viajero, trazado a la manera del *Childe-Harold* de Byron, aunque con muy diverso espíritu y tendencia. Es inútil buscar en él una unidad orgánica (que tampoco tiene su modelo) incompatible con la índole que acabo de señalar, ni acción de ninguna especie; y su autor pudo muy bien decir humorísticamente con Lope:

> Y en aquel prado y líquida laguna,
> Si he de decir verdad como hombre honrado,
> Jamás me sucedió cosa ninguna.

Aun dentro de este carácter, hay en él cierta incoherencia, y falta de variedad panorámica, debida a la limitación de los dos viajes de mar en que fué escrito: los seis primeros cantos en el del Brasil a Chile, malogrado por una borrasca que sorprendió al barco antes de doblar el Cabo y lo obligó a regresar a Río de Janeiro; los dos últimos (XI y XII) dos años después, durante la travesía del Brasil a Montevideo. Hay que considerarle, pues, como una sucesión de grandes cantos líricos, y lírico-descriptivos, que poseen, como tales, su valor propio e independiente, como sucede con el sublime apóstrofe al mar, al fin del canto IV del *Childe-Harold*, y otros célebres pasajes del mismo poema. La verdadera unidad de esos cantos reside en el estado interior y en la situación del poeta, que perdido en un bajel en la inmensa soledad

de los mares, contempla, recuerda y vaticina, exhalando la queja, el grito o el himno de su noble alma. Eso es lo que ha querido hacer, y lo que ha hecho, como puede verse por una *introducción* suya al canto XII, que no figura en ninguna edición a su frente, pero que transcribe su hijo Juan A. Mármol en el prólogo de su edición de las *Obras* de su padre, de 1889, hoy agotada.

Los cantos del *Peregrino*, son ocho: del 1.º al 6.º, y 11.º y 12.º Faltan los cuatro intermedios, del 7.º al 10.º, de que nunca ha habido noticia, y su hijo cree que no fueron escritos. No podemos hoy saber qué impulsó al poeta a dar tal salto, aunque es de presumir que les tuviera destinada una materia que no llegó a convertir en canto.

Algo inexplicable es lo que pasa con el bello fragmento del *Peregrino, Las nubes*. Se publicó en la *América Poética* de Gutiérrez, junto con *Los trópicos*, según los originales manuscritos que el poeta mismo le entregó en Río de Janeiro, en 1843. Al declararlo Mármol así en la nota primera al canto III, se refiere a «algunos fragmentos de este canto», lo que prueba que *Las nubes*, lo mismo que *Los trópicos*, pertenecía a él. De la *América Poética* ha pasado a diversas antologías, como la de Lagomaggiore, la de Menéndez y Pelayo, y aun a esta mía; pero es el caso, bien curioso por cierto, que ese fragmento no figura en las ediciones conocidas hoy del gran poema, que arrancan de la de su hijo en 1889, siguen con la de la *Antología de poetas argentinos*, del Centenario, y terminan por ahora con la de «La Cultura Argentina». Sería interesante indagar si en la única edición de los cuatro primeros cantos, hecha en Montevideo, en 1847,

hoy inasequible, estaba incluído. Salvo prueba en contrario, debe así presumirse, ya que no se concebiría el repudio, por parte del autor, de una de las perlas del poema, por él mismo entregada a su amigo Gutiérrez [1].

III

José Mármol nació en Buenos-Aires el 2 de Diciembre de 1817, y murió en la misma ciudad el 12 de Agosto de 1871. Respecto de su nacimiento, sus biógrafos han dado fechas diversas; pero la que acabo de indicar está hoy fuera de toda duda con la publicación de la partida de bautismo hallada por el distinguido historiador doctor Mariano de Vedia y Mitre. Ella concuerda, además, con lo que el mismo poeta declara categóricamente en el canto IV de su poema:

> *Carlos* nació cuando entre gloria tanta
> Nació la libertad bajo los cielos
> Bellísimos de Chile, bajo el rayo
> Que daba el sol del pabellón de Mayo;

alusión clarísima a la batalla de Chacabuco. Poco o nada se sabe de sus primeros años ni de sus estudios, que sin duda no fueron severos. Resuelto enemigo de la tiranía,

---

[1] Mármol tomó para *Las nubes* ideas e imágenes descriptivas de los conocidos alejandrinos de Zorrilla al mismo tema, en *Las pléyades de Salomon (Cantos del trovador*, VI); pero los supera mucho en el sentimiento lírico.

fué encarcelado el 1.º de Abril de 1839. Recobrada la libertad, emigró a Montevideo, en Noviembre de 1840, según el *Diario* del poeta, publicado también por el señor Vedia y Mitre. Este documento no puede ser más fehaciente; pero ¿cómo concordar con él el hecho de que dos composiciones suyas (ínfimas, por cierto), *La tarde* y *El suspiro,* aparezcan fechadas en *Montevideo, Diciembre de 1839?* El lapso de tiempo transcurrido entre su salida de la prisión (7 de Abril del 39) y su fuga a Montevideo (17 de Noviembre de 1840) parecería, además, sobrado largo para quien todo podía temerlo ya de su permanencia aquí. Y como no es posible admitir dos fugas en lugar de una, la contradicción apuntada no deja de ser extraña.

En Montevideo combatió denodadamente a Rosas por la prensa, como los demás ilustres emigrados. A fines de 1842, probablemente, o quizás al iniciarse el de 1843, se embarcó para Río de Janeiro, de donde el 17 de Febrero de este último año emprendió viaje a Chile. Llegado a los 65º de latitud Sur, una tempestad terrible impidió al barco que le conducía doblar el Cabo y le obligó a regresar al Brasil, donde permaneció entonces dos años, que fueron, nos dice, los más tranquilos y felices de su vida. En Abril de 1846 regresó a Montevideo, sitiada a la sazón por Oribe. Allí permaneció hasta 1852, en que, abatida la tiranía, vuelve definitivamente a la patria. Entregóse entonces a las actividades de la política y del periodismo, fué diputado, senador y convencional, y ministro en el Brasil, en desempeño de una misión especial del Estado de Buenos-Aires. Desde 1858 hasta su muerte, en 1871

(a los 53 años y ocho meses de edad), fué director de la Biblioteca Pública. En sus últimos años había quedado ciego.

Los más antiguos versos de Mármol, de fecha conocida, corresponden a Diciembre de 1839 *(La tarde* y *El suspiro)*, y los últimos a Octubre de 1860 *(Del poeta Mármol al poeta Mitre)*. Según esto, su período poético habría sido de 21 años; pero en realidad sólo abarca propiamente unos diez años, de 1840 a 1850, ya que las dos citadas de 1839 no merecen contarse, y después de la última fecha, que registra su segunda gran invectiva contra Rosas, y cierra verdaderamente su carrera poética, sólo se conocen otras dos, de escasísimo valor y muy separadas entre ellas: un *Brindis* en contestación a otro de Juan M. Gutiérrez, de 1852, y los ya indicados versos a Mitre. Sólo fué, pues, poeta de los 23 a los 33 años. Vuelto de la expatriación a la viril edad de 35 años, todo impulso poético se extingue en él. ¿Cómo se explica tan extraño fenómeno en una naturaleza tan espontáneamente poética y que con tal plenitud y fuerza había sentido vibrar en su alma, como él dice, *la sublime inspiración del canto?* A mi juicio, por dos causas concurrentes, una íntima, la otra circunstancial. La primera debe buscarse en su idealismo romántico, desdeñoso de las vulgares corrientes de la realidad, que inmediatamente le cercaron aquí, obligándole a abandonar su naturalmente heroica actitud de proscripto. Enérgicamente se manifiesta ese idealismo en su poesía *Sueños:*

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no...

Yo vivo solamente cuando febril deliro;
Que los terrenos lazos mi corazón rompió...

¡Venid, hermosos sueños, y a vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!...

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante,
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

Al mismo orden de ideas corresponde, aunque por diverso camino, esta significativa sentencia del canto III del *Peregrino:*

El genio duerme cuando nace el día,
Y alza sus alas en la noche umbría;

y estos versos, del canto VI, en que hablando de sí mismo al sol, le niega atrevidamente sus homenajes:

Es un hombre no más bajo tu lumbre,
Y en medio de la noche es un poeta:
Lo arrastra con tu luz la muchedumbre,
Y es sólo ángel en la noche quieta.

Jamás le diste inspiración ninguna,
Ni hojas de mirto a su secreta historia,
Y debe al rayo de la blanca luna
Mucha felicidad y mucha gloria.

Pasa sobre el cenit, rey de los astros,
Baña de luz tu espléndido camino;
Que no echa flores en los claros rastros
El altivo y obscuro PEREGRINO.

La causa circunstancial y externa, a que he aludido, consiste en el desencanto profundo experimentado por el poeta al volver, lleno de ilusiones, al seno de la patria. Ese desencanto se revela mortal en la interesante *Introducción* que puso al frente de la segunda edición de sus *Armonías*, en 1854. Nos habla en ella de «aquellos tiempos en que la vida era una *lucha perpetua entre el presente y el porvenir*, y de cuyo choque brotaba esa luz esplendente de poesía y de grandeza, *que hoy nos falta*... El poeta se agita hoy dentro de sí mismo, se busca, se interroga, *y no se encuentra*... ¡Los poetas argentinos han encontrado a su país después de una penosa peregrinación; pero buscan su patria, y no la encuentran!... La Musa que los inspiraba giró siempre sus ojos por un horizonte donde el genio de la desgracia ponía, sin embargo, el sello de la sublimidad en todo, y acostumbrada a la grandeza aun en el infortunio, hoy baja sus ojos y se desmaya en presencia de la vulgaridad y el desencanto. Sobre las ruinas del despotismo ella pensó ver elevarse el trono de la patria con la aureola de su libertad y de sus glorias, y en los rayos de lumbre de su frente beber la inspiración de nueva grandeza, de una nueva época, digna de suceder a la pasada, tan dramática y tan imponente. Pero el polvo del torreón caído se ha levantado en remolino y no vemos ni el trono de la patria ni el templo de la libertad... Situación indecisa, de transición, en que la vulgaridad se

enseñorea, porque ella sola puede representarla candorosamente. La Musa argentina, *sin hallar una desgracia ni una gloria que esté a la altura de sus inspiraciones*, se ha velado, y un eco solo de su lira no se ha oído para saludar una libertad incompleta, y un triunfo más incompleto aún.»

Es indudable, por lo demás, que las dos causas señaladas se funden en definitiva en una sola, porque Mármol no habría hallado esa época tan mala, si hubiera sido menos poeta. Y no puede negarse que ella fué, para nuestra poesía, de completa esterilidad.

Las ediciones de las *Armonías* (poesías sueltas) y las de los *Cantos del Peregrino* han seguido muy diferente rumbo. La primera edición de aquéllas la hizo el autor en Montevideo, en 1851, en un tomo. Una segunda edición, ampliada, en dos tomos, publicó el mismo aquí en 1854. Un tercer tomo contenía los dos dramas, *El cruzado* y *El poeta*, representados con aplauso en Montevideo, pero de muy poco valer. Bajo el título de *Obras poéticas y dramáticas*, José Domingo Cortés (infatigable perpetrador de malas ediciones y colecciones poéticas) publicó una nueva edición en París, 1882, por Bouret. Es pésima en todo sentido, pero ha tenido reproducciones. Muy superior, y tipográficamente la mejor hasta ahora, fué la debida al hijo del poeta, Juan A. Mármol, comprendida en la segunda parte de las *Obras*, que dió a luz en 1889 [1] *(Cantos del Peregrino — Poesías diversas)*. Por

[1] Buenos-Aires. Félix Lajouane, editor. Esta edición es hoy muy rara.

último, en 1917, «La Cultura Argentina» ha publicado una edición más completa de las *Armonías*, con catorce composiciones más que la anterior. Lo singular y lamentable de esta edición es su prólogo, en el cual, sin perjuicio de algunas contradicciones heroicas, se declara difunto al mismo poeta que se publica. Uno se pregunta si no hubiera sido más piadoso dejarlo reposar en el panteón de sus ediciones antiguas, y no sacar sus carcomidos huesos a la vergüenza de la luz actual. Pero...

> Los muertos que vos matáis
> Gozan de buena salud.

¿Y cuál es, según parece, el gran delito de Mármol, en virtud del cual se le condena a muerte? ¡El no haberse endosado, del año 40 al 50, los amanerados trajes de nuestra retórica al uso!

Al leer tales cosas, y leer después tales versos (incluso los del *Peregrino*, reimpreso también, simultáneamente, en otro tomo de la misma Biblioteca), parece ver alzarse en sus páginas la gran sombra del poeta, y con gesto entre compasivo y burlón, hundir a su prologuista en la misma tumba que con tan candorosa arrogancia le destinaba.

En cuanto a los *Cantos del Peregrino*, el primero que se publicó fué el último (XII), en Montevideo, 1846, en un folleto. En 1847 hízose una edición en la misma ciudad, de los primeros cuatro cantos, y el undécimo vió la luz en 1857, en el folletín de *La Reforma Pacífica*. Los cantos V y VI permanecieron largo tiempo inéditos. Como de esas publicaciones no quedaron pronto ni vestigios,

pudo decir con razón el hijo del poeta que «sólo vivían en la memoria de los contemporáneos de la época en que fueron escritos». Así se comprende que la parte más alta de la poesía de Mármol, tan extraordinariamente bella, haya quedado desconocida u olvidada a través de varias generaciones, con grave daño para la justa apreciación del poeta, que sólo ha podido ser juzgado en ellas como poeta político, y por algunas felices inspiraciones mezcladas con muchas otras fugitivas de poca entidad. La resurrección y primera publicación completa de los ocho cantos del *Peregrino* (con excepción del fragmento *Las nubes,* de que antes he hablado) no se efectúa hasta 1889, en la edición ya mencionada de sus *Obras,* hecha por su hijo. Ellos se reimprimieron en el tomo VI de la *Antología de poetas argentinos,* del señor Puig, y en 1917, en «La Cultura Argentina». Ello no obstante, Mármol ha seguido siendo exclusivamente para la generalidad, y aun para nuestros aficionados de las letras y de la crítica, el fulminador de Rosas y el autor de las *Armonías.* En eso estamos, y entre tales necedades vivimos.

Con tales antecedentes, no puede extrañarse la falta hasta ahora de un estudio completo y digno de nuestro gran poeta. Gutiérrez, en su *América Poética* (Mármol ocupa en ella el último número de la sección argentina), dió a su respecto algunas noticias biográficas, y un año antes, en Febrero de 1845, había publicado en Río de Janeiro unas atinadas y bellas apreciaciones sobre la parte hasta entonces escrita de los *Cantos del Peregrino.* Pero el mejor juicio sobre el poeta se debe a Menéndez y Pelayo, en el prólogo correspondiente a la Argentina, de su

Antología, reproducido, como todos los demás, en su *Historia de la poesía hispano-americana*. Con las naturales reservas, el gran crítico español, tan ajeno a las borrascas y pasiones del pueblo y de la época en que el poeta floreció, siente la eficacia de tan descollante poesía, y honrosa y altamente la juzga. «Mármol — dice, además de lo que cité anteriormente, — como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y a su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve a formular sus reservas» [1]. Pero el juicio de Menéndez y Pelayo no podía dejar de ser somero e incompleto, ya que sólo conoció las poesías sueltas en la pésima edición de Bouret, y los poquísimos fragmentos del *Peregrino* insertos en la *América* de Gutiérrez.

Nada diré aquí de los débiles dramas de Mármol, ni de su popular novela histórica *Amalia*, que debe su punzante interés a condiciones poco relacionadas con el arte literario, aun dentro de la novelística. La verdadera corona de gloria que el autor de los *Cantos del Peregrino* ciñe ante la posteridad, es la de alto poeta lírico.

CALIXTO OYUELA.

Febrero de 1919.

---

[1] Aquí no faltan, según se ha visto, quienes *se atrevan* a maltratarle en voz alta, lo que es una especie de valor temerario, como cualquier otra.

CANTOS DEL PEREGRINO

A mi hija María, Montevideo, 1846.

PATRIE

Je consacre a ton nom ou ma mort ou ma gloire.

Lamartine.

Libertá vo cercando, che é si cara
Come sa chi per lei vita rifiuta.

Dante.

DEL CANTO PRIMERO

A MI PATRIA

BUENOS AIRES: *mis ojos se abrieron a la luz bajo tu cielo hermoso; y, digno hijo de tus pasadas glorias, se cerrarán acaso bajo el cielo nublado del extranjero.*

Pero en mi destierro, tu recuerdo santo se confunde en mi memoria con los primeros besos de mi madre; y, si ambicioso de gloria he buscado con las inspiraciones de mi alma una guirnalda de poeta, es por depositarla a tus plantas: porque tú eres, Patria mía, el imán de esas inspiraciones.

Acepta el primer CANTO DEL PEREGRINO: *y, ¡ojalá que ese recuerdo de tus pasados tiempos y de tu hermoso porvenir te haga enjugar un instante el llanto de tus desgracias presentes!*

Adiós, Buenos Aires: orgulloso de mi origen, moriré en el destierro, si no puedo algún día respirar en tu seno el aire puro de la libertad: pero mi última palabra será tu nombre, mi último pensamiento será tu imagen.—JOSÉ MÁRMOL.

Montevideo, Mayo de 1847.

Hijo de la desgracia, el PEREGRINO
ha confiado a los mares su destino;
y al compás de las ondas y los vientos
el eco de sus tristes pensamientos
vibrará por el mar. Él su grandeza
cantará entusiasmado; la belleza

de la espléndida bóveda estrellada,
con el alma ante Dios arrodillada;
y cantará también sobre los mares
la libertad, su amor y sus pesares.

Sigámosle en el mar, doquier existe,
como las sombras de la tarde, triste,
y una secreta dulce simpatía
nos roba su letal melancolía:
¡él! el proscripto trovador del Plata,
que, conducido por la suerte ingrata,
cinco años ha que su enlutada lira
bajo extranjero sol triste suspira!

Con él la dulce inspiración del canto
nació para cantar el dogma santo
que inauguró a la luz de la victoria
ese pueblo que, en brazos de la gloria,
reventara de un mundo las cadenas
con prender el cañón de sus almenas.
Pero helóse la voz en su garganta
cuando, al mover la adolescente planta,
en vez de abierta y espaciosa vía
al genio, a la virtud y nombradía,
tropezó de un patíbulo en las gradas
con la sangre de Mayo salpicadas.

Ya el eco del cañón no se dilata
en las riberas del altivo Plata,
cuando dora su linfa el sol de Mayo
con su primero suspirado rayo;
ya no suenan sus cánticos triunfales;
ya no escuchan sus santas catedrales
los religiosos himnos de alabanza
al Dios que iluminaba la esperanza
en medio de la larga incierta lucha.

Ya en las calles y plazas no se escucha
del pueblo rey la estrepitosa grita,
cuando a los rayos de su luz bendita
festejaba aquel sol que hirió su frente
con raudales de gloria refulgente:
ya no oprimen las madres en su seno
su tierno fruto de esperanzas lleno,
ni a par del blando maternal arrullo
lloran sobre su sien llanto de orgullo.

Ya el Plata no se empina del profundo
a ver la Roma del naciente mundo,
y a sus olas indómitas desciende
y en las arenas sin vigor las tiende.
Ya en las grietas del Andes no se interna
derrumbada la nieve sempiterna,
porque no hay otra vez quién de la cima
la arroje y ledo la montaña oprima:
ya pára el Cóndor en la sien su vuelo,
y ese invasor intrépido del cielo
ya no vuela a esconderse entre la nube,
al ver que raudo de la falda sube,
labrando las pedrosas cordilleras,
un mundo de guerreros y banderas...

Ahí va Carlos proscripto y peregrino
sobre la popa del nadante pino...
La arpa en las manos, con el alma herida,
sin patria, sin hogar y sin querida,
a merced de las ondas y los vientos;
fijos en Dios sus altos pensamientos,
y con la fe del corazón cristiano
esperando del mal el bien lejano...

Ya las olas atlánticas surcando
la erguida nave, en movimiento blando

se columpia en el piélago espumoso,
como cándido cisne majestuoso.

Al sur volviendo la filosa prora
mira a su izquierda el trono de la Aurora,
y a su diestra las nubes de Occidente,
coronando de América la frente.

Dadas las velas a merced del viento,
se desliza en el líquido elemento,
como esas blancas ilusiones bellas
que pasan raudas sin dejar tras ellas
en el mar de la inquieta fantasía
más que un eco expirante de armonía.

Carlos, en tanto, pálido, sombrío,
reclinado en la popa del navío,
está fijo en los vastos horizontes
contemplando de América los montes,
como, bajo ciprés frente a una losa
llora el esposo la perdida esposa.
Descubierta la sien, flota el cabello
en negros rizos sobre el blanco cuello,
o la pálida frente le descubren
y con sus hebras otra vez la cubren;
cual de la selva el trecho despejado,
por la luz de la luna plateado,
las movedizas hojas del ramaje
sombrean con su fúnebre celaje.
¡Silencio! ¿no le véis? Carlos suspira...
su rodilla dobló... sus ojos gira,
rayos vertiendo de celeste lumbre,
cual si en el alma rica muchedumbre
de fúlgidos diamantes esparcida
reflejase su luz... Vedle; oprimida
tiene su Lira en la convulsa mano;

y, animado de impulso soberano,
hiere sus cuerdas. ¿No escucháis? Su acento
nos trae vibrando el conmovido viento.

LA AMÉRICA

Dirán: esa tierra inculta se ha vuelto un paraíso.

EZEQUIEL. — (Cap. XXXVI).

América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad;
y de su tierna frente la estrella se levanta
que nos dará mañana radiante claridad.

No hay MÁS ALLÁ en los siglos a la caduca Europa,
que al procurar *mañana* se encuentra con *ayer;*
bebió con entusiasmo del porvenir la copa,
y se postró embriagada de gloria y de poder.

La gloria quiere vates, la poesía glorias:
¿por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?
la Europa ya no tiene ni liras ni victorias:
el canto expiró en Byron, la gloria en Napoleón.

Los tronos bambolean y el cetro se despeña;
los pueblos quieren alas y se les clava el pie;
el pensamiento busca del porvenir la enseña,
y no halla sino harapos del pabellón que fué.

Hay tumba a las naciones. Se eleva y se desploma
la Grecia que elevara sus sienes inmortal;
el mundo hallaba chico para hospedarse Roma,
después murió en el nido de su águila imperial.

¿A dónde irá mañana con peregrina planta
la Europa con las joyas de su pasada edad?
América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad.

¿Qué importan del presente los días lastimeros,
cuando el pasado es lleno de gloria y esplendor,
y a quien por vida cuenta los siglos venideros
que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

Salpique a los bridones la sangre de los llanos,
y en medio a la tiniebla se hieran — está bien:
la niña coge flores, e hiriéndose las manos,
trabaja una corona para su blanca sien.

Hasta el presente ingrato la servirá de gloria
cuando los tiempos viva de porvenir mejor;
pues que verá en nosotros para hermosear su historia
dramática epopeya que inspirará al cantor.

Quedad entre leyendas y hermosas tradiciones,
España, que dormíais con mundos a los pies;
quedad como el guerrero que cuenta sus blasones,
y honrosas cicatrices, cayendo de vejez.

Quedad, altiva Francia: la luz del pensamiento
que destellando chispas en vuestra sien está,
mañana, cuando el tiempo le seque el alimento,
sobre el naciente mundo la llama prenderá.

Quedad, vieja Inglaterra: ha mucho los *Leopardos*
encrespan la melena sin levantar la sien;
que, al procurar el pueblo de Alfredos y Ricardos,
el pueblo de las *cifras* y mercaderes ven.

Quedad, mundo europeo; ennoblecido padre
de tiempos que a perderse con el presente van:
quedad, mientras la mano de América, mi madre,
recoge vuestros hijos y les ofrece el pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? Si no vienes de
[guerra,
nosotros te daremos dónde segar la mies;
para que nazcan pueblos tenemos, sí, más tierra
que espacio para estrellas sobre los cielos ves.

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos,
el sable se ha tirado después de combatir;
venid y cultivemos con fraternales manos
la prometida tierra del bello porvenir.

América no puede ser libre todavía,
porque su herencia ha sido bastarda obscuridad;
no temas, no; mañana cuando despunte el día,
fijando sus destinos, verás la Libertad.

América que se alza sobre columnas de oro,
América la joya del universo es:
la miro y me envanezco; y al contemplarla lloro...
sus montes a mis ojos, sus mares a mis pies!

América es el arca que el porvenir humano
contiene misteriosa y un día se abrirá;
entonces el Eterno levantará en su mano
la herencia de los hombres que prometida está.

La Libertad, el Genio, la Paz, la Poesía
en tronos de alabastro levantarán la sien;
y lleno de esperanzas, como la luz del día,
el corazón del hombre palpitará también.

No son dorados sueños de mi alma americana;
son leyes que promulga para los pueblos Dios,
escritas en las cosas donde la mente humana
estudia, y desenvuelve profética la voz.

« Los Andes, cuya frente se junta con el cielo,
« mientras sus plantas de oro dentro del mundo están;
« su Cóndor, que se duerme sobre el eterno hielo,
« mientras chispea y brama la fragua del volcán;

« Los mantos del Desierto sin fin, sin horizontes,
« donde discurre el potro sin freno ni señor;
« los vientos sin estorbo, los ríos y los montes
« inmensos, solitarios, sin hielo ni calor;

« Las vírgenes llanuras, el oro y los diamantes
« bullendo en el arena de arroyos de cristal;
« los perfumados bosques, y por doquier gigantes
« con sienes de esmeralda y entrañas de metal;

« Quince años de batallas por montes y por llanos,
« un mundo despertando al trueno del cañón;
« quince años de victorias hasta lavar sus manos
« en sangre de opresores los nietos de Colón;

« Veinte años lamentables de fratricida guerra,
« para acabar la herencia del español así;
« generaciones nuevas que al saludar su tierra
« la traen esperanzas y el porvenir en sí;

« De la caduca Europa la hidrópica colmena
« que se deshace al peso de su miseria ya,
« y en bandos se abalanzan sus hijos al arena
« que compasiva y rica la América les da... »

Tuyo es el porvenir, reina del mundo,
inmenso cual tus montes y tus mares,
y de esperanzas y de luz fecundo
cual tu cielo y tus bellos luminares.

Alza la sien orlada con tu gloria,
y verás tras las ondas del Oceano,
que el mundo de los reyes y la historia
cabe entero en el hueco de tu mano.

Tuya es la paz del mundo venidera,
cuando del genio la defienda el brazo:
y clave para siempre su bandera
en la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,
virgen como tus ríos cristalinos,
así que lejos de la noche umbría
alcen las aves sus celestes trinos.

Cantará por tus selvas inspirado
el joven trovador; y conmovido
abriendo el Inca su sepulcro helado
su sombra se alzará con el sonido.

Y los héroes de Mayo que en la cima
duermen del Andes con su nieve presos,
al oír los nombres de Ayacucho y Lima
pondrán de pie sus entumidos huesos.

Tuya es del porvenir lo poesía;
que del sol a la arena de tus mares,
todo está misterioso todavía,
virgen al corazón y a los cantares.

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres
no ha sorprendido el ojo del poeta,
ni el bello original de tus mujeres
ha encontrado una tinta en su paleta.

Mas brotarán una inspirada frente
los jardines de América encantada,
que alumbre el sol ecuatorial ardiente,
o la luna del Plata desmayada.

Cantará de su madre la hermosura,
hoy con las cataratas en concierto;
mañana de una selva en la espesura
con el susurro de la brisa incierto.

¡Ah! quién me diera renacer la vida
en esos días de mis sueños de oro,
y escuchar con el alma enternecida
de tus poetas el excelso coro!

Mas ¡oh! no importa. Los escucha; siente
su voz mi corazón; y yo, mendigo
de Patria y Libertad en tu presente,
madre del porvenir, *yo te bendigo.*

Bendita mil veces la sangre que un día
la selva y el prado y el monte teñía,
luchando tus hijos y el viejo León;

bendita la selva y el llano y el viento
que oyeron del Andes crujir el cimiento,
al trueno continuo del rudo cañón.

Benditos aquellos que un mundo nos dieron
y en medio al combate sin vida cayeron
en charcos de sangre posando la sien.

Por ellos alzamos soberbia la frente;
por ellos decimos: — «Es nuestro el presente,
y nuestros los siglos que vienen también!»

Por eso, bendito quien dice orgulloso:
«Nací bajo el cielo de América hermoso
y siento al decirlo la sangre latir».

¿No veis? ¿No parece que el Andes se empina
por ver impaciente si el alba ilumina
los tiempos hermosos que están por venir?

Vendrán, y el infelice
proscripto PEREGRINO alza su mano,
descubierta la frente;
y en medio de las ondas del Oceano,
olvidando el presente,
madre de lo futuro, *te bendice.*

DEL CANTO SEGUNDO

En las llanuras solas
vibrado había el último sonido
de la inspirada Lira, y conmovido
lo hizo rodar el mar sobre las olas,
bañando de armonía
los mil colores de la luz del día.

Guardaba el Sol los rayos de su frente
en las doradas nubes de Occidente,
y un crepúsculo incierto
daba su luz al piélago desierto.

La brisa de la noche
tendió después sus alas al espacio,
y a la par que en los ámbitos vagaba
de su inmenso palacio,
las nubes y las ondas agitaba.

Y la bizarra nave
dividiendo colinas ondulantes,
en su curso sïave
formaba en pos de sí y a sus orillas
alfombras amarillas
de fugitivos granos chispeantes.

Y el joven PEREGRINO, reclinado
en la elevada popa, contemplaba
la onda que fugitiva se alejaba,
llevando de su pecho lacerado
los amargos recuerdos del pasado.
Que en la mísera vida,
por talismán secreto, indefinible,
más al dolor el corazón anida,
cuando en hora apacible,
irritada la sien y el pecho yerto,
vemos el mar, las nubes o el desierto.

Dios en sus insondables creaciones
para cada dos almas tiene un molde,
y al punto de nacer el molde quiebra
y de las almas corta
una sutil imperceptible hebra:
y arrojadas después al laberinto
de la vida y el mundo, a que al instinto
cada una de ellas su sendero siga,
cada cual busca por distinta huella,
de las almas, aquella,
que un mismo soplo de existencia abriga.

El hallarla es el bien sobre la tierra,
y el tormento mayor que el alma encierra
es vagar peregrina,
mirando una por una
sin hallar en ninguna
la que en el temple de su amor se afina.

Pero CARLOS la halló. Mujer hermosa
en el virgíneo seno la encerraba,
como al perfume la pintada rosa.
MARÍA ¿dónde estás? ¿Dónde se fueron

los célicos momentos de ventura
que nuestras almas apurar supieron?

¿Los recuerdas, mujer? El tiempo adverso
rodaba sin poder a nuestros ojos,
y mustio el Sol ardiente,
y mustio el universo,
lo que no era el amor eran despojos
dë otra creación indiferente.
Y en tus ojos los míos embebidos,
la fantasía y la pasión tranquilas,
callaban los sentidos
y conversaba el alma en las pupilas.

No había entre los dos sino el presente;
que no hay para el amor tiempo pasado
ni porvenir, cuando a la par se siente
confundirse el aliento enamorado.
Con el fuego del alma se evapora
la amarillenta nube
que el cielo del pasado descolora,
y a un soplo del amor deshecha sube
la condensada niebla
que el horizonte del futuro puebla.
¡Ay! del que en brazos de su bien querida
piensa en mañana, y el presente olvida!
¡Ay! del que mira la azucena en broche
y osa pensar lo que será en la noche!

¡Qué fuera, sí, del corazón humano
si en medio del placer pensar debiera
que al rodar un minuto,
esa chispa ligera
del tiempo inexorable
vase a perder en el eterno luto!

¡Qué fuera si en los brazos reclinado
de su ídolo adorado,
por el ebúrneo cuello
derramando su espléndido cabello,
matizados de nieve presumiera
los rizos de la negra cabellera,
y a par de la vejez mirase luego,
yerto también del corazón el fuego!

El amor atesora
como las flores fugitiva aurora;
tiene un sol que le abate y le acongoja
y una noche también que le deshoja.

« Vén a mis brazos, vén: yo quiero en ellos
« vivir soñando en ilusión florida,
« pues soñar es vivir, y son los bellos
« sueños del corazón los que adormecen,
« y el desierto embellecen
« do errante vaga la infecunda vida.
« Vén a mis brazos, vén: que parta el rayo
« y rudo quiebre el pedestal del mundo,
« que yo a tu lado, en celestial desmayo,
« a Dios no veré tanto en los enojos
« que la tormenta apura,
« como en la lumbre pura
« que brota el fuego de tus dulces ojos. »
Así en instantes de pasión decía
el joven trovador a su MARÍA,
imprimiendo en su frente
y en su preciosa boca el labio ardiente.

Y luego su cabeza
con vértigos de amor buscaba el seno,
que de suspiros lleno
con fuerza palpitaba

resaltando del ángel la belleza,
en quien la vida al corazón bajaba,
y, sin sangre el semblante,
contrastaba en la pálida mejilla
el azabache de sus tiernos ojos
con el brillo azulado del diamante.
Ojos que de placer se adormecían,
miradas que de amor desfallecían.

¡Cómo era entonces bella!
¡Cómo sublime resaltaba en ella
esa lucha del alma y los sentidos;
esos esfuerzos santos, escondidos
del alma en lo profundo,
con que defiende su perfume de ángel
la tímida hermosura sobre el mundo!

¡Cómo era entonces bella!
Para su copia fiel no alcanza el arte;
que al pincel faltaría
de sus tintas de luz la mejor parte
para dar a sus ojos la dulzura;
y el cincel del romano quebraría
los detalles del mármol fiorentino,
antes de dar al cuello y la cintura
la gracia leve y el contorno fino:
antes de dar al seno
las redondas ebúrneas proporciones
que, cual ondas de leche en mar sereno,
al respirar ondulan suavemente,
dejando transparente
el movimiento blando
de su sangre en las venas circulando.
. . . .

DEL CANTO TERCERO

En medio de las sombras
enmudeció la voz del PEREGRINO,
y el rumor de las ondas solamente
y el viento resbalando por el lino
sobre el *Fénix* se oía,
que, como el Genio de la noche, huía
en las alas del viento tristemente,
alumbrando sus huellas
sobre el azul y blanco las estrellas.

En el siguiente día
el *Fénix* navegaba
sobre las ondas que el silencio turban
de la tranquila Pampa. — El PEREGRINO,
con los brazos al pecho, contemplaba
los mares y los cielos de su patria.
Y acaso recordando
estaba, y comparando
la tropical naturaleza hermosa,
que bajo un sol abrasador rebosa
de alegre poesía,
con el frío y adusto Mediodía.

¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura
pasar al Mediodía del circo tropical;

y comparar el cielo de la caliente zona
con el que tibia pinta la luz meridional!

¡Los trópicos! Radiante palacio del Crucero;
foco de luz que vierte torrentes por doquier;
entre vosotros toda la creación rebosa
de gracia y opulencia, vigor y robustez!

Cuando miró imperfecta la creación tercera,
y le arrojó el diluvio desde su trono Dios,
Naturaleza llena de timidez y frío,
huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!», volviéndola sus ojos
y decretando al mundo su nuevo porvenir,
alientos de su boca los trópicos sintieron
y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos su trono levantó,
dorado con las luces de la primer mirada,
bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;
las aves que la arrullan en melodía eterna,
y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas
se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan,
lo mira de los montes la esmeraldada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna
no habita ese bandido del Andes morador,

que de las duras placas de sempiterna nieve
se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
tucanos, guacamayos, el león y la torcaz;
y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,
se duermen bajo el dátil en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala,
formando pabellones para burlar al sol;
ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radïante,
no emana sino vida, y amor, y brillantez;
donde cayó una gota del llanto de la aurora,
nace una flor, y de ésta nace un jardín después.

Así como la niña de quince primaveras,
de gracias rebosando, de virginal amor,
no bien recibe el soplo de enamorado aliento
cuando en su rostro brotan las rosas del rubor.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
resbala como tibio suspiro de mujer,
y en voluptuosos giros besándonos la frente,
se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible sublime maravilla
los trópicos encierran, magnífica: la luz.
La luz ardiente, roja, clarísima, brillante,
en ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera
el alba, el medio día, la tarde tropical,

un rayo solamente del sol en el ocaso,
o del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
se toca, se resiste, se siente difundir:
es una catarata de fuego despeñada
en olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
que cual si reflectase de placas de metal,
traspasa como flecha de imperceptible punta
la cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,
que en torbellinos brota la frente de Jehová,
parado en las alturas del Ecuador, mirando
los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
la tierra que recibe los rayos de su sien;
e hidrópica de vida revienta por los poros,
vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes, al soplo de la brisa,
se parten las montañas flotantes de vapor,
las luces son entonces vivientes inflamados
que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
caracoleando giran en derredor a él;
y azules mariposas en bosques de rosales
coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba cisnes de espléndido plumaje,
nadando sobre lagos con lindes de coral,

saludan al postrero suspiro de la tarde,
que vaga como el pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas,
que asoman indecisas con pálido color,
como las tiernas hijas en torno de la madre
cuando recibe su alma la mano del Señor.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
las fantasías bellas de los poetas van,
son ellas las que brillan en rutilantes mares
allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma,
allí se poetiza la vida y el amor.
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más, y el mustio color de las estrellas
al paso de la noche se aviva en el cenit,
hasta quedar el cielo bordado de diamantes
que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, leves,
parecen las ideas del infinito Ser,
que vagan por el éter en pétalos de lumbre
así que de su mente se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
con iris y aureolas espléndidas de luz,
la luna se presenta, como la Virgen Madre
que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

Bajo el cenit azul [1] del Mediodía
es lánguida la luz y desmayada,
al sol el ojo altivo desafía,
y se clava en su frente la mirada.

Siempre de azul y blanco el firmamento,
como de una mujer la azul pupila,
nos despierta en el alma el sentimiento
cuando en el caos de la pasión vacila.

Baja el sol a su alcázar de Occidente
sin esplendor de nubes, silencioso,
llevando alguna vez sobre su frente
una corona de oro luminoso.

Y su pardo crepúsculo, agorero
de vendaval y tempestad lejana,
no toca el corazón, toca severo
los pensamientos de la mente humana.

Las hebras del cabello húmedo el viento
agita sin cesar, rugen las olas,
invadiendo con ímpetu violento
por las rocas estériles y solas.

Escuadrones de pájaros salvajes
huyen buscando sus ocultas breñas,
negras como el color de sus plumajes,
entre los antros de las duras peñas.

Relincha el potro en la desierta pampa,
fijos los ojos en el sol poniente,

[1] Falta en las ediciones corrientes este adjetivo, necesario para la medida del verso y usado por el poeta en la repetición del mismo, al final de este fragmento.

y el duro casco con fragor estampa,
la crin volando de su altiva frente.

Se anublan los cercanos horizontes;
toda naturaleza desfallece;
y a la par de los cielos y los montes
el alma taciturna palidece.

Muere lento el crepúsculo del día
con el color de la torcaz pintado,
y llega en pos de él la noche umbría
sobre el desierto pabellón toldado.

Reina la noche al fin, y de improviso
un relámpago súbito ilumina
el postrimero rayo que indeciso
queda del sol en lámpara argentina.

Y del negro seno
de la nube errante,
un sordo trüeno
retumba distante,
vibrando en el aire,
la tierra y la mar.

Se rompen las fuentes
en el firmamento,
y el agua a torrentes
en brazos del viento
desciende, sin rumbo,
del viento a la par.

Continuo trüeno
distante retumba,
y el viento sin freno

los álamos tumba,
los sauces desgaja,
deshoja el ombú.

Doquier ilumina
relámpago activo,
y el cielo fulmina
sus rayos doquiera,
hendiendo la esfera
su rápida luz.

¡Magnífico, las rocas estériles y solas,
en medio de la noche bramando el huracán!
¡Magnífico, el rüido gigante de las olas
cuando a romperse rudas contra la roca van!

¡Magnífico, las nubes que raudas se atropellan
llevando entre su vientre la tempestad veloz;
los rayos que la frente del pedernal estrellan,
y el trueno que revienta de su fulgor en pos!

Y es bello meditar a los reflejos
de una lámpara triste, en climas tales,
oyendo el trueno retumbar de lejos
y quebrarse la lluvia en los cristales.

Entonces grandïoso se inspira un pensamiento
que sale entre palabras de idioma celestial,
como al lanzar la fuente su vómito violento
en hebras lo deshace de líquido cristal.

Y las ideas al calor responden
que guarda el corazón, porque son bellas
y grandiosas aquellas
que en la nocturna lobreguez se esconden.

El genio duerme cuando nace el día,
y alza sus alas en la noche umbría.

La noche es para el alma creadora
lo que es al fuerte labrador la aurora.

En medio a las sombras el recio pampero
despliega sus alas y en ímpetu fiero
destroza las nubes, y en negros pedazos
las toma en sus brazos,
y al lóbrego Oriente las tira por fin.

El cielo se limpia, y en mantos azules
cubiertos por ondas de nítidos tules
pajizas estrellas de brillo indeciso
vense de improviso,
aquí solitarias, y en grupos allí.

Y del sonoro río embravecido,
o de la obscura sien de una colina,
con palidez el rostro embellecido
muestra incierta la virgen argentina.

Cual en cita nocturna niña hermosa
oculta en el jardín tímidamente,
sale andando con planta recelosa,
ardiendo el corazón, yerta la frente.

Algún fragmento de rasgada nube
la envuelve en su carrera, y la mirada
pretende adivinar por dónde sube,
si alcanza un rayo de su luz velada.

Así cuando en el seno de una bella
una flor divisamos entre encajes,

pensamos descubrir el trono de ella
al través de los cándidos celajes.

Con gracia y majestad lenta camina,
despejada y gentil la augusta frente,
y cuando más bellísima ilumina
se esconde entre las nubes de repente.

Cual suele una mujer enamorada,
después de ciego, voluptuoso instante,
pálida, bella, tierna, avergonzada,
esconder en sus manos el semblante.

Y de la noche fría,
la luna y las estrellas
apáganse las huellas,
porque despunta el día
sus claridades bellas.

Y asoma en el Oriente
la luz de la mañana,
tan pura, tan lozana
como en virgínea frente
la palidez temprana.

Sus carmesíes tintas
asoma en pos la aurora,
y luego con distintas
arreboladas pintas
su bella sien colora.

Pálido rayo alcanza
las hojas de las flores,
cual suele a los amores
llegar una esperanza
para calmar rigores.

Y en rosas purpurinas
que asoman de su broche,
vacilan peregrinas
las gotas cristalinas
del llanto de la noche.

La pájara entumida
en el mojado nido,
siente la luz querida
que a despertar convida
su cuerpo adormecido.

Y del nido a la rama,
con trinos de alegría
salta contenta, y llama
al pájaro a quien ama,
para cantar al día.

Con ágil cuerpo blando
la cabra trepadera,
rocío destilando
de su vellón, saltando
corre por la pradera.

Corre, vuela, y liviana
sobre la sierra sube,
a contemplar ufana
de la fresca mañana
la arrebolada nube.

Sale el toro sediento
del bosque a la laguna:
bebe, y luego contento
escoge aquel sustento,
si este otro le importuna.

Corre el potro en el prado,
y de repente vuelca
su cuerpo, y agraciado
sobre el pasto nevado
contento se revuelca.

Y a saludar el día,
con el día despierto,
también con alegría,
sin sentir embarazo,
sale el rey del desierto
jugando con su lazo.

Hasta que al fin su esplendorosa frente
bajo pomposo pabellón de grana
muestra desde las puertas del Oriente
el poderoso rey de la mañana:
Y con los rayos de su luz fulgente
los valles y las rocas engalana
de esa naturaleza árida, fría,
bajo el cenit azul del Mediodía.

. . . .

LAS NUBES [1]

Gloria a vosotros, vaporosos velos
que flotáis en la frente de los cielos
como alientos perdidos
del que arrojó los astros encendidos,

---

[1] Reimprímese aquí, por fin, en el tercer canto del *Peregrin[o]* su verdadero sitio, este bello y célebre fragmento, publicado po[r] primera vez por Gutiérrez en su *América Poética* (Valparaís[o] 1846), y luego en diversas antologías. Véase lo que digo a[l] respecto en el estudio preliminar. — C. O.

o cual leves encajes
que velan de su rostro la hermosura,
enseñando al través de los celajes
de sus azules ojos la dulzura,
el alabastro de su frente hermosa,
su labio de corales,
y en bellas espirales
su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo
cuando de oro y azul pintáis la esfera
y derramáis colores
ricos en fantasías y en amores
como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe
cuando a la frente cándida del alba
asomáis con el tinte de la rosa,
cual el rubor al pálido semblante
de virgen candorosa
al primer beso de su tierno amante?

Al contemplar el mundo,
¿se acuerda de su bello paraíso,
y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
por el que habita lodazal inmundo;
y por el hombre siente,
y se le anubla de pesar la frente
cuando quedáis en la tranquila tarde
con esa luz fantástica, sombría,
entre el ser y el no ser del tibio día?

¿Sois el imán entonces misterioso
que arrastra a meditar el pensamiento,

y agita silencioso
dentro del corazón el sufrimiento?
¡Quién en vosotras húmedos los ojos
no clavó alguna vez, cuando del día
va muriendo la luz, cual va muriendo
del alma con los años la alegría,
y la enlutada noche hasta el ocaso
llega, cual la vejez, paso tras paso!

Decid, nubes, decid, ¿sois los reflejos
del alma de mi Dios?... El rudo crimen
de la obcecada humanidad primera
arrancó de sus labios soberanos
tremenda maldición. Cayó en la frente
de la obra de sus manos
el rayo de su voz omnipotente;
y vosotras rodando por la esfera,
hidrópicos los senos,
lanzasteis cual torrente furibundo,
entre millón de truenos,
las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra
en sus ejes rodó; y en todas ellas
no iluminara el sol ni las estrellas
las sombras del airado firmamento;
y tan sólo a vosotras en contino
y rápido volar negras mirara,
lanzando en torbellino
a su maldita frente
las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
del poderoso Juez del Universo,
y a su semblante, adusto
al castigar el crimen del perverso,

asomó la alegría,
y vosotras con ella
bañadas del color del claro día,
al decir: *Basta*, y levantar del Arca
el porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
su maldición también. Allí vosotras
al eco de su voz acudís luego,
y en encendidas fuentes se desploma
de vuestro rojo seno un mar de fuego...
Y al volver el semblante
de la hirviente ceniza el Ser divino,
en pos de su camino
vais siguiendo su planta
a iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesús el postrimero
dolorido suspiro en el madero;
allí también, oh nubes misteriosas,
pálidas os contemplo y silenciosas
cubrir la luz del luminar del cielo
y por el Hombre-Dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo
del alma de mi Dios? ¿Sois sus enojos,
y el eco de su acento,
y el fuego de sus ojos
terrible centellando,
cuando en montes trepáis al firmamento
la recia y ruda tempestad rodando?
Ese trueno, ¿es su voz? Esa serpiente
de fugitiva luz, ¿es la mirada
que lanza de repente
al volar su carroza de topacios
chispeando estrepitosa en los espacios?

¡Salud, nubes, salud!... ¡Sí, sois las bellas
luces de un rico y eternal espejo,
donde el Dios que conserva las estrellas
de su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos extasiamos
cuando azuláis los cielos,
bellas cual los primeros dulces años;
y tímidos temblamos
cuando os tornáis encapotados velos,
tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
por eso el corazón medita y flota
en la mar de recuerdos dilatada,
y del cáliz del alma tibia gota
empaña la pupila,
fija en el horizonte la mirada
por vuestro imán fatídico arrastrada.

¡Ay! ¡Cuántas veces de la verde orilla
del río cuyas ondas arrullaron
mis sueños, al nacer, húmeda en llanto
la pálida mejilla,
mis ojos en vosotras se clavaron!

¡Y no era aun infeliz! ¡Aun no la mente
desplegando la momia de la vida,
al corazón valiente
con su esqueleto lívido asustara,
y el corazón, volviendo
la vista entristecida,
sus lazos con el mundo desatara!

¡Pero ya un no sé qué de misterioso
en el fondo de mi alma se escondía,

y os procuraba inquieto y silencioso
entre el ser y el no ser del tibio día!
Así la joven que inexperta siente
la primera impresión dentro del alma,
sin saber el por qué de sus sonrojos,
teme y evita los extraños ojos,
y, el corazón sin calma,
por el jardín, perdida,
en las flores se fija distraída.
¡Cuántas veces proscripto y peregrino,
sin amor, sin hogar, sin esperanza,
desde extranjera roca
os contemplé llorando mi destino:
y con esa expresión que nunca alcanza
el labio a repetir, el alma mía
os contó sus pesares,
triste como el crepúsculo del día,
desde la arena de extranjeros mares!...

Hay momentos, oh nubes,
que misterioso eléctrico fluído
el alma con vosotras armoniza,
y al hombre, con el polvo confundido,
ángel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
del cielo tropical, y erais, oh nubes,
de oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
ni el trono es más espléndido de galas,
ni las pequeñas alas
de los querubes bellos
más bordadas de fúlgidos destellos.
Allí mi fantasía
ahogaba los recuerdos con deseos,

y en dulces devaneos
menos os daba mi alma que os pedía.
Allí el amor de mi adorada hermosa
era un perfume, emanación de vida:
allí era la mujer purpúrea rosa
de la guirnalda del Señor caída.

Mas ¡ay! también del aterido polo
cubrís los cielos como pardo manto;
y yo, desde un bajel perdido y solo,
donde nadie cantó, nubes, os canto.

Despeñadas cruzáis el firmamento
rápidas como herido pensamiento,
y atónita os contempla
mi alma. como el enojo soberano
lanzado en derredor de este Oceano,
que encarcelado y solo
entre el linde de América y del mundo,
maldice de su cárcel los confines,
y en rudos parasismos,
sacudiendo sus crines,
salta de los abismos
para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
la humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria.
Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo
no os rindió alguna vez? En el contento,
o con el alma en luto,
¿qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,
cuando flotáis en torno de la luna

cual ondas de humo de encendida pasta,
que, sostenidas en el aire apenas,
soplo sutil a deshacerlas basta,
el corazón dolido,
¿qué madre no ha llorado con vosotras
el dulce fruto de su amor perdido;
o amorosa y prolija
no imaginó entre flores
el porvenir de su inocente hija?...

¿Qué virgen no os ha dicho sus amores,
o la tardía ausencia
del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría,
cuando voláis en densa muchedumbre,
como inquietas ideas
de recóndita negra incertidumbre,
¿adónde el alma impía
que miró sin temor al cielo airado?
¿Qué genio no ha volado
en alas de su ardiente fantasía?
¿Qué desterrado, acaso,
en los velos de nácar y zafiro
que bajáis al Ocaso,
no ha mandado a su patria algún suspiro?...

Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas
para aliviar las escondidas penas
de mis tristes hermanos en el Plata.
Y del proscripto bardo
que vaga peregrino
y os canta, oh nubes, desde el frágil pino,
revelad a su dulce patria bella
cuánto suspira el corazón por ella:

que por ella en el mundo errante llora,
y cuanto más padece más la adora.

Desde el mar, y muy lejos de sus rocas,
ha conocido CARLOS
los cielos de su patria.
¡Calma, mi Dios! La brisa sobre el lino
pliegue sus alas y se clave el pino
sobre el tranquilo mar. ¡Ellos son, ellos,
los cielos de su patria, puros, bellos,
como esperanzas cándidas del alma
en el primer amor! Mi Dios, la calma
a los vientos y al mar, del PEREGRINO
te pide el corazón... Deja que mire
por la postrera vez, quizá, los cielos
que alumbraron su vida y su destino:
que bajo de ellos con placer respire
el aire que de niño respiraba:
que mire el sol que calentó su frente,
la luna y las estrellas, y los velos
de nácar y zafir que contemplaba
arrullado del Plata dulcemente!
que pase por su sien la misma nube
que por la sien de Buenos Aires pasa;
y que el suspiro que en el aire sube
lo respire también su dulce patria!
¡Miradlo! tiembla en su pupila el llanto,
y mirando a su patria exhala el canto.

A BUENOS AIRES

I

Son estos los mares que besan su planta;
son estos los cielos que doran su sien:
allí Buenos Aires, el águila esclava
que hendía altanera las nubes ayer!

¡Oh Patria! tus días de gloria pasaron,
pasaron las horas benditas de Dios:
tus hijos proscriptos el pan ablandamos
con lágrimas tibias de ingrato dolor.

Así lo quisieron... ¡Silencio! del alma
se legue al olvido la fuente del mal:
si nada nos queda de bien ni de patria,
feliz del que puede tu cielo mirar!

¡Tu sol! ¡tu horizonte! ¡tus nubes! ¡Son ellas,
tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡Oh madre! ¡si al hombre faltara la ciencia,
sabría, al mirarlas, que estabas allí!

Al ver estos cielos a mi alma dirían:
«Nosotros te dimos la luz al nacer,
nosotros velamos tu patria argentina,
y en olas de lumbre bañamos su sien».

¡Cuán bellos tus mares! ¡Cuál alzan henchidas
de orgullo sus ondas valiente su voz!
¡Oh! vaya en vosotros al suelo argentino
vibrando en las olas mi lúgubre ¡adiós!

¡Oh, mar! si en la tierra proscripto me aguarda
sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,
subleva tus ondas; allí está mi patria:
mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡ah! ¿no habrá un día justicia del cielo,
que puedas ¡oh, madre! tus hijos mirar?
¿También un sepulcro proscriptos tendremos
que pedir a extraños, cual hoy un hogar?

¿La nube del crimen que cubre tu frente
no habrá de romperla la mano de Dios?
¿Las manchas de sangre que el suelo enrojecen
no habrá de extinguirlas benéfico sol?

¡Oh Patria! lo espero. Tú lloras el llanto
que vierte del cielo la aurora al nacer:
con él reverdecen las flores del campo,
y al rey de los astros anuncia con él.

En tanto doquiera verán a tus hijos
sin caer abatida la sien al dolor,
que el pecho orgulloso del nombre argentino
ni sufre desmayo diciéndote ¡adiós!

II

Venid, proscriptos, con la sien orlada
del infortunio santo que la oprime,
y hablemos de la madre abandonada
que allá sin hijos en cadenas gime;
y una lágrima al párpado asomada,
que la desgracia al corazón exprime,
mezclemos al contarnos de su historia
la obscurecida fugitiva gloria.

Si ¡adiós! dijimos a la patria bella,
venid en derredor de mis canciones,
y suspirando el corazón por ella
hablemos de su gloria y sus varones;
del Plata hermoso que sus lindes sella
con gigantes y ricos eslabones;
de nuestros bosques y su flor mimosa;
de nuestro cielo y de la Pampa hermosa.

Yo soy el trovador, que las inciertas
huellas de mi destino voy siguiendo,
y que al sentir las esperanzas yertas,
pulso mi lira y las percibo hirviendo:
canto, y veo las tumbas entreabiertas,
los Incas a sus hijos bendiciendo,
y levantando el porvenir la frente,
iluminar de América el Oriente.

Venid: el arpa que tomé en mis manos
cuando del Plata abandoné la arena,
tiene una maldición a los tiranos
que en sus bordonas áspera resuena;
y una voz, *Libertad*, que a mis hermanos
de sacro fuego el corazón les llena;
porque ellos, como yo, secan el llanto
con el calor del patriotismo santo.

Cuando la frente os rinda la fortuna
yo rasgaré del porvenir los velos,
y a vuestros hijos en su pobre cuna
les contaré de Mayo y sus abuelos;
y cuando triste la extranjera luna
con su pálida luz bañe los cielos,
las sombras llamaré con la arpa mía
de los que habitan ya la tumba fría.

El brazo al cuello de la tierna esposa,
reclinado el infante en la rodilla,
nos encuentre la tarde silenciosa
de ajeno mar en la desierta orilla;
y ocultando a la amiga cariñosa
la lágrima que empaña la mejilla,
enviemos a la Patria un pensamiento
sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
antes de dar nuestra cabeza al sueño,
hablemos de la Patria a nuestros hijos
en derredor del encendido leño;
ellos, en su alma los acentos fijos,
cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
irán ¡oh Patria! a presentarte helados
los huesos de tus viejos desterrados.

DEL CANTO CUARTO

LA NOCHE OBSCURA

I

Noche, misterio, soledad del alma,
¿quién habita tus ámbitos profundos,
que en hálitos de amor vierte la calma
por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende
cuando oculta su frente el rey del día,
y silencioso los espacios hiende
en nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte
del Supremo Hacedor, que a sus acentos
se apagan, como al soplo de la muerte,
las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado
sintiendo el peso de la ingrata vida
en tu templo sin límites, sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
tu balsámica faz sobre los cielos,

y a la conciencia a confesarse llamas
bajo el crespón de tus obscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
no te contó del corazón la historia,
y algún pesar recóndito y tirano
que vive torcedor en la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
bajo tu imperio, dí, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento?
¿Quién no lo ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! La vital trama
la bañas de un amor puro, sin nombre.
¿Por qué en su torpe confusión te llama
madre del crimen la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
fuerza extraña de su alma se lo inspira,
no serán tus estrellas ni tu luna,
ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal, porque, alma insana,
es cobarde, si el brazo es temerario;
pero también un templo se profana
y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha
y torpes manos que el puñal oprimen,
¡ay! que también a una beldad se mancha,
¡y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
tan sólo el canto y el amor inspira,

que siempre inquieto el corazón te nombra
y el són escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
su ardiente inspiración, su tierno acento
no ha debido a tus sombras sepulcrales,
madre del corazón y el pensamiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
entre los brazos de su bien querido,
por tu silencio bienhechor velado,
por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender a la insondable Nada
dijo Dios: «Haya luz», y la luz fuera,
y midió de una vez con su mirada
el lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio,
«Haya tiniebla», dijo, y de repente
alzó la noche su eternal imperio
y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos, soledad del alma,
yo venero tu obscuro sacro manto,
porque siento con él nacer mi calma
y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida
con sus penas, su llanto y sus amores
desde mi juventud vive escondida,
coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
que no se enlace con tu nombre luego;

y a ti también te deberé la gloria
si alguna vez a conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
que respiráis las auras de la noche
y bajáis a las flores silenciosos
a desplegar las hojas de su broche.

Sílfides que tocáis a mis cristales
vagarosas en mil nubes de niebla,
y me cantáis en himnos celestiales
los palacios y el Dios de la tiniebla.

Fantasmas sin color ni forma humana
que sorprendéis mis ojos de repente,
y en diáfana y fugaz sombra liviana
al pasar junto a mí tocáis mi frente.

Almas en confusión que por las salas
corréis del Eter a la vista mía,
y el aire que agitáis con vuestras alas
el calor tibio de mi rostro enfría:

¡Salud, todos, salud! sois mis hermanos,
mis hijos y mi ser... sabéis mi vida
con su ambición, su amor y sus arcanos,
en sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay! ¡cuántas veces de improviso os llama
solitaria mi voz, y en torno mío
relámpago veloz el aire inflama,
y muere, y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
en tristes ayes y cantares bellos,

y seres impalpables se confunden
revolviendo en mi frente los cabellos!

Y a su tacto se agolpan a mi mente
escuadrones de altivos pensamientos,
y arde como volcán mi joven frente,
y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego
sobre mi herida fantasía inquieta,
escribo con febril desasosiego,
y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Bendición sobre ti, del alma mía
madre sensible y del amor y el canto.
¡Ay! quién pudiera detener el día
bajo las orlas de tu negro manto!

II

Adonde está el impío que con blasfemo pecho
de su Hacedor reniega por renegar de sí,
id, genios de la noche, y del impuro lecho
atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
llevando hasta la Nada la humanidad en pos,
y en medio de las sombras y el piélago profundo
se encuentran con el alma la Eternidad y Dios .

Aquí, donde el orgullo se postra de rodillas
en medio a las grandezas del infinito Ser,
que ostenta sus más altas sublimes maravillas
en la extensión que abraza su celestial poder.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;
sintiendo estos abismos en su inquietud terrible,
y el silbo de los vientos bajo esta obscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo manda.
como su Dios potente, como su Dios, un Dios;
y en medio de los mares y de las sombras anda
burlando de los vientos el ímpetu veloz.

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;
la que vendrá a los mundos con el clarín final!
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio
que anuncie la existencia del lampo universal.

¡Las sombras y las olas! Fantasmas y vestiglos
los ojos y la mente por el espacio ven.
¿Son estos los abismos do los errantes siglos
del tiempo desprendidos al caducar caén?

Acaso los rüidos gigantes que me aterran
en el caos de siglos los alaridos son
de las generaciones que entre la nada encierran
con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan
si de la herencia suya se conservó la fe,
y las que se despeñan su vanidad insultan
sardónicas gritando: «Vuestro legado fué?»

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna
que habitan los etéreos espíritus del mal,
después que han apagado la pálida linterna
que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo
a convertirse en lenguas de fugitiva luz,
y en medio a los sepulcros, al oscilar el lampo,
en lívidas visiones en torno de la Cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra
se escapa broncamente del pecho de Satán,
que al sueño, entre las sombras, impávido se libra
mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa
de ese ángel maldecido se esconde la mansión,
y con su lecho de olas el renegado piensa
burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan obscuras salas
de los antiguos bardos el ánima tal vez,
y agita por el Eter sus vaporosas alas
en medio de la densa tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan,
y cuando de las nubes a saludarla van,
se miran, y en su mano las liras se destemplan?
Homero, ¿entre las sombras, suspiras con Ossián?

Pasad del pensamiento, pasad, pasad, delirios,
que al desplegar mis alas entre ilusiones vi...
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo: tu espíritu divino
por la Creación derramas en hálitos de amor:
la luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo; te siento entre mí mismo;
te miro en una gota del llanto matinal;
te encuentro de estos mares en el obscuro abismo;
te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia; te toco entre las flores;
te escucho cuando ruge la ronca tempestad;
te veo cuando asoman los plácidos albores;
y ante tu faz me postro bajo esta obscuridad.

¡Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira
para saber qué es eso que apellidamos Dios;
para adorar su risa, para temblar su ira,
para postrar el alma y enmudecer la voz!

Noche, misterio, soledad del alma,
yo venero tu obscuro sacro manto,
porque siento con él nacer mi calma
y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,
y al arrullo del viento y de las ondas,
pulso mi triste lira conmovido
bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino
la yerta tumba extinguirá mi canto;
pero, atraído de tu imán divino,
mi sombra se alzará bajo tu manto.

DEL CANTO QUINTO

CREPÚSCULO EN EL MAR

La tarde era tranquila. Silenciosas
las olas con placer se deslizaban
por los flancos del *Fénix,* que impelían
del grato Abril las auras de la Pampa.
Olas teñidas con azul celeste,
y como el cielo que las cubre, claras;
que todo el mar de la templada zona
no tiene de cruel sino la fama
que pregonan los tímidos viajeros,
cuando se ofusca de pavor su alma
al mirarse en las ondas que atropellan
del patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso
el sol hacia su ocaso caminaba
dorando con su luz los horizontes
y de la mar el manto de esmeralda.
Multitudes de pájaros gigantes,
negros como la noche, o como el alba
blancas sus plumas, sobre el mar caían
y a la popa del Fénix se agolpaban.
Seguíanlo un instante, y de repente
levantando del mar sus grandes alas
volaban al Oeste fugitivos
para alcanzar el sol sobre la Pampa,
donde el cañón del Plata todavía
no ha violado la paz de sus moradas.

Todo era triste, religioso, dulce;
es la hora en el mar que más nos habla,
en mudo melancólico lenguaje,
el idioma benéfico del alma.
Es la hora en el mar, del *sentimiento;*
hora en que desfallece la esperanza
como el sol en su ocaso, tristemente;
como la luz crepuscular que exhala;
en que sólo se avivan los recuerdos
tristes de lo pasado; en que las almas
entre los brazos caen de la memoria
sin valor y sin fuerzas, desmayadas.

Hora en que el navegante retraído,
reclinando la sien sobre las tablas,
tiene fijos los ojos en el cielo
y conversa tranquilo con el alma;
o con secreta voz, para sí mismo,
algún romance de su patria canta;
palabras que aprendió de su querida
o de los tiernos años de su infancia.
Es la hora del mar. Por sólo ella
bien se puede arrostrar la dura saña
de las bravías ondas y los vientos
cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar. ¿Quién navegando
bajo nubes de armiño, derramadas
sobre infinito manto de zafiro,
cuando del sol el horizonte guarda
sus postrimeros pálidos fulgores,
no suspiró por la mujer amada?
¿No oyó a su corazón decir, latiendo:
«¡Si *ella* estuviera aquí!» y entusiasmada
la fantasía con pensarlo sólo,

al par del corazón soñó mirarla,
los rizos agitados por la brisa,
en los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles,
ese imán, esos lazos que nos atan,
cuando ama el corazón, a ciertas horas,
a ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde
en que Naturaleza arrodillada
ruega al Dios de los mundos que la vuelva
esa luz bienhechora que se apaga,
y en dulces, melancólicos suspiros
parece que en el éter se derraman
sus místicas plegarias, difundiendo
paz y consolación para las almas,
¡sólo el amor y religión inspiran,
sólo de amor y religión nos hablan!

Esas tranquilas horas de la noche,
cuando la luna en el cenit descansa
sobre plumas de cisne su cabeza
y bella y melancólica derrama
espirales de luz pálida y débil,
cual suele una mujer abandonada
ir noche a noche a reposar la frente
sobre el mármol que cubre de su falta
la yerta cifra y de su amante el crimen,
y lívida suspira y solitaria:
¡sólo el amor y religión inspiran,
sólo de amor y religión nos hablan!

Las colinas, las aguas del arroyo,
los prados con sus mares de esmeralda,

y los anchos oceanos, cuando apenas
sus olas muellemente se levantan,
¡sólo el amor y religión inspiran;
¡sólo de amor y religión nos hablan!

¡Bello y grande es correr sobre las ondas,
donde el alma sin límites se explaya!
y ver la luna, el sol, y las dudosas
horas de los crepúsculos, que bañan
con sus pálidas luces tristemente
del Oceano la ondulante espalda!
Y sentir de las olas el murmullo
tranquilo y misterioso, como el alma
en esas horas lánguidas, que late
con las luces y el mar armonizada:
y sentir por la frente deslizarse
los hálitos del mar en tiernas auras
refrescando la sien enardecida,
como el aliento de mujer amada
cuando duerme y suspira en nuestros brazos,
al mundo criminal y al cielo casta!

¡Cómo entonces se afinan en el pecho
las cuerdas del amor! ¡Cómo en el alma
vive la fe de un Dios que la examina!
¡Cómo la Eternidad se muestra y habla!
¡Cómo entonces se eleva el pensamiento
más allá de la vida y de los vanos
fantasmas de la mente; y las pasiones
cómo en vez de crueles se hacen blandas!...

Todo es grande en el mar, todo sublime
como las ondas de su hinchada espalda,
como el rugido de sus hondos senos,
como su inmensidad, como su saña.

Y es fuerza que así sea. No se mira
en redor sino a Dios, en las más altas
ideas de su mente; y ante ellas,
en la contemplación reposa el alma.
La humanidad y el mundo se divisan
por el prisma que forja la distancia,
como la gota de agua y sus insectos
por el vidrio que el físico prepara.
Lo individual se olvida o desvanece,
y sólo en abstracciones se levantan
los vuelos de la mente, comparando
la grandeza de Dios que la anonada,
y el átomo que olvida su miseria
y osa volar sin fuerzas y sin alas.

Tan sólo el corazón desciende al mundo,
al mundo del recuerdo y de las ansias,
y tierno y melancólico suspira
por su Dios, por su amor y por su patria.

Y Carlos ¡ay!, mi joven Peregrino,
alma por excelencia infortunada,
que de tórtola y león la mezcla abriga;
hombre que si en titán se trasmudara
y de lo alto del trópico mirase
la tierra por sus mares inundada,
y rodando a sus polos en las ondas
los montes, las naciones y las razas:
como el padre del Arca se hincaría
en un místico canto a dar las gracias
al dueño de la luz, diciendo ledo:
«*Así sea, Señor:* aquí está mi alma».
Y hombre que sin quererlo palidece
conmovido al aliento de las auras;
que una lágrima empaña su mejilla

cuando débil la luz del sol se apaga;
y vaga una sonrisa por su labios
así que asoma (como virgen casta
con su pálida tez y ojos brillantes,
que mueve apenas la indecisa planta
a encontrar a su amante, y su mejilla
más se colora cuanto más avanza)
la blanca luz del alba en el Oriente,
y en pos ella la aurora iluminada!

Y a Carlos, ¡cuántos pensamientos bellos
no le ha inspirado el mar! ¡Cómo su alma
se ha gozado con él! ¡Cómo han caído
lágrimas de sus ojos, solitarias,
a perderse en las ondas, cual se pierde
en un mar de rigores su esperanza,
que tantos años suspiró a la orilla
de la felicidad que ambicionaba,
como un ángel sin alas sollozando
junto a las puertas del Edén cerradas!
¡Cuántos otros como él sobre los mares
al mismo tiempo su infortunio cantan!

Laureado cantor de nuestro Mayo [1],
Varela, Alberdi, que la suerte ingrata
por diferentes mares os conduce
en igual tiempo, con igual desgracia,
como arrastra también al Peregrino
lejos, muy lejos de la dulce patria.
Hermanos en virtud y en sufrimientos
hermanos en valor y en esperanzas,
también alguna lágrima ha caído

[1] Juan María Gutiérrez.

de vuestros ojos por la patria amada,
al cruzar solitarios los océanos
en busca siempre de extranjeras playas.
¡También inspiraciones atrevidas
habréis debido al mar, cuando calladas
las horas de la tarde hayan movido
de vuestro genio las hermosas alas!

Guardadlas dentro del alma,
guardadlas, que vendrá un día
en que a la fortuna impía
la postre su mismo afán;
y nuestra sien levantemos
más orgullosa y más noble,
como se levanta el roble
que inclinara el huracán.

¡Día eterno de venganza!
¿De venganza? de justicia,
en que la mano propicia
de Dios escriba la ley;
y en que del labio de un pueblo,
con la balanza en la mano,
la escuche hincado un tirano
en medio a su sierva grey.

Hemos visto, los proscriptos,
nuestros juveniles años
bajo los cielos extraños
deslizarse a la vejez;
hemos perdido las claras
horas de nuestra existencia,
batallando sin clemencia
la miseria y la altivez.

Hemos visto uno por uno,
como en otoño las hojas,
caer al plomo o las congojas
nuestros hermanos doquier;
hemos cubierto su tumba
con tierra del extranjero,
sin lápida ni madero
para el polvo guarecer.

Hemos visto a nuestros padres,
más de dolor que de viejos,
decirnos: «Ya no más lejos,
me falta la fuerza ya»;
y bendiciendo a sus hijos
pasar su alma a otras mansiones,
como el sol a otras regiones
cuando en la tarde se va.

Hemos visto al infortunio
en cuanta faz el destino
puede lanzarlo al camino
del hombre en la adversidad;
que hasta la fuente del llanto
agotando sus enojos,
arrebató a nuestros ojos
la postrer felicidad.

Hemos hecho — es menos fuerte,
infierno, el tormento tuyo, —
abnegación del orgullo
si el honor supo quedar.
Que luchando brazo a brazo
con la miseria la vida,
cuando se cierra una herida
queda otra para cerrar.

Y la Esperanza ¡ay! de todos
astro de aureola esplendente,
nunca nos mostró su frente
sino en incierto trasluz:
cual estrella que a la tarde
en Oriente se divisa,
resplandeciendo indecisa
entre la sombra y la luz.

Patria, reina del Plata! Aguila fuerte
que ayer en el plumaje de tus alas
de la España y de Albión viste las balas
envolverse y caer sin ofenderte.

Y bien, madre de glorias, hemos visto
arrancar de tu sien palma por palma,
con más espinas traspasada el alma
que en la sangrienta cruz la sien de Cristo.

Hemos visto, triunfante, tu Tirano
al carro atar tu frente sin guirnalda,
y a los golpes del látigo tu espalda
sangre brotar para teñir su mano.

Hemos visto sumirte embrutecida
en un abismo de ignorancia y crimen,
y al són de las cadenas que te oprimen
sin osarlas quebrar dormir tu vida.

Y hemos visto también del continente
los pueblos por doquier tender las alas
a recibir las prometidas galas
del rico porvenir que alza su frente.

Y de la libertad la trompa de oro
anunciar en la choza y los palacios
que de hoy más en su trono de topacios
el labrador y el rey forman su coro.

Y hemos visto también que no limita
en el siglo la vida de tu llanto,
pues esos niños que acaricias tanto
la sangre llevan de la grey maldita.

Y una generación, como una madre,
cuando el alma y el cuerpo tiene impuros,
nunca se reproduce en hijos puros
aun cuando el tiempo a mejorarlos cuadre.

Mas si no de salud, pueblo argentino,
el día vengador no está distante,
en que se embote el golpe de diamante
que descarga en tus sienes el destino.

En que fulmine de venganza un rayo
el dueño de la luz desde su trono,
y de rodillas, al vibrar su tono,
se postren los apóstatas de Mayo.

Y tus proscriptos la justicia eterna
venguen más que tus penas y tu yugo,
cuando al cortar el cuello a tu verdugo
laven la mancha de tu frente tierna.

Y ante la ley a compasión ajenos,
porque es alguna vez tal virtud crimen,
en cuantos hoy tu libertad oprimen
el fallo de la ley cumplan serenos.

No desconfíes, no; vendrá esa hora;
como, tras largo estío, al suelo en llama
en fuentes de relámpagos derrama
la tempestad su lluvia bienhechora.

Hombres de nuestro tiempo, conocemos
que el bálsamo eficaz para tu herida
está en la sangre de tu propia vida,
y con tu mismo humor te curaremos.

Y habrá en tu cénit tempestad y rayo
que purifique el aire y limpie el cielo,
para que en blanco y azulado velo
se extienda el iris con la luz de Mayo.

Ese día vendrá; lo espero. Entonce
vosotros que en los brazos del destino
vais doquier, cual mi joven PEREGRINO,
oponiendo al dolor pecho de bronce;

a quienes desde el mar he dirigido
estas palabras huérfanas de nombre,
pero hijas, sí, del corazón de un hombre,
el más infortunado y ofendido;

de quien sólo a su patria llanto debe
y la da con amor sus bellos años;
de quien sólo a los hombres desengaños,
y del dolor sin odio el cáliz bebe:

vosotros hallaréis al PEREGRINO
cuando la libertad os llame al Plata;
y de esas horas en que el mar retrata
la vaga incertidumbre del destino;

cuando al límite el sol de dos regiones,
medio oculto en el mar, para una expira,
y a punto de nacer otra lo mira,
todos os contaréis las impresiones:

ya del ansiado río en las arenas
al claro de la luna en noche hermosa,
ya en el hogar junto a la tierna esposa
con la amistad de las comunes penas.

Y una lágrima acaso... Basta... ignoro
cómo he dejado deslizar mi pluma,
y de penas pintar tan larga suma
queriendo hacer llorar porque yo lloro.

CREPÚSCULO

Con el color de la torcaz y el lirio
tranquilas nubes el espacio pueblan,
y allá el confín del horizonte inundan
ondas de fuego que en la mar reflejan.

Guardado el rostro en azulados velos
cae a su ocaso la vital lumbrera,
pero, el cabello destrenzado, flotan
en sierpes de oro sus brillantes hebras.

Púrpura y oro en el ocaso brillan
entre celajes de enlutada niebla,
como entre el manto de la negra duda
los bellos sueños de la edad primera.

Púrpura y oro en el ocaso brillan;
y frente a frente de la luz postrera,

paso tras paso, con semblante adusto
la obscura noche al firmamento trepa.

Así las esperanzas alumbraron
mi joven corazón; así con ellas
la gloria y el amor se reflejaban
sobre las flores de mi incierta huella.

Así vino después, como la noche,
el desencanto a obscurecer la senda;
y de gloria y de amor y de esperanzas
un crepúsculo vago se conserva.

DEL CANTO SEXTO

A LA LUNA

Duerme tranquilo el mar sueño profundo
sin que agite su sien brisa importuna,
y se levanta la redonda luna
como el ojo de Dios mirando al mundo.

Un finísimo rayo de su frente
llega trémulo al borde del navío,
y en la espalda del líquido sombrío
se mueve cual bellísima serpiente.

Al astro envuelve cenicienta nube,
y de la lumbre de su frente luego
más el reflejo que la sombra sube,
y el linde dora en espiral de fuego.

Sigue trepando en carro de diamantes
al cenit de la bóveda azulada,
y la sierpe se expande, y transformada
queda en lago de chispas rutilantes.

¿Qué mágico pincel pintar podría
un solo rayo de su luz hermosa?
¿En qué tinta el color encontraría
de un arrebol entre una nube umbrosa?

Si el dulce ruiseñor de LOS CONSUELOS
pisara este bajel, él te cantara,
tímida virgen, en los altos cielos
de suspiros y lágrimas avara.

Y a su voz de letal melancolía
murmurara de amor el mar sombrío,
y en torno se agolparan del navío
los peces a la dulce melodía.

¿A quién buscas, viajera de la noche,
sobre este llano de aridez eterna,
do nunca al rayo de tu luz tan tierna
abre una flor su perfumado broche;

do nunca una beldad triste suspira
de su balcón en las heladas rejas,
y al dar al viento sus sentidas quejas,
alza sus ojos y tu rostro mira:

do nunca una mujer junto a una losa
hincada llora su perdido fruto,
pagando el triste maternal tributo
bajo tu luz tranquila y misteriosa:

donde no hay sino espacios infinitos,
brisas que corren las llanuras solas,
y el lúgubre quejido de las olas
bajo los rayos de tu luz benditos?

Gracias, ángel que velas los pesares,
casta beldad de adormecidos ojos:

tú calmas dulcemente los enojos
del viajador errante de los mares.

El conmovido mar se magnetiza
tocado apenas por tu blanco rayo,
y al contemplar su lánguido desmayo
pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar el bajel vuela,
murmurando las olas mansamente,
y el triste marinero alza la frente
a ver tus rayos en la blanca vela.

¡Bendita, entonces, tu tranquila lumbre,
del sol ardiente pálida memoria!
Ella nos trae de nuestra misma historia
recuerdos mil en grata muchedumbre.

Uno derrama silencioso llanto,
otro canciones de su patria canta;
pero todos *recuerdan*, virgen santa,
en el bajel, bajo tu dulce encanto.

Ya estás en el cenit; bendita seas.
Ya iluminas la sien del PEREGRINO;
ya escucharás su amor y su destino
cuando en tu rostro sus miradas veas.

Oye, casta beldad, perla del cielo,
el ¡ay! de un corazón que Dios no quiso
que el molde original en que le hizo
diese otro semejante al triste suelo.

Oye de su dolor las justas quejas
en el albor de su infelice vida,
y toque y cierre su profunda herida
el dulce rayo que de Dios reflejas.

Aquí desde un bajel perdidos llora
amor y patria y juventud temprano,
y al arrullo del viento y del Oceano
pulsa su lira y la esperanza implora.

Es benigna tu luz, cual la mirada
de tierna madre a desgraciado hijo,
vén, y en su pecho su dolor prolijo
cálmale con tu luz inmaculada.

Su amante madre le robó la muerte;
a su tierra natal la tiranía;
y del mundo también la hipocresía
robó su amor y su temprana suerte.

Huérfano como el lirio del desierto,
lo abrasa el sol y el viento lo deshoja:
vén, blanca luna, vén, y su congoja
hable y suspire con tu rayo incierto.

A LAS ESTRELLAS

EN EL MAR

Sobre la mar tranquila
suavemente vacila
la blanca luz de la lumbrera hermosa.
Rutilan las estrellas,
y el mar a todas ellas
las duplica en su frente majestuosa.

Allí están chispeantes
los fúlgidos diamantes
del manto azul del César de los cielos,
con quienes los querubes
juegan entre las nubes
sus luces apagando con sus velos.

Allí está ese misterio
del eternal imperio
en todo su esplendor y poesía:
allí están los puñados
de mundos inflamados
que tiró Dios sobre la noche umbría.

Allí están, como fueran
cuando juntos cayeran
a la urna sin fin del Universo;
cual serán en la hora
en que anuncie sonora
la trompeta final el día adverso.

Allí están sin asiento,
por el divino aliento
suspendidos en medio del espacio,
y con magia encantada
arrastrando imantada
a la mente sus rayos de topacio.

¡Qué magnético encanto,
irresistible y santo,
hay en vosotras, trémulas estrellas,
que robáis con cariño
las sonrisas al niño,
y al anciano recuerdos y querellas?

¿Qué relación existe
entre este mundo triste
y vosotras, alegres y radiantes?
¿Qué tiene vuestro rayo
con el mortal desmayo,
con las penas del hombre palpitantes?

Decidme: vuestra lumbre
de grata mansedumbre
¿tiene algo de común con los mortales?
Vuestros rayos supremos
¿acercan los extremos
del hombre y de los seres divinales?

¿O, cual dicen las fablas
de las antiguas hablas,
sois de todos clarísimo destino,
y cuando nace un hombre
lleva un astro su nombre
y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme
el misterio, y decidme
cuáles los astros son de los tiranos,
y podré, aunque de lejos,
maldecir sus reflejos,
ya que no sofocarlos con mis manos!

Y señaladme cuáles
con rayos virginales
son los que alumbran la virtud sagrada,
para poner mis sienes
a recibir los bienes
de su divina lumbre inmaculada.

Enseñadme cuál fuera
quien a mi patria hiciera
surgir brillante de su noche umbría;
para clavar mis ojos
en su rayo, y de hinojos
veneración rendirle el alma mía.

Y cuál la roja estrella
que sus rayos destella
en su senda de lágrimas ingrata;
para pisar contento
sus rayos un momento
en el agua o cristal que los retrata.

Y del triste destino
del pobre PEREGRINO
¿cuál es, decid, la inapiadada estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
que se hunde en el ocaso,
las ondas de la mar tocando en ella?

¡Cuántas veces al lado
de su ídolo adorado,
allá en las noches de su patria hermosa,
«Esa es nuestra», decía,
enseñando a MARÍA
en el cenit azul la más preciosa!

Y fijando, la bella,
sus ojos en la estrella,
«Que velen nuestro amor sus resplandores»
decía en embeleso,
recibiendo en un beso
el premio a sus angélicos amores.

¿Dónde están las dulzuras
de esas horas tan puras
deslizadas en tiempo cristalino?
¿Dónde el bello tesoro
de los delirios de oro?
¿Dónde la juventud del PEREGRINO?

¿Dónde está la querida
de su temprana vida?
¿Dónde en el cielo la preciosa estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
que se hunde en el ocaso
las ondas de la mar tocando en ella?

ORACIÓN DEL PEREGRINO

¡Gloria, Dios, que de tu boca
a los hálitos fecundos
la nada brotara mundos
y las tinieblas la luz!
¡Gloria a Ti, gloria a tu Hijo,
que en horas de sed y muerte
vino a darnos agua y suerte
con la sangre de la Cruz!

Bajo las bóvedas puras
del templo de la mañana
postrada mi alma cristiana,
sube a ti mi corazón.
Y en medio a los valladares
desiertos del Oceano,
escucha, Dios Soberano,
mi purísima oración.

Perdón, Señor, para aquellos
que olvidan tu santo nombre,
y tu bendición al hombre
que te busca en su orfandad.
Tus ojos vuelve a este mundo
que rueda en tiniebla umbría,
y llegue a la patria mía
un rayo de claridad.

Luz a mi patria, Dios bueno,
y el fuego de tu mirada
sobre la tierra yermada
seque la sangre infeliz.
Paz y amor en mis hermanos;
odio y penas al olvido;
abrazo al que fué vencido;
abrazo al que fué feliz.

En sola una sien fulmina
el rayo de tu venganza,
pues si tu perdón alcanza
fuera un crimen tu perdón.
Los árboles lloran sangre,
las rocas del Plata gimen:
Señor, por tan negro crimen
no ruega mi corazón.

Y mientras llegan los días
de paz y de amor benditos,
vela, Señor, los proscritos
en su santo padecer.
Que unos al hielo del tiempo,
y otros al de sus congojas,
todos van viendo las hojas
de la esperanza caer.

Niños dejamos la patria,
y vamos llegando a viejos,
siempre en borrasca y más lejos
del puerto de salvación.
Nos va cubriendo uno a uno
la tierra del extranjero.
¡Ay! ¡que la fe no es de acero!
Tennos, Señor, compasión.

Queremos paz y justicia:
¿no somos, Señor, cristianos?
Maldecimos los tiranos:
¿no os complacemos, Señor?
¡Gloria, Dios!, pues si el destino
todo a mi patria ha robado,
tu bondad le ha conservado
en nosotros el honor.

Y a mí que en batirme se place el destino
cual baten la nave los vientos y el mar;
a mí que me cansa mi errante camino
sintiendo la fuerza de mi alma cesar;

A mí, Dios bendito, tus justos enojos,
ya sé que no es mucha mi humana virtud.
Castiga mi vida, mas no mis despojos:
te pido en mi patria mi pobre ataúd.

LA AURORA

Abrió el alba sus puertas de plata
sobre goznes de perla y topacio,
y mostró de la Aurora el palacio
sostenido en las olas del mar.

Sus jardines de luces esparcen
muchedumbre de rayos por flores
que matizan con tenues colores
de los cielos el limpio cendal.

Olas y olas y espacio do quiera,
y en el centro del mar una pira
cuya llama en boreales expira,
en el cénit y al fondo del mar.
Salve, espléndida virgen del día,
maravilla que el mar atesora:
¡ay, si el genio del mar se enamora,
es su amante tu rara beldad!

Eres bella mirada en los campos
entre cuna de bosques y lomas,
mas ¡cómo eres sublime si asomas
sostenida en las olas del mar!
¿Quién os pinta las mil espirales
de esos juegos de luz diferente,
cual las aguas de artística fuente
que se escapan en giro fugaz?

Allí están los colores del iris;
allí brillan del ópalo aquellos,
reflejando su luz todos ellos
en la hermosa esmeralda del mar.
Te descubres, y el alma se alegra,
y en secreto se expande la vida,
pues en ti y en las flores se anida
misterioso un aliento vital.

¡Ay de aquel que al mirarte no siente
de esperanzas y amor un destello,
y de Dios no comprende lo bello

cuando doras los cielos y el mar!
Son los lazos del hombre y el ángel
de la aurora los bellos colores,
la armonía, la tarde, las flores
y la casta y risueña beldad.

¡Salve, salve, magnífica aurora,
cabellera de alado querube
que esparrama sus rizos, y sube
de bañarse en el centro del mar!
Allí está un laberinto de rosas;
allí cisnes en lago azulado:
salve, salve, bosquejo alumbrado
del jardín primitivo de Adán!

Que no invada tu plácido alcázar
el soberbio monarca del día:
¡ay! que entonces la bella arquería
cae deshecha en las olas del mar!
Que sus rojas oleadas de rayos
no derrame en tus suaves jardines:
¡ay! que entonces los blancos jazmines
y las rosas quemadas serán!

Sí, conserva tu ramo de luces
en su hermoso jarrón de esmeralda,
y una flor llevará a su guirnalda
quien recoge las flores del mar:
quien con alma y con ojos cansados
teme al sol y las sombras adora,
y la luz la procura en la aurora,
o en la tarde, la noche al llegar.

Ya la cándida luz de la mañana
desapareció en los límites de Oriente,
y en su pomposo pabellón de grana
descubrió el sol su poderosa frente.

Ya perdióse la plácida y tranquila
cambiante luz de la risueña Aurora,
y al fijarse en Oriente la pupila,
herida por el sol, trémula llora.

Así se desvanece el puro y tierno
primer albor del corazón humano,
cuando de las pasiones el infierno
alza en el alma su poder mundano.

Eres creador, ¡oh sol! En tu camino
hombres y mundos con placer te miran.
Gracias por los demás: el PEREGRINO
sólo canta tus rayos cuando expiran.

Ama la tarde, como busca y ama
en pudorosa virgen la tristeza;
y a su alma choca tu radiante llama
como mujer de lúbrica belleza.

Foco eterno de luz, padre del día,
el mundo adora tu esplendente huella:
gracias por los demás: CARLOS daría
cien soles como tú por una estrella.

Ostenta el genio sus lujosas galas
en el tranquilo reino de la noche;
el amor y la fe baten sus alas,
y abre la flor su delicado broche.

Carlos contempla en tu brillante imperio
la inspiración de su alma sin colores,
llorar su amor la ausencia del misterio,
y heridas por tu luz morir las flores.

Es un hombre no más bajo tu lumbre,
y en medio de la noche es un poeta:
lo arrastra con tu luz la muchedumbre,
y es sólo ángel en la noche quieta.

Jamás le diste inspiración ninguna
ni hojas de mirto a su secreta historia;
y debe al rayo de la blanca luna
mucha felicidad y mucha gloria.

Pasa sobre el cenit, rey de los astros,
baña de luz tu espléndido camino;
que no echa flores en los claros rastros
el obscuro y altivo Peregrino.

SÚPLICA

Espíritus del alma que conducís la mente
con misteriosas alas más lejos del presente,
más lejos de las cosas que nuestros ojos ven;
y donde ya la lumbre del porvenir vacila,
y donde con su rayo no alcanza la pupila
llegáis, y con vosotros el ánima también.

Venid, y arrebatada mi herida fantasía,
que llegue en vuestras alas hasta la patria mía
tras las obscuras rocas que miro en confusión.

Son ellas de mi patria la poderosa mano
que en el confín las ondas detiene al Oceano
para escudar los prados que habita el patagón.

Arrebatadme el alma para poder de hinojos
reverenciar la tierra que niegan a mis ojos,
aun siendo ella mi patria, la dicha de mirar.
Y pueda con la mente palpar esos parajes,
de virgen poesía magníficos paisajes,
que están tras de las rocas que miro desde el mar.

Y pueda con la mente mirar en sus regiones
aquellos colosales soberbios patagones,
sin freno dominando su indómito corcel;
y cual la rauda flecha de su carcax de cuero,
y cual las raudas alas del silbador pampero,
pasar de los desiertos el último dintel.

En su tostada frente las coloradas plumas
y piedras cristalinas que cubren las espumas
del mar que se derrama por el Estrecho allí:
en el nervudo brazo la desmedida lanza,
que mata con el peso cuanto a tocar alcanza,
y en los desnudos hombros el ancho *quillapí.*

Y verlos en la tarde, cuando la tribu acampa
de soledad rodeada sobre la inmensa pampa,
huyendo a su presencia los potros y el yajá.
Y verlos, sin cuidarse de huella ni de rastro,
confiados en su marcha del brillo de algún astro
que asoma, y con su rayo la brújula les da.

Y verlos levantarse con su salvaje calma,
y al lomo de sus potros cual a segura jalma
saltar, y estar el hombre clavado al animal.
Y luego como el viento cruzar rápidamente

su patria — los desiertos — do queda solamente
de América su madre la forma original.

Su patria — los desiertos — de cuya vasta orilla
no osó ir más adelante la gente de Castilla
para matar sus hijos en nombre de la Cruz.
O acaso para darles la lengua en que no escucho
ni el arte ni las ciencias, y que dejó por mucho,
por único recuerdo de bienes y de luz.

Y pueda con la mente llegar hasta la roca
donde se quiebra el Andes y en el Estrecho toca
de su cadena inmensa como último eslabón.
Y ver sobre la tierra donde nací a la vida
la frente de los Andes quebrada y abatida,
rindiendo a los desiertos honor y admiración.

Y pueda de una en otra por las montañas largas,
que el rayo de la aurora reciben en sus bargas,
correr las cordilleras que por mi patria van;
hasta que llegue al pico soberbio de Aconcagua,
donde fermenta eterno, dentro profunda fragua,
para quemar las nubes el sin igual volcán.

Y cerca de los cielos, del cráter a la orilla,
sobre la eterna nieve doblada la rodilla,
saludaré entusiasta la patria en que nací.
Y lleno de recuerdos e inspiración entonce,
pulsando las bordonas de mi laúd de bronce.
la gloria de sus armas le cantaré de allí.

La gloria, que al reflejo de sus fulgentes brillos
deslumbrará en los siglos el león y los castillos
que el godo levantara por símbolo español,
cuando al brillar el oro del estandarte ibero

los otros apagaban su brillo pasajero,
cual hacen las estrellas al asomar el sol.

Que porque son doradas las hojas de su historia,
mostrando en cada letra de su opulenta gloria
que en españolas venas no hay sangre sin valor,
fué grande de mi patria la coronada hazaña
de haber hecho pedazos el pabellón de España,
cercado de adalides del castellano honor.

Mirad de ese Aconcagua sobre el cristal de hielo,
do paran sin aliento los cóndores el vuelo,
la conocida huella del argentino pie.
Corred para mirarla también en Uspallata,
que no es al argentino la cordillera, ingrata,
como los anchos valles que el Occidente ve.

Sobre ella palpitaron valientes corazones
marchando por la nieve soldados y cañones,
haciendo entre las nubes el pabellón lucir.
Y encima de los Andes, con hecho sin segundo,
jugando iba mi patria, del porvenir de un mundo,
los dados que debieran la suerte decidir.

Arrostren mis pupilas el descubierto rayo
que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo
que hería de los cielos el transparente tul;
y atónitas contemplen los hondos precipicios
por do bajó al impulso de santos sacrificios,
para cubrir ingratos, el pabellón azul.

Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira,
a Chile, que grandezas y libertad respira,
de Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;
y un eco discurriendo del Andes por la cima

repita entre cien otras las de Ayacucho y Lima,
mezclando entre victorias Colombia y el Perú.

Mas, ¡oh, la patria mía se paga con su gloria!
Fué sola en otros tiempos, y sola en la victoria,
mañana a sus tiranos abatirá la sien...
Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes
la fe que sostuviera los corazones grandes
de los que ya a sus plantas los luminares ven.

Yo cantaré victorias sin pronunciar enojos;
yo miraré los pueblos, sin fulminar mis ojos,
que tras la cordillera sobre la mar están;
y el porvenir de todos saludaré en la cumbre,
bañado de otros tiempos en la fulgente lumbre,
mientras despido aquellos que túrbidos se van.

Y en tanto que mi lira sobre Aconcagua loa
los pueblos que salpican las ondas de Balboa,
por el clivoso hielo mi espíritu escurrid;
y baje la montaña por la argentina grieta
que toca con sus valles Mendoza la coqueta
bajo el dosel dormida de su frondosa vid.

Y allí sobre los campos por bendición opimos,
cubriendo mi cabeza dulcísimos racimos
y oyendo de las fuentes la armónica inquietud;
mirando por el Andes bajar la caravana,
y entrando por el llano la tropa tucumana,
con cuerdas de mi patria resonará el laúd.

Y acaso a sus sonidos la esbelta mendocina,
con sus cabellos negros y tez alabastrina,
del trovador al lado se acercará gentil;
y juntos, a la sombra de perfumada parra,

se pierda entre las hojas el són de una guitarra
pulsada dulcemente por manos de marfil...

Espíritus del alma, llevadme todavía
más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía
correr sobre mi patria y en ella respirar.
Llevadme, que son muchos mis años de proscrito,
los años que las playas del extranjero habito,
las puertas de mi patria rondando sin entrar.

Llevadme, que es amarga la miel del extranjero;
sus días no son claros ni el aire lisonjero;
sus frutas son muy agrias y pálida su flor.
Llevadme, que en su aurora mi vida se acongoja
perdiendo cada día su flor hoja por hoja,
que se las lleva el soplo del frío desamor.

Paseadme por los valles, y al claro de algún astro
mostradme esas lagunas, cual platos de alabastro
con aguas que se entibian al pie del Limarí;
llevadme hasta la Arauca sin miedo que peligre;
que el *tigre de la pampa* mató al *llanero tigre*[1]
hiriéndole, dormido, con rudo frenesí.

De Catamarca rica, de Salta la gloriosa
llevadme hasta los bosques donde la luz se emboza;
bañadme en esos ríos que incógnitos están;
con flores de cien prados tejedme una guirnalda,
y pues estoy dormido con sueños de esmeralda,
bajadme a los jardines del fértil Tucumán.

Del naranjal espeso bajo la fresca sombra
dormido reclinadme sobre la blanda alfombra

---

[1] Quiroga: era llamado vulgarmente en las provincias e
tigre de los llanos.

de nardos que codician las auras[1] del Edén;
y cuando me despierten las aves bacanales,
cubierto me contemple por dulimán y chales
de azahares que cual lluvia del naranjal caen.

Y en tanto que en las ramas murmuran las palomas,
y los jilgueros trinan en las doradas pomas,
y están las mariposas besando el alhelí,
presenten a mis labios la perfumada mora,
de la colmena blanca las mieles que atesora,
jugosos arrayanes y el dulce piquillí.

Y vibrará mi lira dulcísimos sonidos
que embriaguen cual embriaga los ávidos sentidos
la lúbrica belleza que ostenta Tucumán;
jardín con los laberintos de luces y de grutas
donde se guardan flores y pájaros y frutas
en mesas de esmeralda que las praderas dan.

Llevadme; que yo pueda gozar en la belleza
del único tesoro de la naturaleza
que al suelo de mi patria le regalara Dios:
y allí bajo tan dulces y suaves impresiones
olvide mis pesares, y sienta mis pasiones
hablar al pecho mío sin tan pujante voz.

Un poco más de vuelo, y en vuestras raudas alas,
y revestida el alma de flores y de galas,
por compasión llevadme donde mi cuna fué:
y cual se olvidan quejas a la mujer querida
de sus amantes ojos bajo la luz de vida,
mis años de destierro, mi llanto olvidaré.

---

[1] Todas las ediciones dicen aquí *jarras*, en vez de *auras:* como disparate, no hay más que pedir. Creo haber restablecido la única lección admisible.

Bajad por las corrientes que el Paraná desata,
y la hallaréis a orillas del caudaloso Plata,
la música escuchando de su gigante voz.
Allí do se contemplan los claros horizontes
y la mirada tiéndese sin tropezar con montes
que tuerzan a los vientos en su ímpetu veloz.

Allí donde levanta su frente descubierta.
como águila parada sobre extensión desierta
que mide con sus ojos el circular confín;
como de extensa plaza sobre el marcado centro,
para mirar si llega quien le vendrá al encuentro
pasea sus miradas el noble paladín.

Del alto San Isidro sobre las verdes lomas,
do llegan de sus bosques rodando los aromas
y del jazmín del aire la esencia virginal,
sus diecinueve torres descubriréis sombrías
como fantasmas negros que de las ondas frías
levantan de improviso su cuerpo colosal.

Allí está Buenos Aires: el vaso de esmeralda
que guarda transparente las joyas y guirnalda
que relumbraron antes en la argentina sien.
Allí está más hermosa con su desgracia misma
la inconsolable viuda que en su dolor se abisma,
el ángel que ha dejado las puertas del Edén.

De allí se levantara la estrella que siguieron
por montes y desiertos los pueblos que salieron
a ver el nuevo Cristo del mundo de Colón.
Y siempre caminando tras su fulgente rayo,
el Cristo descubrieron que les predijo Mayo,
en cuna de banderas, al lado del cañón.

Y todos el bautismo tomaron en la fuente
que el Plata les llenara con rápida corriente,
y toda fué bendita la americana grey;
y fuera para todos su religión segunda
la Libertad del Plata, benéfica y fecunda,
su nuevo Jesucristo, su prometido Rey.

Velando de la patria la sacrosanta pira,
los triunfos del guerrero cantaban en la lira
los bardos inspirados bajo la patria luz.
Y allí está el primer templo que al porvenir recuerda
dónde vibró primero la americana cuerda
los verdaderos nombres de Libertad y Cruz.

Con blancas vestiduras y con celestes lazos
las madres levantaban sus niños en los brazos
para cantar a Mayo cuando naciera el sol:
y es esa la primera generación que toma
de libertad y glorias americano idioma,
su corazón pasando por límpido crisol.

Allí venid conmigo, bellísimos delirios,
yo quiero iluminarme con su millar de cirios
en medio de la santa grandiosa catedral.
Yo quiero, pues que vuelvo junto a mi tierna madre,
dar gracias de rodillas al justiciero Padre
donde mojó mis sienes el agua bautismal.

Salid de la memoria, recuerdos punzadores:
yo quiero dentro el alma fraternidad y amores
cuando hoy toca mi planta la tierra en que nací.
Al pie de la columna de nuestro Mayo santo,
de paz y de esperanzas elevaré mi Canto...
¡Señor, mi pecho late: la inspiración en mí!

Venid en torno mío, bellísimas mujeres,
en cuya boca juegan la risa y los placeres,
en tanto que en el pecho cobíjase el pudor.
De quienes la cintura las sílfides envidian,
y cuyo pie las gracias por conquistarle lidian,
y cuya tez da celos al matinal albor.

Venid e iluminadme con la pupila negra
a cuyos dulces rayos el corazón se alegra,
como a la luz que vierte la luna sobre el mar.
Venid, hijas del Plata, con ramos de jazmines
y rosas que en la tarde tomáis de los jardines
que vuestras lindas manos se esmeran en regar.

Venid y coronadme.—Yo soy el PEREGRINO
que andando en otras tierras en pos de su destino
cantó de Buenos Aires las glorias y el honor.
Venid, y vuestros ojos con su apacible lumbre
inspiren a mi lira preciosa muchedumbre
de acentos perfumados con ámbar del amor.

Yo he visto en mi destierro mujeres hechiceras;
mas recordando luego del Plata las riberas
he dicho entusiasmado: «Más lindas son ALLÍ».
Las rosas he tenido de espíritu el más blando:
llevarlas quise al pecho, y el pecho suspirando
me ha dicho: «De ALLÍ quiero más tarde un alhelí.»

Contadme sin misterio vuestra pasión secreta
y os formará romances mi mente de poeta,
y encontraré en vosotras lo que perdiera yo;
que, apenas de mis años en la estación florida,
al soplo de infortunio se acongojó mi vida,
como silvestre lirio que el huracán dobló.

Y luego al separarnos os pediré una rosa
cuando mi sien descanse bajo temprana losa
a orillas de ese Plata que heló mi juventud.
Mas no de vuestros ojos os pediré una perla:
creeríame infelice dentro mi tumba al verla,
y yo pido a mi patria siquiera mi ataúd.

Espíritus del alma que conducís la mente
con misteriosas alas más lejos del presente,
más lejos de las cosas que nuestros ojos ven:
venid, y con mis sueños de lirios y amapolas
llevadme hasta esas rocas que miro tras las olas;
son rocas de mi patria: la patria es el Edén.

DEL CANTO UNDECIMO

EN EL BRASIL

I

En medio de la bóveda celeste,
como globo de fuego chispeante,
vierte oceanos de lumbre rutilante
el sol enrojecido del Brasil.

La nube con estambres carmesíes
diáfano forma y vaporoso velo,
que vaga muellemente por el cielo
en un día magnífico de Abril.

La frente del Janeiro, iluminada,
parece que se eleva con los montes
a contemplar los rubios horizontes
que circundan las sierras y la mar.

Cual asamblea extraña de gigantes
con fibras de metal, piel de esmeralda,
las montañas contemplan en su falda
la señora imperial velada estar.

La brisa con el ámbar perfumada
de una vegetación que en ser eterno

no le importa de estío ni de invierno,
los perfumes esparce del jazmín.

Y la inmensa bahía — la primera
en bellezas, en lujo, en mansedumbre, —
como un cristal la enrojecida lumbre
refleja por su líquido sin fin.

Sobre ese mar sin ondas, muellemente
una graciosa nave se desliza,
a quien la tibia perezosa brisa
va llevando a las puertas de la mar.

Y en el mástil los linos suspirando,
ora se hinchan al viento, ora se abaten,
y en el rebelde lienzo libres baten
la flámula y las cuerdas sin cesar.

Parece que la nave amedrentada
al rumor de las ondas del Oceano,
en ese de cristal dormido llano
quisiese su carrera detener;

o que Dios a la brisa adormeciendo,
dijese al navegante que suspira:
«Sal paso a paso y contemplando admira
esta magnificencia de mi ser;

esta bella guirnalda americana,
hipérbole de lujo y fantasía,
que en mi pasmosa creación un día
reveló mi entusiasta inspiración».

Y es en verdad la hipérbole del cielo
cuanto el Brasil en su Janeiro encierra,

desde la luz del sol hasta en la tierra
la eterna colosal vegetación.

Y ¿quién va en esa nave que tranquila
surca el límpido arroyo de cristales,
para luego quebrar las colosales
soberbias ondas del pujante mar;

como al salir de la niñez la vida
por el canal de mansas afecciones,
surca después el mar de las pasiones
naufragando y luchando sin cesar?

¿Quién dice adiós al paraíso bello
del mundo americano? El PEREGRINO.
el hijo predilecto del destino,
el arista que lleva el huracán.

El que ha dos años sobre el mar dejamos
arrullado por roncas tempestades,
y que hoy vuelve al altar de sus deidades
que en viento y olas con su mente van.

Ya está sobre los mares; ya habita en su elemento;
ya marca en las arenas sus garras el león;
ya el águila recorre mecida por el viento,
y atropellando nubes, su cóncava región.

Su corazón salvaje se expande dentro el pecho
por respirar la brisa valiente de la mar.
Sus ojos se dilatan para salvar el trecho
que puede un horizonte del otro separar.

A su alma en el oído reconcentrada afina
para del mar el rudo concierto percibir;

su frente descubierta sobre la borda inclina
para la blanca espuma de la onda recibir.

Ya está sobre los mares. Ya envuelven su camino
los vientos, los abismos, las tempestades—bien—
Salud, benigna estrella; ya puede EL PEREGRINO
bajo tus dulces rayos adormecer la sien.

Ya puede—desprendidos sus lazos con el mundo—
volar a los espacios su espíritu hasta Dios:
ya bátenle los vientos y sobre el mar profundo,
ya mira de una nube la tempestad en pos.

¡Salud, obras gigantes de la naturaleza!
¡Salud, de los oceanos tranquila soledad!
El hombre ante vosotros inclina la cabeza
y al genio reverencia de la divinidad.

Y el mundo desparece, la humanidad se abisma,
se borran los recuerdos, extínguese el dolor,
y solamente vagan los ojos en un prisma
de eternidad y calma, felicidad y amor.

Al viajador errante ¡oh mar! de tu desierto,
sin que lo sepa su alma, le sirve de crisol,
y ante la fe se inclina, purificado y cierto,
al claro de los astros o al descender el sol.

El hombre, ese rebelde proscripto sobre el mundo,
que aun no ha reconciliado la sangre de la Cruz,
se sublimiza, si ama, y en nuevo ser fecundo
se torna a las regiones de su primera luz.

Pues bien: en tus espacios, sobre tu blando llano,
de tu silencio eterno bajo el extraño imán,

es fuente de afecciones el corazón humano,
y los recuerdos dulces en primavera están.

Allí ve entre las nubes, bajo la triste luna,
la fugitiva sombra de su primer amor;
y el maternal acento que le arrulló en la cuna
percibe de las olas y el céfiro al clamor.

Allí llevan suspiros las alas de la brisa;
allí ven las estrellas la lágrima brotar;
allí tranquilos ojos en éxtasis divisa
la tarde que desmaya sus luces en el mar.

Es ese amor del alma, dulce, tranquilo, santo,
que mezcla en la memoria la tierra y el Edén;
que sublimando al hombre con su divino encanto
la culpa de profano le borra de la sien.

¡Oh mar! También el hombre se eleva hasta los
[cielos
cuando en gigantes alas el pensamiento va,
y en medio a tus desiertos das pábulo a los vuelos
del genio que en su cárcel por caducar está.

Las roncas tempestades vibrando por tus ondas
cuando revienta el trueno del huracán en pos;
las olas que vomitan tus cavidades hondas
para apagar los rayos en su ímpetu veloz;

tu inmensidad desierta, sin luz, sin horizontes,
do al brillo de improviso relámpago fugaz
se miran solamente los movedizos montes
que ruedan al empuje del huracán tenaz:

todo esto es para el alma lo que es para el acero
la misteriosa magia del poderoso imán;
lo que es el cañonazo para el leal guerrero
que descuidado duerme cuando la seña dan.

En altas concepciones, vagando en los espacios
el alma se levanta, como la mar, sin ley;
del trueno y de los rayos recorre los palacios
y se hace, como el viento, de los espacios rey.

¡Ah, pueda el Peregrino de nuevo sus pasiones
y el temple de su mente sobre la mar medir!
¿Dos años lo agostaron? ¡Oh! no; hay corazones
que acaso en el sepulcro se escuchará latir.

Ya está sobre los mares; ya habita en su elemento;
ya marca en las arenas sus garras el león.
¡Qué bellos son los astros y el ancho firmamento
mirados de la nave que impele el aquilón!...

II

En vosotras, montañas,
que con un sol de llamas en la frente
y el fuego del metal en las entrañas,
parece que del suelo de repente
os escapáis, para pedir a prisa
a los cielos un hálito de brisa,
alguna vez, oculta por las hiedras,
una letra hallarán en vuestras piedras.

El pie del PEREGRINO
ha tocado la sien de vuestras moles,
y más arriba de las densas nubes
ha dormido a la sombra de algún pino
bajo un cielo bordado de arreboles,
su sueño acariciando
el plácido murmullo
de la brisa en las palmas resbalando;

O el armónico arrullo
de las fuentes corriendo cristalinas
con bulliciosa voz por mil canales,
y en hebras serpentinas
por entre los sahumados vegetales;
o al tocante y agudo
silbido de las sierpes escondidas
bajo el leve dosel de hojas caídas
que al rodar turban el silencio mudo.

Y al llegar a su oído
de montaña en montaña el ronco trueno
rodando en compasadas vibraciones,
¡cuántas veces ha visto conmovido
sin mancha el cielo iluminar sereno,
y cual negras visiones
que velan de los montes la cintura,
rodar las nubes destilando el agua,
y entre los velos de su niebla obscura
prender los rayos en etérea fragua!

Volar desde la falda
las espantadas aves a la cumbre,
y sobre las coronas de esmeralda
beber del sol la brillantina lumbre,
mientras que al pie de la montaña quedan

obscuras nubes que tronando ruedan!
Muchas veces, así, llena de espanto,
en sublime abstracción se escapa el alma,
        y en un cielo sereno
vaga la mente en religiosa calma,
        por no escuchar del seno
        en rudas vibraciones
la tormenta mortal de las pasiones...

  Arquerías de espléndidos torrentes
que coronáis la sien de la Thijuca[1];
        pintoresca cascada,
fuente de cien arroyos y cien fuentes:
reverencia y loor a tu grandeza,
        y a tu sublime bello
que hace inclinar del hombre la cabeza
enseñando de Dios el sacro sello.

        ¡Oh! si en rápidas ondas,
ese arco colosal de agua y colores
que formas al lanzar tu torbellino,
no se precipitara en las montañas,
y de una en otras cavidades hondas
no corriese apagando los rigores
del fuego tropical en las campañas,
y dando vida en la caldeada roca
al rudo vegetal y al yermo suelo,
como el soplo de Dios baña la esfera
de mundo en mundo, y cuanto raudo toca
vive y forma la eterna primavera
de la pasmosa creación del cielo:

---

[1] La Thijuca es la montaña más elevada de las que están a la vista de Río de Janeiro.

ese arco cristalino
reflejaría, acaso,
la descubierta sien del PEREGRINO
cuando la vez primera lo admiraba,
en momentos que el sol desde el ocaso
sus postrimeros rayos apagaba,
y el lánguido color de los topacios
matizaba el zafir de los espacios,
y en el arco ruidoso y movedizo
relumbraba del ópalo el hechizo!

Allí, y en esa hora
melancólica y dulce de la tarde,
viendo lánguidamente
morir del sol el amarillo rayo;
viendo en el trono de la ausente aurora
mostrar la noche su severa frente;
en medio de ese tímido desmayo
de la naturaleza, cuando mira
nacer la noche y que la tarde expira;

allí el alma embriagada,
respirando una brisa perfumada
con los dulces alientos de las flores,
que no ha tocado el ¡ay! de los dolores,
y que parece cuando el rostro toca,
en vez de brisa, aliento de las puras
seráficas criaturas
que en las nubes de perlas y zafiro
exhalan tiernas de su dulce boca;
allí, sobre la cumbre de esa sierra
que ha visto deslizarse uno por uno
los siglos de la tierra,
sin conservar el rastro de ninguno;

sobre aquesas montañas
que cual fibras de vida los metales
en mineros sin fin forman su entraña,
como forman las venas
de su pecho y sus miembros colosales
los ríos desprendidos
que llevan confundidos
el oro y los diamantes por arenas:
allí, sobre su frente
ese arco estrepitoso del torrente,
y al poder de tan fuertes impresiones,
el joven Peregrino
ha sentido tal vez revelaciones,
mezcla de mundanal y de divino,
pero sublimes, cual sublimes viera
la cascada, los montes y la esfera!

El comprendió quizá que sobre el mundo
no se ha perdido todo, cuando queda
dentro del corazón rayo fecundo
de inmaculada fe... fuente do pueda
tomar el corazón entre sí mismo
de la conciencia espiritual bautismo.

Se abrillantó el recuerdo en su memoria;
sintió el eco de Dios en la conciencia,
y patria y madre y religión y gloria
dibujaron un prisma en su presencia.

Y al rumor del torrente
y a la postrera luz del tibio día
sintió que le decía
el corazón latiendo dulcemente:
«Aun necesito amar»... ¡Palabra santa!

¡ósculo que se dan reconciliadas
la humanidad y el alma entusiasmadas!

Mas ¡ay! esa palabra dentro el seno
vierte oculta la vida y el veneno;
es la revelación indefinible
de esas almas que viven de armonía
por su secreta condición sensible;
y es ¡ay! para la humana criatura,
en su misión de llanto y de agonía,
su sensibilidad su desventura.

¡Insondables misterios
de eso que llaman corazón del hombre!
¿Por qué esos espectáculos salvajes
de la naturaleza en sus imperios;
esos cuadros sin nombre,
panorama de luces y paisajes;
ciertas horas, los montes, el Oceano,
todo lo que sorprende en la natura,
hace amar y temer al pecho humano
levantando hasta Dios su criatura?

Ello es así: parece que la vida,
de su materia débil asustada
a la faz de las grandes creaciones,
corre a buscar guarida
al centro de los otros corazones,
o ante el Supremo Ser desalentada;
como tímida virgen, sorprendida
en medio a su jardín por la tormenta,
de otra niña hasta el brazo,
o al amoroso maternal regazo
corre, y temblando sus temores cuenta.

Ello es así; marchad en el desierto,
contemplad la grandeza de los mares
o paraos en la sien de una montaña,
y un místico concierto
de recuerdos, de afectos y pesares
os toca el corazón con voz extraña.
Contemplad un cadáver,
o escuchad la fatídica campana
que al expirar el día
llama al templo de Dios la alma cristiana
para el lleno de amor *Ave María;*
y vuestro corazón en lo profundo
de su ser misterioso ama y padece,
porque nada en el mundo
ante los ojos del mortal perece
sin robar un suspiro; sin que triste
perezca repitiendo
que morirá también cuanto hoy existe!

Espléndida cascada, en el estruendo
de ese tu torrentoso torbellino
que magnetiza el corazón del hombre,
escapado en la voz del PEREGRINO
para siempre jamás perdióse un nombre...
pero al menos mezclóse a la armonía
de tu grandiosa orquesta
en los palacios que abrillanta el día,
donde vese de Dios la eterna fiesta.

Mas de ese nombre vivirá una letra
oculta por ti misma entre las rocas
que ni en tu raudo torbellino tocas,
ni sin quebrar su rayo el sol penetra.
Como bajo las bóvedas del templo,
a la luz de los pardos luminares,

viven én los altares
palabras santas de amoroso ejemplo.

¡Ah, no llamen profano
el labio mío, no, cuando confundo
un recuerdo de Dios y otro mundano!
Esa mezcla de barro y de divino
que apellidamos HOMBRE sobre el mundo,
magnifica en el lodo su destino,
cuando en medio a la espléndida grandeza
de las obras de Dios, tierno se inflama
a esa chispa vital que amor se llama,
y que al aliento del Señor prendida,
velar por su pureza
es la misión celeste de la vida!

¡Ay, quien no sabe amar, de Dios no sabe,
ni en su pecho glacial la virtud cabe!

¡Y cómo el pensamiento arde y delira,
y cómo el corazón enamorado
al palpitar suspira
bajo esa luz del trópico abrasado!

¡Y cómo esa ciudad que ora me inspira
contiene entre sus límites de cerros
cuanto el trópico ostenta por belleza
en su fértil gentil naturaleza!

Quien no ha visto la luna levantarse
sobre la aguda sien del *Corcovado*,
y con su luz de plata iluminarse
esa llanura de cristal bruñido
que un pedazo del mar forma escondido,
acariciando apenas

del bello Botafogo las arenas;
quien de ese lago la tranquila brisa
impregnada de esencias, no ha gozado
al claro de la luna, que matiza
con sus pálidos rayos las extrañas
sombras y media luz de las montañas,
ese no ha visto en la natura el sello
de la melancolía y de lo bello.

Era una noche plácida y serena
como frente de virgen adormida.
La luna en el cenit pálida y llena
alumbraba el espacio
con el pajizo rayo del topacio,
con no sé qué de animación y vida
sobre su melancólico semblante,
y entre el iris boreal de órbitas bellas
lanzaban rutilante
las trémulas estrellas
el rayo azul del fúlgido diamante.

Una leve barquilla sobre el lago
se deslizaba al cariñoso halago
de la aromada brisa;
como en finos cristales
la gota del rocío se desliza
tocada por las auras matinales,
o, en más dulce cariño,
por el aliento angelical de un niño.

En ella el Peregrino, y a su lado
a la argentada claridad se vía
una mujer, en cuya frente pura
reflejábase el rayo de una estrella;

o más bien, de su célica hermosura
una luz celestial se desprendía.

Desde la sien más pálida y más bella,
con el color del ébano el cabello
caía en rizos espléndidos al cuello,
do el aura suave a conmoverlos llega;
y en el hombro de Carlos se inclinaba,
cual una flor que el céfiro doblaba,
una cabeza de moldura griega;
mientras sus negros y rasgados ojos
do brillaba una lánguida pupila,
clavaban su mirada en las estrellas,
en contienda tranquila
cambiando el rayo de sus luces bellas;
mientras de amor y de suspiros lleno
blando latía su redondo seno
velado por la blanca vestidura
que cual diáfana niebla lo cubría,
y entre una negra cinta se escurría
en torno a su finísima cintura.

Pero en esa visita misteriosa
del amor a la hermosa
Naturaleza tropical, ¿venía
de la felicidad la clara estrella?
¡Se puede ser feliz con ser amado,
y por el mismo amor ser desgraciado!

Una nube importuna,
de misteriosa huella,
eclipsó el rayo de la parda luna;
y al virar la barquilla
para la opuesta orilla,
se apartaron dos rostros, y cayeron
lágrimas que en el lago se perdieron.

LAS BRASILEÑAS

Mujeres de tez morena
y ojos de negra pupila
que con azul aureola
cual negro diamante brilla,
y cuando mira, parece
que la mirada suspira,
diciendo que está en el alma
la tentación escondida.
Ondas de negro cabello
abultan su sien altiva,
y la espiral de los rizos
por los hombros se desliza.
Ancho y derramado el seno,
late contando que abriga
un manantial de deseos
en voluptuosa armonía;
y en él, veladas por nubes
de encajes y muselinas,
dos ondas de un mar de leche
si no se ven se adivinan.
Gasas como niebla leve
que al solo aliento se agitan,
ciñen su fina cintura
con tanta coquetería,
que de las ocultas formas
la redondez se adivina;
y la mirada se escurre
por esas nubes malditas
que nunca el viento se lleva
y que a un suspiro se agitan;

mirada que bien comprenden
las hadas, y en su sonrisa
y en un nuevo movimiento
su curiosidad castigan.
Posadas en sus divanes
de plumas y sedería,
haciendo burla del aire
con abanicos de la India;
y embriagadas con la esencia
de rosas y clavellinas,
que en la atmósfera impregnada
ni un débil soplo aniquila.
En palabra y movimiento
perezosas y aburridas,
teniendo miel en el labio
y en las posturas malicia,
como si a mengua tuvieran
emplear la palabrería;
mujeres que a su albedrío
con los ojos magnetizan.
Mujeres así, en el mundo,
al extraño que las mira,
si ellas dicen: «Brasilianas»,
él las presume Odaliscas,
que del Oriente escapadas,
llenas de encanto y de vida
corrieron al nuevo mundo
tras su libertad querida,
dejando entre los serrallos
cadenas y cachemiras,
mas trayendo su belleza,
su amor y su poesía.

NATURALEZA E HISTORIA

Al contemplaros él radiante y bella [1]
en vuestro rico y fúlgido palacio,
do el crucero destella
rayos de oro que alumbran el espacio,
no solamente religiosa calma
y un hálito de Dios tocó su alma;
también, bello y ufano,
sintió hablar a su orgullo americano.

Bajo el crucero, CARLOS no ha podido
preguntar a Venecia qué se hicieron
de su tiempo florido
las tres centurias que al león oyeron
rugir con libertad, dejando al mundo
desde San Marcos en pavor profundo,
como en cien barcarolas
el gondolero en sus canales solas.

Ni, como Harold, a la augusta Atenas
preguntar por los sabios ciudadanos
con almas puras, de coraje llenas,
al contemplar las manos
de la Grecia infeliz entre cadenas.

Ni ha visto en Waterloo desparramada
la ceniza del águila francesa,
que ayer sobre las nubes remontada,
al peso descendió de su grandeza.

---

1 Habla el poeta a la Naturaleza.

Ni, como Chateaubriand, quebrando hiedras
ha examinado las ocultas piedras
del romancesco Oriente,
para encontrar los héroes de la historia
en las perdidas tumbas de su gloria.

Ni en fragmentos de mármol, encubierto
por el crecido musgo, ha descubierto
en la Roma presente
de la pasada Roma los ejemplos
en rotos dioses y arruinados templos.

Ningún sitio ha traído a su memoria
un recuerdo brillante
de la pasada gloria
que ha llevado del mundo el tiempo errante.

Ningún lugar contó a su fantasía,
en las antiguas hablas
de la Mitología,
guerras y amores, religión y fablas.

En ningunas arenas,
bañadas por las olas,
ha visto aquellas que escuchaban solas
de Penelope las sentidas penas.

El no ha reconocido
la peña de Vulcano,
ni a la Musa de Lesbos percibido
en los montes a orillas del Oceano.

Sobre la cima de ninguna sierra
ha visto de los dioses el asiento,
do a su potente voz el rayo, el viento
se despeñaban en tronante guerra.

En ningún monte el célebre Parnaso,
en ningún mar bañarse la Mañana;
en ningún bosque de la hermosa Diana
la huella ha visto del ligero paso.

Nada de esto ha tocado de repente
la memoria una vez del PEREGRINO.
Pero ¿acaso lo siente?
No; que cosa más bella en su camino
ha visto entusiasmado,
y al mirarla, su frente ha descubierto.
El, sus brazos al pecho, no ha mirado
a un noble anciano en el sepulcro, yerto;
ha contemplado un niño
de riente faz y virginal cariño.

Genios sublimes del antiguo mundo,
abrid sepulcros y cavad cimientos,
y con saber profundo
habladnos de los viejos monumentos.
Levantad los sudarios
que cubren del pasado la grandeza,
y en la misión tan útil de *anticuarios*
gane palmas sin fin vuestra cabeza:
en la América mía
vuestra misión muy poco ganaría.

Perdón: de gloria os mostraré diez siglos
habidos en diez años solamente.
¡Oh, no penséis que la irritada mente
se imagina fantasmas y vestiglos:
es todo realidad. Sólo un cartucho
quemado sobre el campo de Ayacucho,

vale algo más que toda la metralla
que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima
por lo que de ella al porvenir le toca,
cabe bien Austerlitz dentro la boca
de un cañón de Junín, o Maipo, o Lima.
Cualquier bala del campo americano
le vale más al porvenir humano
que de este siglo todas las medallas
que recuerden de Europa cien batallas.

En nuestro mundo el monte y la pradera
tocan árido, pobre e infecundo
el antiguo pasado con su mano;
pero ¿cuánto daría vuestro mundo
por un poco siquiera
del porvenir del mundo americano?

Aquí si se contempla una llanura
no se cree oír un canto de victoria,
ni ver de Jerjes la sangrienta huella:
mas se adivina una época futura
en que al aliento de la humana gloria
veránse pueblos levantarse en ella.

Al contemplar un monte
no se piensa escuchar dioses ni amante,
pero se piensa ver el horizonte
a través de su cuerpo de gigante,
cuando el arte y la industria con sus brazos
partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,
la piedra, las arenas, cuanto existe,

son aquí joyas del futuro humano:
joyas con que la América se viste,
y virgen y radiante y poderosa
presenta al porvenir su mano hermosa.

¡Salud, joya del mundo! El PEREGRINO
siente demasiado alta su cabeza
cuando a los pies de tu sin par belleza
te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta
bajo la lumbre suave de tus ojos,
para envidiar del Asia los despojos
ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura
lo inspira y alza lo sublime de ella,
y con sólo seguirte, virgen pura,
él se baña en los rayos de tu estrella.

Salud, ricas coronas
para la blanca frente de la hermosa,
tejidas desde el Plata al Amazonas
por la mano del cielo primorosa...

DEL CANTO DUODECIMO

HACIA EL PLATA

En muda soledad duerme tranquila,
cual postrado león, la mar sonora,
y allá en el horizonte su pupila
cual risueña beldad muestra la aurora.
El primer rayo de su luz vacila
y apenas de la mar la espalda dora;
pero llegan en pos y en muchedumbre
rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la obscuridad y huye el sosiego
de la ofendida mar, que hincha su espalda,
y allá en el horizonte ondas de fuego
disputan a la mar las de esmeralda.
Hasta que bordan opulentas luego
del astro rey la fúlgida guirnalda,
que en su llama inmortal al mundo absorbe
como la luz de Dios absorbió al orbe.

Con la brisa del Norte hinchado el lino
se desliza el bajel rápidamente,
como la vida al soplo del destino
en el mar de las cosas y la mente.
En la popa, su vista el Peregrino
tiene fija en las nubes de Occidente;

baja sus ojos y las ondas mira,
y como lleno de dolor suspira...

Esas ondas que mira el PEREGRINO
¿no sabéis cuáles son? Son las del Plata;
y esas nubes que el rayo matutino
sobre el cenit azul blancas delata,
le descubren el Cabo Cisplatino
cuya sombra en las olas se retrata.
¿Comprendéis el suspiro? Al sur, la nube
de las riberas de su patria sube.

Si al extranjero que aprendió la historia
de estos pueblos, las ondas de su río
inspiran un recuerdo en su memoria,
triste como el crepúsculo del día,
al que en ellas nació, cuando la gloria,
que al nacer expiró, también nacía,
¡oh, qué no inspirarán, si acaso siente
sensible el corazón y alta la mente!

El PEREGRINO sus miradas gira:
a su izquierda la patria. *Allí está ella,*
dice, y las nubes y las ondas mira
por distraer el alma de la huella
que labra la vergüenza... El aura aspira
de la patria oriental... Sus rocas, bella
baña la luz del sol... mas ¡ay! le muestra
que también hay tiranos a su diestra [1].

---

1 El *Peregrino* entraba en el Río de la Plata el 17 de Abril de este mismo año (1846), tiempo en que el general Oribe era dueño de casi todos los departamentos de la República Oriental.

¡De un hombre que en el Plata fué su cuna,
sus esperanzas y su fe primeras,
es por cierto, gran Dios, bella fortuna
estar del río entre las dos riberas,
y saber que a la vez en cada una
la barbarie despliega sus banderas;
y que en aquella o en aquesta orilla
a su garganta espera la cuchilla!

Es cierto, sí; mi pobre PEREGRINO
bien habrá de mover su mundo interno,
al contemplarse sobre débil pino
navegando a la entrada de un infierno;
bien puede meditar sobre el destino,
los fallos de Satán o del Eterno,
a la vista de pueblos y señores
que dejó malos y los ve peores.

Su madre patria allí, y allí su hermana...
hay parientes, por Dios, que más valiera
llorarlos muertos en su edad temprana.
Y esa madre de hermosa primavera,
y esa joven tan pura en su mañana,
el triste viajador verlas quisiera
en aqueso que llaman en la historia,
no tumba, sino templo de la gloria.

¡Argentino! Por Dios y por mi vida,
que este nombre no es hoy una gran cosa;
si no se llama cosa desmedida
siervo vivir de tiranía odiosa,
o arrastrar vagabunda y desvalida
una existencia obscura, fatigosa:
dos extremos, los únicos al hombre
que lleva de argentino el triste nombre.

Antes era otra cosa; antes valía
la pena de llevar una estocada
el decir con orgullo y bizarría:
nací argentino, y en mi patria amada
no hay ya ni esclavitud ni tiranía,
y en la frente del hombre inmaculada,
donde la libertad graba su sello,
deslumbra un rayo de esperanza bello.

Pero antes esa patria, en vez de yugo,
laurel tenía y palmas en la frente;
en vez de miserables y verdugo,
hombres de honor y corazón valiente;
y en vez del vicio cuyo amargo jugo
hoy nutre sus entrañas torpemente,
la miel de la virtud nutría el seno
de amor, nobleza y esperanzas lleno.

Entonces a la luz del claro día
se conquistaban glorias inmortales,
y el corazón en ecos repetía
las voces de los cánticos triunfales;
entonces por la patria se moría
y eran templos las urnas sepulcrales;
entonces ¡ay! las madres envidiaban
la suerte de los hijos que expiraban.

Entonces en la lid nuestros guerreros
dirigían al pecho castellano,
como leales y nobles caballeros,
la punta de su sable americano:
entonces se envainaban los aceros,
y al vencido infeliz, la propia mano
del vencedor cuidábale la herida,
al que quiso matar, dándole vida.

Entonces el anciano, cuya noble
frente al peso del tiempo ya se abate,
cual viejo y fuerte deshojado roble
que resiste del viento el duro embate,
escribía la ley, cuando el redoble
convocaba sus hijos al combate,
y ellos le daban *patria* con la guerra,
y el viejo a ellos *ley* para su tierra.

Entonces en las bóvedas del templo
la palabra de Dios repercutía;
y la virtud de Cristo era el ejemplo
que el sacerdote al pueblo descubría.
Entonces esta lira que yo templo
a la voz de mortal melancolía,
otros templaban a la dulce y bella
voz de la libertad, en redor de ella.

Entonce el labrador, cuando el arado
volvía a levantar, dejando el sable,
de su esposa y sus hijos rodeado
a la puerta del rancho miserable,
ricas cosas contaba entusiasmado,
todas de patria y gloria memorable,
sin miedo de negar o dar renombres,
porque entonces los hombres eran hombres.

Entonces eras tú, pueblo argentino,
grande como los Andes y el Oceano,
y a la luz de tu fúlgido destino
alumbrabas el mundo americano,
derramando en tu espléndido camino,
como Dios las estrellas con su mano,
chispas de libertad, rayos de gloria
desde el carro veloz de la victoria.

Rodaban de los Andes de repente
torrentes de guerreros a su acento,
para caer cual rayos en la frente
de un trono con dos mundos por cimiento;
como al eco de Dios, en llama ardiente
cayeron en raudal del firmamento
nubes y nubes que el cenit desploma
en la réproba frente de Sodoma.

Y a sus plantas tiraba hecha pedazos
la cadena de hierro de dos mundos,
que cayeron del cielo sin más lazos
que aquellos del amor, y los profundos
mares que los estrechan con sus brazos,
por más que sus desiertos infecundos
donde todo se pierde ante los ojos,
parezcan separarlos con enojos.

Y cambiaba del hombre los destinos
levantando una virgen esperanza,
como alza Dios los rayos matutinos
y cambia el huracán por la bonanza;
y abría del futuro los caminos
donde una nueva humanidad se lanza,
como hizo Dios al presentar la oliva
dentro del Arca a la familia viva.

Entonces al sepulcro caminaba
paso a paso el guerrero, y de su frente
la aureola el sepulcro iluminaba
y el más allá de la futura gente.
El sol así, cuando su marcha acaba
lleno de majestad en Occidente,
de su tumba los bordes ilumina
mientras a otra región su luz camina.

En fin, la vida, y aun la misma muerte,
en los pueblos del Plata, para el hombre
eran entonces envidiable suerte:
vida era gloria, y muerte era renombre.
Pero a esa patria, valerosa, fuerte,
llena de gloria y opulencia y nombre,
rica de corazón, rica de espada,
¿sabéis ahora lo que resta?... ¡Nada!

Parece que su frente hubiera sido
por la vara de un mágico tocada,
o la trompeta de Josué sentido,
al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algún soplo desprendido
de las egipcias playas, abrasada
su atmósfera dejase, y de repente
postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó; gloria, opulencia;
la virtud misma del hogar no existe,
y las horas las cuenta la existencia
por los golpes del hierro que resiste.
La propia flor de la beldad su esencia
ha perdido y su brillo, mustia y triste,
encerrada con hálitos impuros
de la barbarie entre los altos muros.

Apenas esa patria que derrumba
más y más cada día el despotismo,
y besa más la mano que la tumba
cuanto más la despeña en el abismo;
apenas, como el polvo de una tumba
tiene flores que brota de sí mismo,
tiene ella por el mundo algunos hombres
celosos de sus glorias y sus nombres.

Que han bebido la hez de la amargura
bajo el pálido sol del extranjero,
y consuelan su misma desventura
con hablar a su patria dulce agüero;
que bajo suelo extraño sepultura
dan a sus viejos padres y al guerrero;
y les dicen: «Quedad, hasta que un día
llevemos ¡ay! vuestra ceniza fría».

Que ven nacer sus inocentes hijos
sin nacer en la patria de su padre;
y en vez de maldecir, hacen prolijos
que al empezar a hablar la llamen MADRE;
y siempre en Dios y en la esperanza fijos,
cuando a su patria la bonanza cuadre,
ven que el dolor y la vejez los labra,
sin decir de Escipión la cruel palabra [1].

Aquesto y nada más, patria argentina,
queda de tu pasado y tu grandeza:
es el último rayo que ilumina
del sol que abrillantaba tu cabeza.
Pero lejos de ti su luz camina
sin animar tu lívida belleza:
esa que abrigas torpe muchedumbre
nada conserva de tu antigua lumbre.

¿Nada?... ¡Oh, es mucho *nada!* Tiene menos
esa gente en el vicio embrutecida;
tiene acreedores de piedad ajenos,
tiene la humanidad, que sorprendida,

---

[1] «Ingrata patria, no tendrás tú ni mis cenizas». (Inscripción hallada sobre la tumba de Escipión el Africano.)

y los cielos también de pasmo llenos,
la piden cuenta, y en rigor debida,
de esos largos escándalos salvajes
con que al mundo y a Dios comete ultrajes.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
pueblo sumido en lodazal del crimen,
espuria raza de los hombres bravos
que hoy en la tumba de vergüenza gimen.
¡Ah, bien la pagas ya!... Sientes los clavos
y el són de las cadenas que te oprimen;
dentro del corazón la verdad sientes,
y, nuevo Galileo, crees y mientes.

Diputados, ministros, generales,
¿Qué hacéis? Corred, el bruto tiene fiebre;
arrastrad vuestras hijas virginales
como manjar nitroso a su pesebre.
Corred hasta las santas catedrales;
a vuestros pies la lápida se quiebre;
y llevad en el cráneo de Belgrano
sangre de vuestros hijos al tirano.

Que su carro triunfal vuestras esposas
arrastren otra vez: dadlas al bruto,
para que os honre, si las halla hermosas,
con daros de su raza un noble fruto.
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas
si le disteis la patria por tributo?
Gracias, señores, gracias por la gloria
que dejáis de nuestra época en la historia [1].

---

[1] En 1839, un carro triunfal, donde iba colocado un retrato de Rosas, ha paseado las calles de Buenos Aires. Las guarniciones de ese carro eran unas cintas blancas y rojas, y cua-

Envidiasteis tal vez a los campeones
que llamáronse *célebres* un día,
y al nivel de esos ínclitos varones
os quiso levantar vuestra osadía.
Y en efecto, tan altas ambiciones
se os han llenado ya, y en demasía;
pues la fama, con nombres y apellidos,
os llama *los más célebres bandidos.*

---

tro señoras, que se mudaban de cuadra en cuadra, tiraban de ellas. Estas señoras eran las esposas de los generales, de los ministros, de todos los principales magnates del general Rosas. Dos hileras de hombres cerraban los flancos de la comitiva de damas; los unos con su espada de soldado a su cintura; los otros con su bastón de magistrado en la mano. Estos hombres eran los maridos de esas damas.

A estos hombres nos hemos dirigido; ¿son demasiado acres nuestras palabras?

Empezaron por envilecer la patria; después se envilecieron y prostituyeron ellos — esto era lógico. — Envilecidos, esclavos, llenos de zozobras y de miedo, para mejor adular a su señor, envilecieron a sus esposas — esto era lógico. — ¿Será mucho que, por miedo también, las conviertan en Mesalinas quienes las convirtieron en mulas? No, no habría de qué sorprenderse.

Por otra parte, si nuestras palabras son agrias, téngase presente que los hombres de conciencia que por nuestras convicciones hacemos la guerra a Rosas y a sus amigos, se la hacemos de frente, a muerte, como nos la hacen a nosotros, mientras seamos enemigos — y así es como se sostiene, a lo menos, como se ha debido sostener nuestra guerra. Cuando alguno de esos hombres ha vuelto en sí, y se ha alistado en nuestras banderas para trabajar por la libertad de la patria de todos, ninguno de los enemigos del tirano le hemos cerrado nuestros brazos. — Cuando los que le quedan le abandonen, olvidaremos todo, porque ninguno entonces tendrá el derecho de fiscalizar su pasado, si trabajan por el porvenir. No es, pues, el rencor, sino el espíritu de la guerra actual el que dirige las palabras y las acciones de los enemigos de Rosas. Espíritu que han marcado primero Rosas y sus amigos.

Generales, ministros, diputados,
grande es vuestra misión en vuestra era;
y, si por buena ley morís ahorcados,
ni admirable tal vez, ni extraño fuera
que allí vuestros cadáveres colgados
quedasen, como ejemplo al que los viera,
del modo como se hacen inmortales
los célebres, los altos criminales.

. . . .

Suspira el PEREGRINO y de la nave
vuelve hacia el [1] Sur la vista conmovida.
¿Cómo no suspirar, cuando no cabe
dentro del pecho tan ingrata vida;
cuando pasan los años y no sabe
sino que pasan sin curar la herida;
cuando en su mente ¡ay! *todo* concentra,
y a *nada* y *nadie* su memoria encuentra?

Cuando a los hijos del honor divisa
condenados de Tántalo al suplicio;
y mira en el tirano la sonrisa
y a ellos ahondar su propio precipicio;
trabajar con valor, y más a prisa
que el ariete se alzó, ser el desquicio;
cuando ve por doquier tiendas [2] y lanzas
y por doquier perdidas esperanzas!

¡Y siempre bajo el sol del extranjero,
y siempre el pan de la miseria amargo!

---

[1] *Del*, en vez de *hacia el*, se lee en las ediciones. El error salta a la vista.

[2] Todas las ediciones de *El Peregrino* (menos la de la Antología de Centenario), ponen aquí *tiempos*, con evidente y torpe error. Así también, en el sexto verso de la estrofa subsiguiente, traen, todas sin excepción, *trío*, en vez de *pío*.

Carlos ¡ay! tiene el corazón de acero
para llorar por él; pero ¡es tan largo
el tiempo que ha corrido lastimero
sobre tanto infeliz; y el triste cargo
de llorar su dolor, es tan sagrada,
tan hermosa misión de alma inspirada!

Allí están unas rocas — ¡Sufre tanto
al volver a mirarlas de este río,
regadas por la sangre y por el llanto,
bajo un cielo tan lúgubre y tan frío!...
Allí donde otra vez su primer canto,
como al alba del ave el primer pío
saludó el porvenir, fija su frente
en las rosadas nubes del Oriente!...

Allí donde en el alba de su vida
se abrió la flor de sus afectos pura,
y vió la primer hoja desprendida
al primer temporal de desventura...
Allí conoció su alma sorprendida
su luz vital y su misión futura...
Allí vió descubierto su camino,
allí dió el primer paso El Peregrino.

Allí están esas rocas orientales
do le arrojaron de su patria bella
esos rudos furiosos temporales
que deshojaron la guirnalda en ella!
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales
veía Carlos los rayos de su estrella;
cuando daban apenas entre amores
sus diez y ocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro;
amor, placeres, juventud perdida;

y ya la sin piedad mano de hierro
del infortunio taladrar su vida;
y ya el primer dolor, el primer yerro,
la primer falta, la primer caída,
y ya, en cuerpo infantil alma enlutada,
de pasión en pasión ir despeñada!...

Y ya saber odiar... y entre despojos
dejar la patria por la vez primera
sin brotar una lágrima sus ojos!...
¡Y ya con alma noble y altanera
soportar desengaños y sonrojos,
pisando sin hogar patria extranjera!...
Pasad, tristes recuerdos, de la mente!
Allí están esas costas del Oriente,

Bellas como su nombre; allí su falda
besan del río y de la mar las olas,
y las cumbres bordadas de esmeralda
el ámbar de la flor esparcen solas,
cual si el aura que agita su guirnalda
impregnada de esencia de amapolas,
adormeciera desmayado al hombre
dentro de ese jardín, bello hasta en nombre.

En esos campos el corcel de Carlos
cien veces estampó sus herraduras,
cuando quiso el poeta contemplarlos,
lleno, por tradición, de su hermosura;
y pudo en sus bellezas admirarlos,
y más que en su belleza en su ventura;
que eran felices ¡ay!, pues más que flores
brotaban libertad, y paz, y amores.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos
cual corazón de quince primaveras!

De la alta bendición vense los sellos
en la vegetación de sus praderas,
en el millar de arroyos que por ellos
serpean entre blancas cortaderas [1],
como arterias de un cuerpo, derramando
vital licor en movimiento blando.

---

[1] En las tres ediciones hoy conocidas de los *Cantos del Peregrino*, de que doy cuenta en el Estudio preliminar, se lee este verso así:

Serpean entre blancas *primaveras;*

lección que no tiene sentido alguno, y que hace, además, defectuosa la octava a que pertenece ese verso, empleando dos veces *primaveras* como palabra rimada dentro de ella. Al substituírla por *cortaderas*, creo restablecer la más probable lección original del poeta. Hay también una planta perenne llamada *primavera;* pero sus flores son amarillas y en forma de quitasol. La *cortadera*, o *hierba de las pampas (Gynerium Argenteum)*, brota en los bordes mismos de los arroyos, tanto aquí como en el Uruguay, en forma de vara que surge de una mata de hojas filosas, y termina en su extremo superior por una flor *blanca* alargada. Es de un efecto muy pintoresco, especialmente en los arroyos de las cuchillas orientales, y no podía escapar a tan gran observador y pintor de la naturaleza.

Ascasubi, en *Santos Vega* (IV), dice:

«No muy lejos de un bañado
Que rodea a una laguna
Con su pajonal dorado
De filosa cortadera
Coronada de penachos...»

Debo, con este motivo, advertir aquí que las mencionadas ediciones de Mármol, desde la de su hijo, en 1889, hasta la de «La Cultura Argentina», en 1917, están materialmente plagadas de los errores más groseros de sentido, o de métrica, o de ambas cosas a la vez (como en una octava del canto XII, donde, sin sentido alguno, se lee *cimientos*, por *simientes*, rima de *fuentes)*. Los errores de puntuación son numerosísimos. La peor de las tres es la edición de «La Cultura», que repite los dislates anteriores añadiendo otros muchos con la más censu-

Y en esas mil espléndidas cuchillas
ricas de gracia y aromadas flores,
que en medio de la mies son amarillas
nubes que flotan ricas de colores;
y cuando hiela Julio sus orillas
y el pampero desata sus rigores,
son las obscuras y robustas ondas
que en el centro del mar se alzan redondas:

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
tan grata para el alma del proscrito,
que al ver su patria bajo nube obscura —
atmósfera de sangre y de delito —
ciudadano del mundo, a la ventura,
salió a buscar el hálito bendito,
soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
de la suprema libertad del hombre!

¡Ay! entonces ese hálito de vida
refrescaba la sien del uruguayo,
y esa patria, esa rosa desprendida
de la corona virginal de Mayo,
desplegaba sus hojas engreída
del alma libertad al dulce rayo;
y en la más joven de sus tiernas hijas
tenía Mayo sus miradas fijas.

. . . .

Llena de fuerza y de temor desnuda [1],

---

rable incuria. Entre éstos, hay un admirable *tronco* (por *trono*) de la aurora, así como la intercalación de un verso entero de una estrofa en otra inmediata, eliminando el que a la última corresponde (página 201), con el galimatías consiguiente. ¡Y todo ello se pone a cuenta de las incorrecciones del poeta! En realidad, Mármol no ha sido, hasta aquí, estudiado ni impreso decentemente.

[1] Esta octava está trunca en todas las ediciones que conozco.

arrebatar al Plata parecía
todo su porvenir en sólo un día.

La industria de la Europa en raudas alas
miraba la feliz Montevideo
llegar para cubrirla con sus galas.
Era el bello festín de su himeneo
con el progreso, en las brillantes salas
del arte, de la ciencia y del deseo;
pues cuanto pudo ambicionar su mente
allí tenía para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas
del Plata, dilataba sus cimientos;
y en las rocas estériles y solas
improvisaba ricos monumentos;
y en ellos y doquier las aureolas
de las artes burlaban los momentos;
y eran, al contemplarla, recordadas
las fabulosas grutas encantadas.

La Libertad cubría su cabeza
con su manto de luces, y atraídos
por el tocante imán de su belleza
los hijos del honor, los escogidos
paladines de la última nobleza
de la argentina patria, conmovidos
llegaban a guardar bajo ese manto
sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía
su música inefable para el alma,
regalando en su dulce melodía
para el inquieto corazón la calma;
porque es lluvia de Dios la poesía

que al pecho del mortal la fiebre calma;
irresistible y santa, cual la pura
lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro
del proscripto calmaban y sus penas;
ellos la libertad con trompa de oro
anunciaban al pueblo entre cadenas;
y sus almas de fúlgido tesoro
de inspiración y de armonía llenas,
saludaban también el primer rayo
que anunciaba en Oriente al sol de Mayo.

Y la felicidad lluvia de flores
derramaba también sobre la frente
de esa ciudad, que rebosando amores,
era, en verdad, belleza del *Oriente;*
un tulipán de espléndidos colores,
que a la orilla del Plata de repente
se levantaba a seducir los ojos
y a dar al corazón goces y enojos.

Pues era un carnaval de mil placeres,
que por primer imán de todos ellos
tenía sus bellísimas mujeres
con seno de jazmín, negros cabellos
y ojos que procuraban por quehaceres
quemar el corazón con sus destellos.
¡Clima frío, salud; salud, hermosas!
Sois lo que hay de ese tiempo y de esas cosas.

La sangre ha enrojecido las campañas
de esa patria que fióse en la fortuna:
los hijos han rasgado las entrañas
de la madre infeliz, y en cada una
levantan el laurel de sus hazañas.

Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna,
y apenas joven, en vejez de males,
no deja de su fuerza ni señales.

Esa patria tan bella, en su regazo
ahogó su tierna libertad querida;
como madre inexperta, que en su brazo
su primer hijo sofocó dormida.
En un solo momento ha roto el lazo
con su prosperidad, y en larga vida
el yermado jardín no tendrá flores
ni el tulipán espléndidos colores.

Una lluvia de lágrimas la tierra
ha bebido, mezclada con torrentes
de la sangre vertida en torpe guerra;
y rotas del dolor todas las fuentes,
esa patria oriental ahora no encierra
sino del mal las fúnebres simientes;
que esa lluvia de llanto es esperanza
de una flor que se llama la *venganza*.

¡Ah! cuando a ese miserable plugo,
moderno don Julián, con rabia extrema
vender la patria al extranjero yugo,
no adivinó que él mismo su anatema,
su nombre de traidor y de verdugo,
entregaba también como el emblema
con que habrá de indicarlo a la memoria
de la futura gente nuestra historia.

Y que una maldición sobre su nombre
en la posteridad se grabaría,
y que al pasar junto a su tumba el hombre
sus ojos con horror apartaría.
No habrá, no, quien mirándola se asombre

de hallar en derredor flores un día,
que el alma tigre de Nerón le cupo,
mas sus caprichos de virtud no supo [1].

Pero esa patria en su dolor aun halla
almas de libertad y valor llenas,
como en sangriento campo de batalla
suelen verse silvestres azucenas
que no ofendió el rigor de la metralla
ni salpicó el torrente de las venas...
y el heroísmo de D'Assas tuvieron, [2]
y a su alma los pueblos respondieron.

Mas ¡ah! la herida es honda: muchas veces
verá el ombú reverdecer sus hojas,
y las praderas renacer las mieses,
antes que veas tú las manchas rojas
desparecer del suelo, antes que ceses
en la recordación de tus congojas;
antes que bebas del placer la almíbar
sin que tenga una lágrima de acíbar.

---

[1] Al siguiente día de la muerte de Nerón se hallaron algunas flores esparcidas sobre su tumba; y los comentadores de este fenómeno lo han explicado por algunos rasgos del carácter individual del tirano, que le hacía algunas veces prodigar oro y beneficios sobre aquellos de sus esclavos que menos podían esperar su recuerdo, por su nulidad o por su clase: eran puramente *caprichos* del tirano. Alguno de esos beneficiados derramó esas flores. ¿Quién derramará flores sobre la tumba de Oribe?

[2] El coronel D'Assas, en ocasión de hallarse de jefe de avanzadas del ejército francés, fué en la noche sorprendido solo, al reconocer las centinelas. Algunos enemigos le pusieron las armas al pecho, diciéndole que comprase su vida con el silencio. «¡A las armas!», gritó D'Assas. Fué asesinado; pero libró al ejército de la sorpresa. La historia francesa perpetúa este nombre benemérito.

He aquí el Plata con sus dos riberas;
he aquí alzado el velo del presente,
y a la vista las horas lastimeras
que ruedan de sus pueblos en la frente,
como sombras que pasan agoreras
de un tiempo cada vez más inclemente;
he aquí la verdad, amarga y dura,
mas la verdad al fin, sagrada y pura.

No hay misterios al ojo del poeta,
dueño del corazón, donde la vida
guarda de todo la raíz secreta.
La dulce rosa que al amor convida
y la amarga cicuta que la inquieta
pasión del odio y la venganza anida,
nacen del corazón: ¡ah! ¡no hay arcanos
a quien lo tiene entre sus propias manos!

El mal está en el hombre, no en las cosas;
y eso que llaman en el mundo estrellas,
hado, fortuna, suertes veleidosas,
son invenciones de la mente bellas
con que las almas cubren afanosas
los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
de sus males, también el hombre mismo.

No hay fortuna ni estrella para el Plata;
son sus hombres, no más, sus propios males;
está en su alma la llaga que los mata.
Ausentes de los rayos divinales
de la fe y la virtud, en noche ingrata
se pierden de las sendas fraternales,
y todos marchan de distinto modo:
falta la religión y falta todo.

Cuando el tiempo en su mano poderosa
haya llevado al fondo de su abismo
una generación ya cancerosa,
y que el tiempo a la vez traiga en sí mismo
otra que sienta en su alma la preciosa
y purísima luz del cristianismo,
no habrá un astro de más sobre los cielos,
y paz de Dios habitará estos suelos.

He aquí el Plata; su PASADO hermoso
es de eterno valor rica simiente;
su FUTURO es el árbol majestuoso
que alzará de ella su verdosa frente.
¿No conocéis la tierra que el valioso
germen de ese árbol guarda? Es el PRESENTE;
y aunque es verdad que la semilla encierra,
es nuestro tiempo de hoy tan sólo tierra...

No son del corazón ocultas penas,
que vibran en las cuerdas de la lira,
cuando estas voces de congoja llenas
bajo del patrio sol triste suspira:
es que un rumor escucha de cadenas,
trüenos del cañón, gritos de ira,
cuando al dejar el mar siente las olas
bramar del Plata en las arenas solas.

Es que hay un no sé qué de pesadumbre
en las auras que vagan sobre el Plata;
un no sé qué fatídico en la lumbre
que en el cenit azul el sol dilata;
un no sé qué de vaga muchedumbre
de ideas, que en el alma la más grata,
la más bella esperanza desvanecen
y los dorados sueños obscurecen.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos
el que vibra en la lira sus rigores.
Si hasta la luz que alumbra maldecimos,
¿cómo cantar el ámbar de las flores?
¡Si el mismo porvenir que bendecimos
no nos guarda su luz ni sus amores;
si hasta la fe en el alma se aniquila,
y hasta el llanto se agota en la pupila!

Ved a CARLOS; el tipo, historia pura
del alma de mil otros peregrinos;
él no canta su propia desventura,
él cruza de su tiempo los caminos,
y es el ángel que espía la amargura,
los ayes y los sueños cristalinos
de sus hermanos, y en su triste lira
hace a todos hablar cuando suspira.

Y bien, ¿qué tiene aquí? Dejó este río
huyendo de su atmósfera pesada;
ha sufrido dos años el hastío
de una existencia lánguida, cansada;
de la orfandad y desamor el frío,
su alma por las pasiones abrasada,
y surcado la mar errante y solo
desde el sol tropical al yerto polo.

Ha sorprendido al mar en su misterio,
la luna, las estrellas, los albores,
la obscuridad entre su mismo imperio,
la tempestad y el rayo en sus rigores,
la luz, la nube en su palacio eterio;
en todos sus secretos y esplendores
ha visto y ha cantado la grandeza
de una virgen feliz naturaleza.

Ha cantado al arrullo de los mares
a su Dios, a su patria, a su querida.
Nuevo Harold en alma y en pesares,
ha comprado con fibras de su vida
una bella corona de azahares.
Y bien, ¿cesó el dolor? Brota la herida
más y más sangre, y al volver al Plata
el agudo dolor más lo maltrata.

Planta exótica en su época maldita,
con la posteridad vive su mente,
y allá en la luz del porvenir bendita
un rayo busca su abatida frente.
Escuchad, ¿no le veis? Su sien marchita
se anima y se colora de repente;
sobre las ondas sus miradas gira
y, volando el bajel, pulsa la lira.

AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante
y atropellen tus ondas el pino;
es un hijo del suelo argentino
el que vuelve tus ondas a ver.
Que el pampero sacuda sus alas,
que las nubes fulminen el rayo;
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino,
a la saña del alma responde,
si el rigor en el alma se esconde,
no desmienta tu brazo el rigor.
Sé la imagen del tiempo presente
y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuán bien lo retrata
desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido
que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra?
¿No sentís un torrente bramar?
Es un mar de pasiones y sangre,
sin orillas, ni luz ni horizontes,
donde absorta la sien, de los montes
mira rayos y pueblos rodar.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,
no desmientas tu tiempo inclemente,

y salpiquen tus ondas mi frente
conmoviendo la nave a mis pies.
Ese mar de pasiones y sangre
mi barquilla también arrebata.
¿Qué me importan tus ondas ¡oh Plata!
si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
bogará por el mar iracundo:
si me cupo esta suerte en el mundo,
¡adelante, surquemos el mar!
Mi alma tiene la fe del poeta,
la esperanza me templa la lira,
ese mar con su furia me inspira,
y a su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
por los vientos verá desprendidas,
y hasta el fondo del mar sumergidas,
sin llorar al decirles adiós.
Tumbarán mi barquilla las olas
y caeré dentro el mar sin enojos,
pues yo sé que al cerrarse mis ojos
queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
que fulminen las nubes el rayo:
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.
¿La borrasca me espera en la orilla?
pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan a mi alma?
Pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
yo me voy más allá de mis años,

y entre cielos y mundos extraños
vivo tiempos que están por venir.
Que haya sangre también en tus olas;
que salpique su espuma mi frente:
mira ¡oh Plata! cuál vuela mi mente;
oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
espera el primer rayo del venidero sol,
para decir al hombre del viejo continente:
«La aurora se levanta del mundo de Colón».

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
harán sobre los cielos magnífico horizonte
que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
descenderá del cielo la bendición a ti,
y entonce el viejo mundo te gritará: «Detente:
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir».

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
las ciencias y las artes cual perlas de la mar;
y de hombres y de industrias y de virtudes llenas
salpicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
podrás girar altivo los ojos en redor,
sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente
alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas, y al eco solamente
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonce,
ofertas y amenazas y naves burlarás,
y ¡ay triste! para siempre del extranjero bronce
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas,
el aire de su vida lo aspirará de ti,
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
el labrador sus flores derramará a sus pies;
y el alto pensamiento morando en su cabeza, [1]
del genio en la batalla le buscará el laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre
y cien ciudades formen el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;

---

[1] Todas las ediciones conocidas traen este verso así:

y el alto pensamiento mirando su cabeza...

Es, como se ve, uno de los mayores dislates que los editores han hecho decir a Mármol. Creo que la corrección está bien adivinada y justificada.

y la nación levante su frente descubierta,
diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás!

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo:
el árbol que plantasteis dará fruto,
cuando asome en Oriente el primer rayo
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz con tus bramidos arrebata...
¡Adelante, bajel: vamos al puerto!

ARMONIAS

A ROSAS

El 25 de Mayo de 1843

I

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿No veis en el Oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
Ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden a su voz.

II

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¡Por qué corren proscriptos, sin patria y sin hogares,
A tierras extranjeras a mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
¿Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata
¿Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!
Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
La Emperatriz del Plata te espera de rodillas,
Ahogada entre gemidos su dolorosa voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí:
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Y dínos de sus glorias la que te debe a ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños
Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dínos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si sello de tu planta se mirará en los Andes,
O acaso en Chacabuco, o en Maipo, o en Junín;
O si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dínos que lidiando la hubiste en Ayohuma,
O acaso en Vilcapujio, Torata, o Moqueguá.

VI

¡Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció;
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;
Jamás en las batallas se divisó tu espada,
Pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando a tu patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a ríos se derramó doquier;
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN...!

X

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como El.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,
Pero como argentino las de mi patria, NO.

XI

Por ti esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,
Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres harto, para ofender a Cristo
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!...

XII

Mas ¡ay!, de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MÁS ALLÁ, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios;
Y el Chimborazo al verlo lucir en el Oriente,
HAY MÁS ALLÁ, responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes, HAY MÁS ALLÁ exclamaron,
Su acento conmoviendo de América el confín;
Y al trueno de los bronces, HAY MÁS ALLÁ gritaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo y de Junín!

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está:
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces, ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal:
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
O el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en ti;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí!

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre,
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces reflejarás tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

CANTO DE LOS PROSCRITOS

I

¡Patria! ¡Patria! ¡palabra divina
Que en el cáliz del alma se esconde,
Y a los sueños del alma responde
Con promesas sublimes de amor!
Ese nombre de paz y esperanzas
Es la dulce oración del proscrito:
El aprende a llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor.

II

Patria hermosa, que cuentas tus penas
A las ondas del río argentino,
Algo santo te deja el destino
Al dejarnos el llanto por ti.
Feliz hija del Genio y la Gloria,
Triste madre de un tiempo de luto,
¡Ay! recoge ese noble tributo
Que refleja tu imagen en sí.

III

Sobre el árido suelo extranjero
Nuestra vida ha perdido sus flores

Y a la luz de los años mejores,
Se tocó con la noche su albor.
Pero en medio a la recia tormenta
Que nos bate y marchita la frente,
Bajo puro dulcísimo ambiente
Conservamos la flor de tu amor.

IV

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero, tan mudo,
Suspiramos al ver que no pudo
Ni la vida en su patria perder.
Y al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren prolijos,
Al pensar que ni vemos los hijos
En la patria del padre nacer.

V

Fija, eterna, escondida en el alma
Vive ¡oh patria! tu imagen hermosa,
Como gota del alba en la rosa,
Como perla en el fondo del mar.
Tierno, santo, tu nombre a los cielos
En suspiro purísimo sube,
Como el salmo en la pálida nube
Del incienso que exhala el altar.

VI

De los mares remotos las ondas
Todas saben tu nombre y tus penas;

Del desierto las tibias arenas;
Bosque y prados los saben también.
¡Ay, si hablasen las lánguidas nubes
Que despiden al sol en la esfera!
¡Ay, si hablase la triste viajera
Que circunda de estrellas su sien!

VII

Todo el orbe se presta a nosotros:
En las nubes te van pensamientos,
El pampero nos da tus alientos,
Nuestro llanto en las ondas te va.
¡Ay, que en torno a tus puertas andamos
Cual amante que vela y se queja,
Con su brazo rozando la reja
Que le encierra su virgen beldad!

VIII

Tus recuerdos son culto divino
Que te rinde doquier la memoria:
Nunca hubieron tus tiempos de gloria
Más espléndida aureola de amor.
Que entusiasmo que vive en el alma
Tras veinte años eternos de llanto,
Tiene mucho de grande y de santo
Para orlar un recuerdo de honor.

IX

Preguntad a la aurora de Mayo
Por la frente que le alza el proscrito;

Preguntad si su rayo bendito
No le baña orgulloso la sien.
Preguntad a las tumbas qué sienten
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo
Les mandamos recuerdos de Mayo
Y un gemido del alma también.

X

¿No miráis esas luces que brillan,
Cual destellos de un fuego divino?
Son los ojos del Genio Argentino
Irritado en su obscuro confín.
¿No escucháis un confuso rüido,
Como de onda de un mar que se avanza?
Son las sombras que claman ¡venganza!
De los héroes de Mayo y Junín.

XI

¿Sientes cómo tu planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas?
Es que el suelo y el monte y las rocas
Sudan gotas de sangre a tu pie:
Es que todo se irrita y conmueve
Al no ver de tus tiempos de gloria
Más virtud ni más santa memoria
Que del pobre proscrito la fe.

XII

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada
Y bendice a tus hijos proscritos;

Que de aquellos tus tiempos benditos
No te queda más que ellos y Dios.
Los que besan el pie del tirano
No son dignos de un otro destino:
Son ladrones del nombre argentino,
Son bastardos sin alma ni voz.

XIII

Somos pocos ¡oh Patria! y no importa,
Pues la gloria de un pueblo y su nombre
Suele a veces guardarse en un hombre,
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos:
Son sus hijos virtuosos y bravos
Los que dan a la historia el crisol.

XIV

Desterrados y pobres y pocos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla en magnífico ejemplo
La más pura argentina virtud.
Y si en medio al destierro caemos,
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padrón elocuente
De tu honor nuestro humilde ataúd.

XV

En la lid y al puñal del tirano
Han caído tus hijos mejores;

Al puñal o a los crudos rigores
Del destino caeremos también.
Mas no temas: te quedan los niños,
Esas verdes promesas de gloria,
Cuya voz cantará tu victoria,
Coronada de palmas tu sien.

XVI

¡Adiós, madre que el alma idolatra!
Dios recoja tu llanto bendito,
Y la vida del noble proscrito
También halle el amparo de Dios!
Reclinada en las tumbas de Mayo
Otro tiempo benéfico espera,
Y de él hasta el alba primera,
Hija y madre de héroes, ¡ADIOS!

AL 25 DE MAYO

En 1849

Bajo el sol de este día
Siempre se prosternó la ánima mía:
Mandé siempre a tu altar ¡patria del alma!
Desde extranjera tierra, alguna palma.

La mano de Dios bueno,
Cuando formóme a su albedrío santo,
La esperanza y la fe puso en mi seno
Con la sublime inspiración del canto.

Y en este mar de sangre donde boga
A merced de sus ondas mi barquilla,
Siempre en redor de la argentina orilla
Sin tocar una vez la ansiada tierra,
Nunca mi voz la tempestad ahoga,
Y en cada nuevo sol mi pecho encierra
Más esperanzas de mayor consuelo,
Más fe en el porvenir, más fe en el cielo.

Así, cuando de Dios la santa mano
Levantó de su lecho el mar profundo
Y arrojó, con su enojo soberano,
Las aguas del diluvio sobre el mundo,
Perdido y solo entre la noche fría,
Llevando el alma amurallada al susto,
La esperanza y la fe tuvo por guía
En la huérfana barca el varón justo!

Por eso mi pecho jamás en desmayo
Las luces ha visto del astro de Mayo,
Jamás a mi labio faltara una voz:
Regalo precioso del ánima mía,
Que va entre las perlas de dulce armonía
Buscando aquel tiempo bendito de Dios.

Pues sé que ese Mayo que alumbra tu historia
Con rayos eternos de honor y de gloria,
Es todo esperanzas de gloria mayor:
Es todo promesas en flor todavía
Que esperan ¡oh patria! la aurora de un día
De paz y justicia, de dichas y amor.

Tu triunfo es el tiempo. ¿Qué mano potente
Podría un momento parar el torrente
Que impele en el mundo de América el pie?
Y en ella ¿quién puede torcer el destino
Que en pos de sus glorias el pueblo argentino
Se dió con su genio, su fuerza y su fe?

Atrás, las discordias; atrás, los bandidos;
Atrás, y en la tumba quedad maldecidos,
En tanto que el pueblo se va al porvenir.
Caigamos con ellos lidiando prolijos;
Atrás, nuestros restos; llegad, nuestros hijos,
La patria y el genio no pueden morir!

Vén a los libres, vén, dulce esperanza;
Y con tu lumbre celestial nos guía
En esta noche frígida y sombría
Donde el destino nuestros pasos lanza.
Y templados al fuego de tu rayo
Clamaremos doquier de tierra en tierra:
A los tiranos maldición y guerra,
Palmas al nombre del eterno Mayo!

Y adelante, adelante en el camino,
Si no llegamos hoy, será mañana;
Pues no hay al fin de la constancia humana
Lindes de bronce ni fatal destino.

Así en el mundo de Colón un día
Los varones de Cristo caminaban
Solitarios, sin guía,
Por los desiertos, con el pie desnudo,
Y do hallaban dos hombres, levantaban
Su púlpito y su voz; y en los desiertos,
Nunca a la fe y a la esperanza yertos,
Fueron en cada día conquistando
Para el redil cristiano al indio rudo.

Así nuestros mayores,
Cuando juraron libertad o muerte,
Amurallando el alma a los rigores
Dé la indecisa suerte,
Midieron paso a paso un mundo entero
Sin reposar la planta ni el acero,
Hasta mirar desde la sien potente
De los soberbios Andes, que no había
Un pendón español bajo los cielos
Que coronan de América la frente,
Y que la libertad resplandecía
Del Andes mismo en los eternos hielos.

Nuestra fortuna ingrata
Es una gloria más con que ceñimos
Las sienes de la patria en que nacimos;
Y allá el futuro habitador del Plata,
Lleno de admiración por nuestro ejemplo,
En cada tumba nuestra verá un templo.

Cuando en la patria el despotismo impera
Se quema entonces el hogar paterno,
Para que el aire infecto no profane
La morada que oyera
Cantos de libertad, que el niño tierno
Aprendió un día en el materno brazo;
Y llamando a la puerta de otras tierras,
Se pide con valor y frente alzada
Un poco de aire libre, y un pedazo
De humano suelo para tumba honrada.

No a todos nos enerva la agonía
De nuestra causa santa. Que sucumba.
Que sea el día de hoy su último día.
Pero a su suerte fijos,
Muchos habrá de tus errantes hijos
De pie y al lado de su noble tumba.

¡Oh, no! la tiranía, si ha vencido,
No ha triunfado en la patria de Belgrano.
La coyunda de hierro
No dobló todo al carro del tirano.
El nombre no ha subido hasta el suplicio;
Pues cuando no quedase hombre nacido
Que en el santo infortunio del destierro
Protesta fuese del honor patricio,
Las piedras, las montañas,
Los ríos y los bosques solitarios
Vistieran luto por tu infausta suerte;
Y abiertas de la tierra las entrañas,
Rasgaran los sudarios
Y huyeran la morada de la muerte
Las veneradas sombras
De aquellos héroes que orgullosa nombras.

Pero aun te queda ¡oh patria!
Esa generación joven y pura
Que en medio a tus desgracias amanece,
Como el sol que aparece
Tras la tormenta de la noche obscura.

¡Oh! y aun la sangre en las arterias late
De tus honrados hijos, patria mía;
Y, mientras vivan ellos, no habrá un día
Para el tirano, sin mortal combate.

Ya el infortunio nuestra frente pliega,
Ya nos gasta las fuentes de la vida;
Pero el alma en nosotros es la roca
Que cuanto más batida
Por ruda mar que se abalanza ciega,
Más a las ondas con desdén provoca.

Patrimonio de ti, día sublime,
Que inspiras gloria y patriotismo santo,
Y cuya luz al corazón redime
De largas horas y de amargo llanto:
Herencia es tuya nuestra fe sincera.
¡Gloria, sublime sol! Nuestra constancia
Será como tu espléndida carrera,
Que al terminar sin mancha en el ocaso
Deja rastros de luz tras de su paso!

Calienta con tu rayo soberano
Del patriotismo y del valor la fuente;
Y que al alzar nuestra soberbia frente
Bajo tu sacra luz, en nuestro labio
Haya una maldición para el tirano,
Y en medio a nuestro duelo,
Esperanza en tu luz y fe en el cielo.

EN LA LAPIDA DE FLORENCIO VARELA

Asesinado, por orden de Manuel Oribe, en la noche del 20 de Marzo de 1848

———

Muerto a la libertad, nació a la historia,
Y es su sepulcro templo de su gloria.

ROSAS

El 25 de Mayo de 1850

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó a su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
Una nube de sangre te rodea,
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo, y de repente
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
A llamar en la tumba de Belgrano,
Y ese muerto inmortal le abre su losa
Alzando al cielo su impotente mano.

La Libertad se escapa con la Gloria
A esconderse en las grietas de los Andes,
Reclamando a los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen:
Se apagan los radiantes luminares,
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas ¿después? tal es — atiende —
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese DESPUÉS que acusa o que defiende
En la ruina de un pueblo, o en su gloria.

Ese DESPUÉS fatal a que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla: y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿las bases dónde
De grande idea o pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que a tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio,
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo transformada en hombre;
Mas ¡ay de ti, que un día al comprenderte,
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido:
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y bárbaro y no más, tú no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una República, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida:
Eso es sólo matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego a Roma y lo contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito:
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
Y más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad, y en fiebre carnicera
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado;
Tigre que te encontraste en el camino
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y sólo dejarás un nombre inmundo
Al descender a tu primer abismo.

Te nombrarán las madres a sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos, temblando y en tu imagen fijos,
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
A los cuentos que invente tu memoria;
Y execrando tus crímenes sin fruto
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo
Ante el enojo de la patria mía,
Por que sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca a tu nombre la memoria, ingrata:
Nunca a tu maldición el pecho, tierno.

Y por último azote de tu suerte,
Verás, al expirar, que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Más que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

A MIS AMIGOS DE COLEGIO

¡Cuán dulce es el recuerdo de los primeros años,
Tan libres de dolores y amargos desengaños,
Entre amistad sincera, bajo del patrio sol;
Cuando la vida se abre purísima y hermosa
Su aroma derramando, como la fresca rosa
Cuando a pintar empieza del día el arrebol!

Cuando del alma ingenua la abrillantada suerte
Hace dudar al niño si hay para el hombre muerte,
Y penas en el mundo para su corazón;
Y nuestro *ayer* se toca con el arrullo tierno
De nuestra cuna de ángel, y el porvenir, eterno
Miramos por el prisma de la imaginación.

Y se cree mentira lo que contar oímos
De humanas liviandades y males que no vimos,
Y amigos que se venden y amores con doblez;
Y a imaginar llegamos, al contemplar los viejos,
Que casi es imposible llegar hasta tan lejos,
O que nos faltan siglos para sentir vejez.

Cuando en el pecho, inmenso para hospedar amores,
No caben desconfianzas ni ingratos sinsabores,
En medio de los sueños de música y solaz;
Ni caben en el orbe las bellas profecías
Que al alma le diseñan los perfumados días
Que vienen sobre el ala de un céfiro de paz.

Cuando con fe creemos que nada hay en el mundo
Más bello que el paraje donde se abrió fecundo
Nuestro jardín de vida bajo la luz de Dios;
Donde no pueden darnos el cielo ni la vida
Placer cual la mirada de la primer querida,
Ni música más dulce que la fraterna voz.

Cuando la vida ardiente con su ebriedad divina
Quiere apurar de nuevo la copa diamantina
Y su licor recoge del labio maternal:
¡Sublimidad del alma! ¡purísimo embeleso
Que baja de los cielos en el materno beso,
Y desde el labio al alma desciende celestial!

¡Cuán dulce es el recuerdo feliz de esos instantes,
En medio de la vida, cuando los ve distantes
La ya cansada vista del triste corazón;
Y allá de lo pasado los toma la memoria
Como las flores secas de lápida mortuoria
Que cubre algunos restos de nuestra adoración!

Mis jóvenes amigos, vosotros los que un día
Con mi alma concertasteis la cándida armonía
De vuestras bellas almas en la primer edad;
Jamás fué vuestra imagen a mi memoria, ingrata,
Y cuanto más el tiempo mis esperanzas mata,
Más pienso en aquel otro de amor y de amistad.

Con mis primeros sueños, con las primeras flores
Que del jardín de mi alma vertieron sus olores,
Inmaculado vive vuestro recuerdo en mí.
El tiempo es impotente para arrancar tirano
Raíces que bordaron el corazón humano,
Cuando las toma virgen y las ahonda en sí.

Mi vida es de recuerdos. Yo vivo solamente
Cuando hasta lo pasado las alas de mi mente
Me llevan y me muestran mi rauda juventud:
Allí a mi Buenos Aires, la cuna de mi vida,
De mis primeros sueños, de primer querida,
De mi primera falta, de mi primer virtud.

Y en medio a esos recuerdos bellísimos del alma
Cuando mis ojos lloran en soledad y calma,
Os sabe, como entonces, mi corazón amar;
Vosotros que partíais conmigo la alegría,
La ciencia y los desvelos, la dulce simpatía,
Las verdes esperanzas, la bolsa y el hogar.

En esta vida errante que en mis tempranos años
Arrastro con mis penas en medio a los extraños
¿En dónde, en qué momento los míos olvidé?
Las tropicales brisas, las ráfagas del polo,
Los montes y el desierto, donde he llorado solo,
Conocen vuestros nombres y mi sincera fe.

Sabedlo, sí, mas nunca me agradezcáis tal cosa:
Pensando en la alborada de mi existencia, hermosa,
Quizá me abruma menos mi noche sepulcral!
¡Ah! ¿recordáis, amigos, lo que era a vuestro lado
Bajo mi patrio cielo? Pues bien, todo ha cambiado:
De lo que yo era entonces no queda ni señal.

Aquel cabello negro cayendo en una frente
Donde brillaba tersa la juventud naciente,
¿No recordáis, amigos, al recordarme a mí?
Mis atrevidos ojos, mi estrepitosa risa,
Cuando íbamos contentos a respirar la brisa
Del Plata, ¿no conserva vuestra memoria en sí?

Bien: mis cabellos negros están emblanquecidos;
Mi frente está marchita, mis ojos abatidos,
Y si mi labio ríe, mi corazón ya no.
Tanto he cambiado, tanto, que si a vosotros fuera,
¡Ay! cierto, al pobre Mármol ninguno conociera,
Si mi alma os ocultara que me acercaba yo!

¿Treinta años solamente! ¿Mas dónde guarecida
Queda una flor siquiera de mi lozana vida
Yermada por el ala de rauda tempestad?
¿Qué idea ha esperanzado mi pensamiento fuerte,
Que al golpe de diamante de mi terrible suerte,
No se haya hecho pedazos en mi temprana edad?

¡Oh, cuántas veces, cuántas, la sien he sacudido,
Y cual salvaje potro que vuela perseguido,
Sin freno me he lanzado buscando no sé qué!
¡Oy! sí, lo sé, *Olvido:* buscando solamente
Cualquier Leteo humano donde bañar mi frente,
Donde alejar un poco lo que mi vista ve.

Mas ¡ah! yo no he podido jamás con mi destino:
Luchamos brazo a brazo desque en mi busca vino;
Pero él es un demonio con nervios de metal;
Y por segar tan sólo de mi alma los deseos,
Me aparta, si los busco, de locos devaneos,
Y soy dos veces bueno sufriendo doble mal.

Sí; para mí en el mundo labrada está una huella;
Venid, corazón mío, marchemos ¡ay! por ella,
Mientras mi mano lleva la copa del dolor.
Y mientras vas regando con lágrimas tu historia,
Te irá dando en el mundo consuelos mi memoria,
Las horas recordando de mi rosado albor.

Venid por esa huella, mi vida será corta,
Pues que la humana trama las penas no soporta
Sino hasta cierto linde que determina Dios.
Yo sé que de mi vida la fuente se aniquila;
Yo sé que lo conozco con ánima tranquila,
Sin lágrima en los ojos ni quejas en la voz.

Amigos de mi infancia, mis tiernos compañeros,
Que miro recordando mis días placenteros,
Acaso nunca, nunca me volveréis a ver!
Yo sé que en mi sepulcro no crecerá una rosa
Que se abra y se matice bajo la luz hermosa
Del sol que sorprendiera mis ojos al nacer.

Pero ¡ay! pagadme siempre recuerdo con recuerdo,
Y si mis tristes días en suelo extraño pierdo,
Los ecos no se pierdan de mi infeliz laúd.
Reconquistad mis versos, en que hallaréis mi historia;
Después... después, acaso, no muera mi memoria...
Yo he visto algunas flores nacer de un ataúd!

Montevideo, 1849.

RAFAGA

Exhala, exhala a tu capricho, libre,
Corazón mío, tu dolor o risa,
Tus temporales o ligera brisa,
Ronco alarido o melodiosa voz.
No lates, no, para formar el eco
De ajenas voces; tu primer acento
Sólo fué tuyo, tu postrer aliento
Sin mezcla alguna volará hasta Dios.

Apura, apura, con amarga risa,
Corazón mío, tu letal veneno;
Apura, apura, que del cáliz lleno
Bebes, y miras que rebosa más.
Hoy es un día de los mil que pasas
Como las sombras de la tarde triste,
Como la flor que el huracán embiste
Y quiebra y yerma en su volar tenaz;

En que la vida con dolor te pesa,
En que está fría y sin valor el alma,
Y una salvaje y desabrida calma
Reemplaza el fuego de tu ardor febril;
Que el mundo miras y del mundo ríes,
Risa más agria que la hiel que bebes,
Y en otro mundo a palpitar te atreves
Que allá te forjas en delirios mil.

Que vengan ora a prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Y creen que el arte de temor espantan
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que de él discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor e inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva a Dios.

Díles que vengan y profanos dicten
Formas al arte, la misión al vate;
Que hablen de leyes y tenaz combate
De un arte viejo y el que joven creen.
Que den preceptos y formulen dogmas,
Que abran programas de sonoros temas,
Bellas escuelas, y a la vez sistemas
Que a los poetas su destino den.

Que vengan hoy a prefijarle sendas
A lo que sientes palpitar violento,
Y después vayan a decir al viento:
«Torced el vuelo y caminad ahí».
Díles que pongan sobre ti su mano
Y digan luego si cual tú latieron,
Si alguna vez inspiración sintieron,
Para ser jueces de la que hay en ti.

Exhala, exhala a tu capricho, libre,
Corazón mío, tu dolor o risa,
Tus temporales o ligera brisa,
Ronco alarido o melodiosa voz.
Es tu misión la inspiración que sientas;
Tu arte, es tu vida; tu sistema, tu alma
Altiva o mansa, con ardor o calma;
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura y burla,
Corazón mío, el severo juicio,
Si no es su fallo para ti propicio,
No menos libre volarás doquier.
Ella se ocupa en levantar murallas
Para encerrar el sentimiento en ellas;
Y el corazón en agrandar las huellas
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada
Suelta tus velas a merced del viento,
Y cuando sople vendaval violento
Las olas rompe del rugiente mar.
Y cuando pliegue sus inmensas alas
Y quede el mar transparentando al cielo,
Entonces suave con tranquilo vuelo
Podrás la linfa sin afán surcar.

¿Quién hoy se atreve a señalarte rumbo
Cuando tú mismo tu destino ignoras?
A ti, misterio, que ignorado lloras,
Arcano inmenso que formara Dios!
Exhala, exhala a tu capricho, libre,
Corazón mío, tu dolor o risa,
Tus temporales o ligera brisa,
Ronco alarido o melodiosa voz.

SUEÑOS

Venid, venid ¡oh sueños! a mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde lluevan palmas a mi inspirada sien,
Y mire descorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado Edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y, con ellas, envuelto en sus vapores
Me eleve a las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios;
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Cómo salió la lumbre del fúnebre capuz,

Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda cuando aspire su aliento soberano,
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carroza de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y a comprender alcance, cuando su santas huellas
Los límites marcando del universo van,
Cómo su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
A comprender alcance su misterioso Ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conmovida voz.

Y broten pensamientos de mi inspirada mente
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios, ya rojo y esplendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, ¡oh sueños! y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;

Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no...
Yo vivo solamente cuando febril deliro
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades de ella
Si descorrido el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría,
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?
¡Venid, hermosos sueños, y a vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!...

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,

Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante,
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

DESENCANTO

(Fragmento)

Al bronco són de súbita tormenta
Colúmpiase el terráqueo pavimento,
Y el ronco trueno con fragor revienta,
Y estalla el rayo y se desata el viento.

Y cuanto más el huracán da paso
Al trueno, al rayo y a la nube errante,
El Atlas y los Andes y el Caucaso
Tiemblan sobre sus bases de diamante.

Mas lanza del cenit luces la frente
Del astro rey que el universo dora,
Y la paz desde el trono de la aurora
Vuelve hasta los confines de Occidente.

Pasa la tempestad, pasan las olas,
Pasan los días del nevoso invierno,
Y renacen jacintos y amapolas
Bajo otro sol vivificante y tierno.

Cortamos con afán pasto que enerva
En un sepulcro venerada rosa;
Pero pasa el dolor, crece la hierba,
Y el rosal muere en la desierta losa.

Todo pasa ¡gran Dios! todo trasmuda,
Desde el grano de polvo hasta el cometa,
Y solamente su dolor no muda
El corazón del que nació poeta!

El canto del poeta es la armonía
Que del cisne la fábula revela:
Que comienza su canto en la agonía,
Y del dolor, cantando, se consuela.

Su suerte es cual la suerte de la aroma
En su árbol espinoso suspendida,
Que solamente con amor se toma
Si al pie del árbol se encontró caída.

Su fugitivo brillo es el que inflama
Lámpara que desvista la pupila,
Que de la lumbre que su sien derrama
Nace la sombra que a su planta oscila.

Angel en proscripción sobre la tierra,
Camina peregrino entre profanos,
Y dentro el corazón recuerdo encierra
De otro ser, de otro amor, de otros hermanos.

Tibias reminiscencias de otra vida
Animada de Dios con los alientos,
Que antes de ser de lo alto desprendida
Vagaba en los celestes pavimentos.

Recuerdo de una dulce melodía
Que vibra en sus oídos hechicera;
Recuerdo de la luz un claro día;
Recuerdo de una eterna primavera.

Por eso un mundo su memoria crea
Intimo, santo, espiritual y puro,
Donde su mente con valor campea
Lejos del bajo lodazal impuro.

Mezcla de sombra y luz, sueña la gloria,
Sueña mundos de dichas y de amores,
Y luego al despertar toca la escoria
De este prosaico mundo de dolores.

Mundo estéril en sí; grano de arena
Perdido en los desiertos del vacío,
Y que un montón de insectos acolmena,
Grandes por su insensato desvarío.

Parodias de poder que alzan las manos
Para medir la mente del poeta...
¡Sacrílega intención!... Atrás, profanos!
De rodillas caed... es el profeta.

Es la palabra del Señor caída,
La que oyó el Sinaí sobre su cumbre,
La que tocó la sien adormecida
De Abraham bajo mísera techumbre.

Es la palabra del Calvario Santo
La que en el labio del poeta espira,
Cuando en medio a la noche entona el canto
Al blando són de la amorosa lira.

Cuando la tempestad bate sus alas
Y se apaga la luz de las estrellas,
Obscureciendo en las etéreas salas
Del Hacedor las veneradas huellas;

Cuando la luna pálida desliza
Un rayo de su luz sobre las olas,
O al través de las hojas sublimiza
El negro mármol de las tumbas solas;

Cuando al nacer el sol canta las flores,
O al mirar la mujer su mente inquieta
Canta su corazón y sus amores,
De rodillas caed... es el profeta...

Río de Janeiro, Noviembre de 1844.

RECOGIMIENTO

Volad de mi memoria pensamientos
Del mundanal perpetuo desvarío;
Sarcasmos de grandeza y poderío
Que altanera la mente concibió:
Fosfóricos destellos que fulminan
Relámpagos de luz al pensamiento
Para dejar más negro el fingimiento
Luego que el brillo de su luz murió.

Volad, y en vuestras alas fugitivas
Arrebatad mi perdurable duda;
Dejad mi alma tenebrosa y muda,
Pero al menos dejadla esa verdad.
Deshaced en mi ardiente fantasía
Ese que forma brillantino encaje
Para ver al través de su celaje
Mentida la enlutada realidad.

Hoy no quiero que brillen mis palabras
Al resplandor de mi abrasada mente,
Ni tampoco que exhale tristemente
Un tono melancólico mi voz.
Hoy siento que me abruma la existencia,
Me pesa el corazón, me duele el alma,
Y quiero, solo, en majestuosa calma
Salir del mundo para hablar con Dios!...

Perdóname, Señor, si tanto elevo
Mi orgullo de mortal: hablo contigo
Cuando las huellas de tu gloria sigo
Remontado en las alas de la fe.
Y en ellas, religioso el pensamiento,
Volando a las regiones de tu gloria,
Más te veo, Señor, que en la memoria:
Me hallo de hinojos a tu mismo pie.

Yo te miro, Señor, sobre tu trono
Rayos vertiendo de divina lumbre,
Que refleja la vasta muchedumbre
De esos globos de fúlgido esplendor.
Rayos que parten de tu frente hermosa
Para argentar los anchos universos,
Discurriendo sutiles y diversos,
Cambiando de sendero y de color.

Yo percibo el aliento de tu boca,
Para los mundos delicada brisa,
Y miro por tu rostro la sonrisa
Al ver los mundos respirar en él.
Giras tus ojos y los astros giran,
Y a cada paso que tus plantas sellan,
Los siglos y los siglos se atropellan,
Gigantes que te siguen en tropel.

Veneración, Señor! El alma mía
Se embriaga con los himnos de tu coro,
Que en arpas de marfil y liras de oro
Los tonos acompañan de tu voz.
Atónito mi espíritu los oye...
Suavísima encantada melodía!...
Olas leves de mística armonía
Cruzan la esfera repitiendo: ¡Dios!

Son, Dios mío, tus ángeles divinos
Que suspenden las orlas de tu manto,
Y en redor de tu trono alzan el canto
Que no sube más alto de tu sien...
Cantan y vuelan en redor del cielo,
Y con la lumbre que brillante exhalas
Se atornasolan sus pequeñas alas,
Que brillan, se obscurecen y se ven.

Cantan, y las estrellas reverberan
Sobre el Eter magníficos colores,
Abren sus globos las pintadas flores
Y regalan perfumes a su voz.
El mar se duerme, y el desierto calma
Al vendaval en sus ligeras huellas,
Pues desiertos y mar, flores y estrellas
Quedan acordes murmurando: ¡Dios!

Veneración, Señor! En todas partes
Absorta te contempla el alma mía;
La obscura noche y el rosado día
Mira, me dicen, *tu Hacedor ahí.*
Las sombras de la tarde misteriosas,
Del céfiro apacible los suspiros,
De la aurora las perlas y zafiros,
Mira, me dicen, *tu Hacedor aquí.*

Aquí está Dios, me grita revolviendo
Sus crines espumosas el Oceano,
Frenético azotando soberano
La roca que sus límites le da.
Aquí está Dios, la roca le responde;
Grita en su cima el águila lo mismo,
Y el leviatán contesta del abismo:
Aquí también el Hacedor está.

¿Pero dónde, Señor, más te percibo?
¿Dónde más sabio y poderoso y bueno?
Aquí, buen Dios, en mi doliente seno,
Cuando llevo mi mano al corazón.
Cuando la sangre como llamas siente,
Cuando al impulso del dolor palpita,
Cuando el influjo de tu fe bendita
Le inspira angelical resignación.

¿Qué dolor desconoce el pecho mío?
¿Qué llanto no ha caído de mis ojos?
¿Y en qué pena, también, mi alma de hinojos
No se postró para elevarse a ti?
¿Y en qué momento le negaste a mi alma
Paz y consolación en sus pesares,
A la luz de tus pardos luminares
En que más bajas silencioso a mí?

Veneración, Señor! ¿Quién en silencio
Puede mirar las fúlgidas estrellas,
Sin mirarte también en medio de ellas
Animando su célico esplendor?
Yo te adoro, mi Dios, yo te comprendo
Y a ti dirijo mi sentido canto,
Porque hoy mis ojos necesitan llanto,
Y lloro conversándote, Señor!...

A DIOS

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota
Del llanto matinal sobre las flores;
El pequeñuelo arbusto
Besando el mar desde la peña rota;
Al expirar el sol, los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto;
De los niños la risa y las congojas;
De las palomas el sentido arrullo;
La música del céfiro en las hojas,
Y el cristal de una fuente y su murmullo,
Fueron siempre, Señor, al alma mía
El terso espejo do tu imagen vía,
Do mis ojos, Señor, te contemplaron
En tu esencia de amor y de pureza,
Como el trueno y el sol me revelaron
Tu eminente poder y tu grandeza.
Pero nunca jamás te hallé más bueno
Ni más sublime en débil criatura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí: vivo en la vida
De una mujer que a revelarme vino
La esencia celestial que hay escondida
En cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,
Y en la leve presión que hace una mano
Transmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto;
Por evitarse un ¡ay! darse una vida,
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
Cuando ese imán pusiste dentro el seno,
Que arrastra misterioso
Un ser hacia otro ser, de encantos lleno.
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento,
El calor mismo de tu mismo aliento;
Y no a tu grave Majestad profana
Al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
Haz que yo goce en calma
Su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
Hazla mía no más: solo con ella,
Más te veré, Señor, cuanto más bella
La halle a la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un Eden,
Si allí, en mi seno su cabeza hermosa,
Tiernos mis ojos contemplarla pueden.
Sentada en mis rodillas
Coronada de flores,
En la tarde tranquila y silenciosa,

Del río en las orillas
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
Porque tanto de cielo representa,
Que a veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel o en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;
Ella hiere, Señor, con mago encanto
La sensibilidad del alma mía,
Como la luna sobre el mar sin olas,
Como en el templo el religioso canto,
Como en lo espeso de las selvas solas
La música del viento,
El quejido de amor de las palomas,
Y el penetrante aliento
De las auras besando las aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
Allá en mis creaciones de poeta,
Cuando de mi alma ardiente
La inspiración secreta
Me hiciera imaginar lo que no vía
En mi ambición de amor y poesía.
Ella no siente sino amor del alma,
Y pudorosa y tímida y amante
A mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su virgen seno,
De sueños de ángel y suspiros lleno,
La flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece,
Y en su mismo sufrir su amor se excita,

Cual se abre y enrojece
La rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,
Y ángel en su bondad y en su pureza,
Aun no comprendo si en mi amor profundo
Me vence el cielo, o si me vence el mundo.
Sólo sé que contento,
Cuando a su lado estoy, más pienso en ella
Que en los ardores que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores,
Dame paz y sosiego,
Que a tanto amor son tantos los rigores,
Que a ti levanto mi sentido ruego.
A ti a quien no profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.

A TERESA

Alma del alma mía,
Ya en tu labio los hálitos no aspiro
Del aire de mi frágil existencia,
Y ya en tus ojos lánguidos no miro
La clara luz de mi risueño día.

Mas ¡ay!, si de la esencia
Del cáliz de tu alma tu suspiro
El nombre lleva de tu triste amante,
Si tu mano al pasar sobre tu frente
La imagen mía en tu memoria siente,
¡Qué me importa de ti llorar distante!

Teresa, ya el destino
Nos separó, ¿es verdad? Pues bien, escucha:
Cuando ya no he de hallarte en el camino
De mi vida quizá; cuando aun es mucha
La juventud que a mi existencia queda;
Cuando todo el aroma de sus flores
Arrebaté ambicioso a tus amores,
Antes, bien mío, que olvidarte pueda
La fuerza de olvidar muera conmigo:
Que en supremo embeleso
Para siempre jamás dejé contigo
Con mi primer amor mi último beso.

Sí, Teresa, es verdad: el pecho mío
Dijo adiós al placer cuando mi mano
Tocó la tuya por la vez postrera,
En tanto que mi labio
Se negaba al rigor de la palabra:
Y sólo el llanto del dolor tirano
Que barrenaba mi alma y ahora labra
Con agudo puñal tu nombre en ella,
Te dijo *adiós* para seguir la estrella
Sin lumbre, sin destino,
Que colocó el infierno en mi camino.

Y si al amor no dije
¡Ay! otro adiós también, mi tierna amiga,
Es porque mi alma para siempre elige
Este amor celestial que por ti abriga.

Vivirá enamorada
De tus dulces recuerdos mi memoria:
Vivirá iluminada
Por un rayo de amor la hermosa historia
De mi primer amor y mis placeres
En el fondo del alma que te adora:
Y entonces ¡ay! ¿qué pueden las mujeres
Y las pintadas flores,
La blanca luna y la radiante aurora,
Qué pueden ¡ay! si pienso en tus amores?

Cinco de Enero, vén: vén a mi mente
Y vive en medio a mis amargas penas,
Como la clara fuente
Del desierto abrasado en las arenas:
Cual la perla escondida entre las olas
Del irritado mar, cual la esperanza
En el obscuro abismo de la vida,
Coronando de bellas aureolas

Esa cumbre fingida
Do el inexperto corazón se lanza.

Vén a mi mente, vén; vengan contigo
Sus encantos, su amor, sus juramentos,
Su dulce acento al suspirar conmigo,
Sus rizos por su sien y la sien mía,
Su temblor virginal y los alientos
Abrasados de amor, y los sonrojos
En su pálida tez, y los desmayos
De su abrasada frente, y, como el día
Del cielo tropical, aquellos rayos
Que amor brotaban de sus tiernos ojos.

Vén a mi mente, vén; vengan contigo
Las palabras aquellas que ninguna
¡Ay! ninguna mujer pronunciar pudo:
« Hoy más libre que nunca, tierno amigo,
« Queda tu corazón; si mi fortuna
« Te ligó a mi existencia en dulce nudo,
« El amor solamente,
« Y no el deber y compasión, inspiren
« Tu beso abrasador sobre mi frente
« Cuando mis ojos con placer te miren. »

¿Quién fué jamás tan noble y generosa,
Quién más abnegación hizo y más pura
Que la que esos acentos
Revelan tan sencilla y tan hermosa
De la más bella y tierna criatura,
En los mismos momentos
De sostener la sien de su querido
Con vértigos de amor desfallecido?
Mas ¡qué mucho, mi Dios, si todo en ella
Es la dulce expresión de la más bella

Y tierna poesía
Que inspirada brotó tu fantasía!

Mujer de filigrana, que al mirarla
Parece que los hálitos del aire
O los rayos de luz pueden matarla.
Yo no sé si a la blanca flor-del-aire
La podré comparar, si al esmaltado
Tímido picaflor sobre la rosa,
O a la opulenta en galas
Sensible mariposa,
Sobre un jazmín su pecho reposado
Y oro vertiendo sus celestes alas.

Llegad, horas tan dulces de la tarde,
Donde se esconden de la historia mía
Mi universo, mi Dios, mi poesía,
Y la suprema gloria
De que hace el corazón altivo alarde.
Llegad a mi memoria,
Horas en que posaba mi cabeza
Desmayada de amor sobre aquel seno
Rebosando de encantos y belleza,
Vacío de doblez y de amor lleno.

Allí la suavidad de los jazmines
Mi rostro acariciaba;
Allí el olor del sándalo embriagaba
Mi sien que se adormía,
Y a despertar volvía
Del tierno corazón a los latidos,
Y a las auras con hálitos de rosa
Que en vez de alientos por mi sien corrían
Y de sus dulces labios encendidos
Derramaba mi hermosa

En besos que a mis ansias respondían:
Cuando al mirarme tierna, poco a poco
Su cabeza inclinaba, y con sus rizos
Cubriéndome el semblante, confundía
Al fin su ardiente boca con la mía.
Y de deleite loco,
Y loco con su amor y sus hechizos,
Mi corazón la sangre que encerraba
A mi apagada tez precipitaba.
Así el sol en la tarde
A medida que baja su alta frente,
Va enrojeciendo el pálido Occidente
Hasta que en llamas purpurinas arde.

¡Embriaguez celestial! Llegad tranquilas
Como la dulce luz de sus pupilas,
Horas de la oración, a mi memoria.
Yo he gozado en vosotras todo cuanto
Puede a un mortal envanecer de gloria,
Gloria del corazón, placer sin llanto.

¿Qué caricias me son desconocidas
Bajo del pardo velo
Con que cubrís tan lánguidas el cielo?
¿Qué palabras sentidas
No llegaron al fondo de mi alma
Puras y religiosas cual la calma
En que absorbéis el pálido universo?
¿Qué tierno melancólico suspiro
No enlutó mi alegría,
Como en vosotras, al morir el terso
Rayo del sol en perlas y zafiro,
La primer sombra de la noche umbría;
Cuando con ella conversando a solas
Hasta el *adiós* postrero iba la mente,

Hasta el cruel *más allá* de lo presente,
Y hasta mi nave en medio de las olas?
Y ella, dando valor al alma mía,
Con sus mismas palabras más sufría.
Así una débil lámpara derrama
Roja luz que deslumbra una pupila,
Y cuando brilla más, más se aniquila
Y se consume con su propia llama.

Sufría, sí, porque su rostro bello,
Su céiica hermosura,
Tienen menos de Dios el claro sello
Que de su alma la cándida dulzura.
Mujer que amando vive, y moriría
Si a su vida el amor faltara un día.

¡Misterios del Eterno! Aquese pecho
Que guarda sus más dulces afecciones,
Puede sentirse de repente estrecho
Al rudo temporal de las pasiones.
Así en el Paraná, linfa del Plata,
Y entre sus islas de aromadas flores,
La corriente sus ímpetus desata
Y las ondas estallan sus furores.

Sí, Teresa, tú en medio del embate
De la vida y el mal en torpe guerra,
Eras cual blanca flor en yerma y ancha
Arena de un combate
Que enrojeció la tierra,
Sin tener en las hojas ni una mancha,
Y sin que el ámbar agostarle pueda
El vapor de la sangre o la humareda...
¡Oh, y no te olvidaré! y no el cederte
Siento, mi corazón hasta la muerte.

¿Sabes, sí, lo que siento hasta el exceso?
No haberte dado a ti mi primer beso.

Mas ¡ay¡ mi bien, no envidies la fortuna
En mi primera edad de otras mujeres:
En los brazos de cien no amé a ninguna;
Amaba solamente los placeres,
Las fuertes emociones,
Las romancescas verdes ilusiones.
Para mi joven pensamiento loco
Era, por Dios, el universo estrecho,
Y toda novedad era bien poco
A la ambición de mi agitado pecho.

Seguía por doquiera
De mi destino el fallo,
Y asistir a la cita de una hermosa
O domar un indómito caballo
Fué siempre para mí una misma cosa.
No envidies, pues, Teresa, a otras mujeres:
Yo no amé la mujer, sí los placeres.

Era sólo la fiebre de la mente
Quemando de mi ser la primer fibra;
Era la tempestad que en el oriente
De mi vida se alzaba, y que en mi seno
Estallaba furioso el primer trueno,
Que apenas hoy en mis oídos vibra.
Ese tiempo pasó, vino la calma,
Vino el amor en su pureza al alma,
Y te he dado, mujer, en mi embeleso
Con mi primer amor mi último beso.

Montevideo, Junio de 1846

A...

Rosa fragante del Edén caída,
Angel proscrito que perdió sus alas,
Perla hermosa del alba desprendida,
Hebra de luz de las etéreas salas;
Paloma que ha dejado misteriosa
Las selvas que habitó en el paraíso;
Fantasía de Dios en noche hermosa,
De que hizo luego terrenal hechizo:

¿Quién eres, dí, beldad fascinadora,
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora:
Que bajo indefinibles apariencias
Al través muestras de encantado velo
Entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres, que al poder de tu hermosura
Se ata de nuevo al mundo
Y vuelve a sus perdidas ilusiones
Aqueste corazón que la amargura
Apuró del dolor? Que en lo profundo
De su ser misterioso sumergido,
Dijo ¡adiós! al placer y a las pasiones,
Y de su propia vida desprendido,
A la fe y la esperanza estaba muerto,
Ajeno al mundo, a los amores yerto?

¿Quién eres que levantas misteriosa
De mi alma yerta los obscuros velos,
Como el alba las sombras de los cielos
Con sus manos de nácar y de rosa?

¡Y cómo no admirarte! ¡Cómo mi alma
Que sufre las angustias del poeta,
No revivir para perder su calma,
No reanimar la inspiración secreta,
Si hay en ti más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día!

Corriendo en pos de mi destino incierto
He surcado los mares,
He pisado la sien de las montañas,
He cruzado el desierto
A la luz de los pardos luminares;
Solitario he dormido
Entre las sombras de la selva hojosa,
O entre flexibles y sahumadas cañas,
Y he despertado al lánguido quejido
Que da de amor la tórtola medrosa.
Mi religión, mi libro, mi belleza
Fué siempre la gentil naturaleza;
Pero hallo en ti más alta poesía
Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,
Sobre una mar tranquila
Como el cristal de plácida laguna,
He visto levantarse silenciosa
En columnas de luz la blanca luna:
¡Panorama magnífico que en vano
Pintar querría con mi acento humano!
Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro

Hay mayor majestad, mayor dulzura
Que en la frente del astro
Que rasga el velo de la noche obscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado
Al contemplar la brillantina lumbre
Que en el cielo del trópico inflamado,
En bella muchedumbre
Derraman los luceros rutilantes.
Allí se mira en ellos
El ópalo, el zafiro y los diamantes,
Y a sus raros y mágicos destellos
El alma se electriza
Y tierno el corazón se poetiza.
Pero ¡ay! en tus pupilas celestiales
Hay más luz que en los astros tropicales!
Espiral de la llama que calienta
Tu tierno corazón; fuego divino
Que tu espíritu de ángel alimenta,
Y que en dulce destino,
Al dar a mi alma agitación suprema,
Más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente
La brida a mi caballo he recogido
Para mirar en el lejano oriente
Un trono de topacios suspendido
En pedestal de nácar y rubíes;
Y sobre gradas de purpúreas rosas
Llegar al trono la naciente aurora.
Desatando las cintas carmesíes
A sus cabellos de oro, y las hermosas
Perlas que entre sus hebras atesora;
Derramar luego de sus tiernos ojos
Los tranquilos destellos del topacio,

Y el reflejo fugaz de los sonrojos
Que la vista del sol causa en su frente;
Llenar después de esencias el espacio
Dando su labio el matinal ambiente,
Y grabar por doquier el sacro sello
Que pone Dios en lo sublime y bello.

Pues bien, en ti mi admiración divisa
Poesía mayor, mayor encanto
Que en esa aurora que revela tanto
La existencia del Dios que la improvisa.

¿Quién al ver la frescura de las rosas
En tu semblante virginal, podría
Echar de menos las que muestra hermosas
El rubio Oriente al asomar el día?

Cuando en fugaz agitación sonríes,
¿En qué cambiante de su luz de grana
La radiante mañana
Hallará de tus labios los rubíes?
¿En cuál nácar del alba tu garganta
Y el alabastro de tu ebúrneo seno,
Cuando de vida y de suspiros lleno
Con tu aromado aliento se levanta?

¿Con qué cuadros de luz, con qué espirales
La hermosa aurora a disputar se atreve
Las gracias virginales
Que en movimiento blando
Se deleitan jugando
En derredor de tu cintura leve?

¡Oh! si te hubiese visto un solo instante
Allá en los tiempos en que el alma mía,

Feliz y delirante,
Era toda entusiasmo y poesía,
Yo no hubiera pedido prosternado
A la naturaleza,
Los misterios sin fin de su belleza
Que en mi lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura
Mi enamorado labio cantaría;
Y de tus ojos a la lumbre pura
Divino fuera mi mundano verso,
Y mi verso te haría
Divinidad también del universo.

Para adornar tu espléndida cabeza
Pediría a la gloria
Lauros que eternizaran la memoria
De mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón, que espera,
Cual arpa eoleana,
El primer soplo con que amor le hiera
Para dar tierno su amoroso acento,
De mi pasión temprana
Sentido hubiese el abrasado aliento.
Yo buscaría en ti la oculta fibra
Que pulsada una vez se agita y vibra,
Y hace que la mujer, sin saber que ama,
Arda de amor en la quemante llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca
Savia de vida, espíritu de amores,
Mi vida fuera un piélago de flores,
Y el alma mía de entusiasmo loca
Haría caprichosa
Edén del mundo, y de ti una Diosa.
. . . . . .

Con mis manos tu frente cubriría
Para que el sol no ajara tu hermosura,
Y en hálitos de amor perfumaría
El aura que rozase
Con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondría en tus hombros mi cabeza,
Jugaría mi mano con tus rizos,
Y entonces ¡ay! de Laura la belleza
Mi amor envidiaría y tus hechizos,
Pues más enamorada sonaría
Que la voz del Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso
Robaría a tu labio el primer beso,
Y ¡ay!, de Leonora la amorosa historia
Olvidaría el mundo, y la hermosura
Que dióle al Tasso su inmortal diadema!
Yo con la luz de mi radiante gloria
Diera más brillantez a tu ternura,
Más vasto imperio a tu beldad suprema;
Y en las alas del tiempo y la memoria
Volarían mis cantos
Eternos con tu amor y tus encantos...

Delirio celestial, huye de mi alma!
Mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el Occidente
Un astro baja su radiosa frente:
Esa es mi juventud... esa es mi vida
Por el genio del mal tan combatida!
Hasta mis tristes ojos
Llegas tú, criatura indefinible,
Cuando ya sólo quedan los despojos

De lo que fué mi ser. Mano terrible
Puso el dolor en mi temprana vida,
Y a la hazaña homicida
Con que apuró en mi pecho sus rigores,
Se agostaron las flores
Lozanas de mi mente;
Los años para mí se apresuraron,
Y de mi joven frente
La corona de amor me desataron.

Pero no, todavía
No soy bien infeliz, pues que en mi seno
Queda una fibra que vital palpita
Al talismán de tu sin par belleza;
Cual de un jardín ameno
Que el huracán aniquiló en la noche,
Suele quedar oculta dentro el broche
Una flor que levanta su cabeza
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi lira una armonía —
La postrera quizás — sentida, ardiente,
Flor que robo al jardín del alma mía
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

Río de Janeiro, Agosto de 1845.

ILUSION

Todo eres tú: los cielos sin colores,
Tibia la brisa, sin su luz el día,
Turbios los ríos, sin olor las flores
Donde no encuentro la adorada mía.

Todo eres tú: sin fuerza la memoria,
Mi vida es una vida sin pasado,
Que no tiene más flores, más historia
Que el solo nombre de mi bien amado.

¿Me amas? ¡oh, soy feliz! Pero, ángel mío,
A mi felicidad falta una cosa:
Vamos a orillas de mi patrio río
A respirar su brisa deliciosa.

Sin Buenos Aires, a mi labio toca
Siempre la miel mezclada con veneno;
Vén a mi patria, vén, y mi alma loca
Rebose de placer dentro mi seno.

¡Oh, sí, tú vienes ya! ¡qué hermoso río!
Estas son de mi patriá las orillas;
Míralas con placer, encanto mío,
Y... vén ahora... pronto... en mis rodillas.

Así... tiende a la espalda tus lánguidos cabellos,
Inclíname tu rostro teñido de rubor;

Tus ojos en los míos para cambiar con ellos
Inmaculados rayos del fuego del amor.

Consiente que mis brazos estrechen tu cintura;
Reclina aquí en mis hombros tu alabastrina sien...
Al río ha enamorado tu angélica figura
Y besa con recato tu delicado pie.

El sol acaba — ¡mira! — de sepultar su frente:
¿Qué cielo hay más hermoso que el que nos cubre aquí?
Mira ese azul tan limpio, tan terso: solamente
Habrá en el alma tuya tranquilidad así!

¿No sientes un aliento purísimo de aromas
Que te dilata el alma, que espíritu te da?
Son brisas que nos llegan de las floridas lomas
Y las sahumadas islas que baña el Paraná.

Si bajo de estos cielos tan límpidos y hermosos
No se alza entre sus nubes el trono del Señor,
Bien pueden a lo menos alzarse majestuosos
El trono de la gloria y el templo del amor.

Repíteme al oído... muy bajo... que no sienta
El adormido río los ecos de tu voz;
Repíteme, alma mía, que tu alma se alimenta
Con el amor que puso dentro mi seno Dios.

¡Mi amor! Deja se vuele fugaz hasta las olas
El velo que cubría tu pudorosa sien;
Las brisas se lo lleven, y que mis malos solas
Te cubran y te guarden, mi enamorado bien!

CANTO DEL POETA

I

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Y la vela desplegada,
Y en el mástil mi corona,
Si por mí ninguno abona,
Yo por mí sabré abonar.

Vuela, vuela,
Mi barquilla,
No hay orilla
Que tocar;
Que en tu rumbo
Tan incierto,
Es tu puerto
Todo el mar.

II

Si me encuentra algún pirata
Y a mi rumbo presto vira,
Yo me río, y en mi lira
Suena un canto sin afán.

Que al puñal que me amenaza
La alma mía no se inquieta,
Pues si matan al poeta,
La canción no matarán.

Vuela, y todo
Desafía,
Barca mía,
Sin temer;
Que lo humano
No se avanza
Donde alcanza
Tu poder.

III

Cuando recio brama el viento
Y la ruda mar se empina,
Mi cabeza se reclina
En los hombros de mi bien.
Y al arrullo de las ondas
Yo me duermo en su regazo,
Mientras forma con su brazo
La corona de mi sien.

Corre, barco,
Descuidado,
Que a tu lado
Va el amor:
Que este niño
Allí se encanta
Donde canta
El trovador.

IV

Si altas naves al hallarme
Alzan fuerte su bandera,
«Id con Dios, que es más velera
Mi barquilla», digo yo.
  «De oro y seda son las vuestras,
Mis banderas son de flores;
Sois más ricas en honores,
Pero no más libres, no».

Vuela, vuela,
Barca activa,
Con altiva
Vanidad;
Que en tu humilde
Popa airosa
Va la hermosa
Libertad.

V

  Cuando en medio de las olas
Se deshaga mi barquilla,
Mi corona irá a la orilla
Mientras yo a la eternidad.
  Y banderas y altas naves
Cuando ya nadie recuerde,
Mi corona siempre verde
Vivirá en la humanidad.

Sigue, sigue,
Barca bella,

Yo tu estrella
Sé alumbrar.
Yo, que si eres
Sumergida,
Nueva vida
Te he de dar.

VI

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Vuela, vuela,
Mi barquilla,
Que en tu rumbo no hay orilla,
Y es tu puerto todo el mar.

A TI

¿Qué te han hecho las flores,
Que burlando su aroma y sus colores
Vas a humillarlas en su propio trono?
¿Por qué pones al lado de la rosa
Tu cintura gentil, tu frente hermosa?

¿Por qué te acercas para hacerle agravios
Al clavel purpurino con tus labios?
¿Por qué a la flor ligera
De la leve inocente enredadera
A acariciar te atreves
Con tus manos más puras y más leves?

¿Por qué la esencia pura
Que exhalan ellas de su cáliz lleno
Humilla con sus hálitos tu seno
Perfumado de amores y ternura?

Déjalas donde habitan,
Donde amanecen y se ostentan bellas,
Pues las flores más lindas se marchitan
Si estás en el jardín al lado de ellas.

Deja esos brotes pobres de la tierra
Que gocen de su corto y fugaz día,
Que harto aroma y beldad en ti se encierra,
Brillante flor de hermosa poesía.

Flor que en mis sueños de oro
Imaginé en mi seno colocada;
Que luego a mi ilusión dejó burlada,
Y que si más se esquiva más la adoro.

Montevideo. Noviembre de 1846.

LA AROMA

Insensible del alba al tierno lloro
Y al beso de las auras peregrinas,
Resplandeces, del sol lágrima de oro,
Bella y soberbia en tu sillón de espinas.

Engreída en tu altísimo palacio,
Halagar y engañar son tus placeres;
Te haces mágico dueño del espacio,
Llamas de lejos y de cerca hieres.

Ingrata y falsa, sin piedad lastimas
La mano que te busca sin recelo;
Y si a cogerte sin temor la animas,
Es cuando el viento te postró en el suelo.

¡ Ay ! la que tanto mal lleva consigo
La triste ley de su destino aclama:
Sin un seno de amor que la dé abrigo,
Su destino es morir seca en la rama.

ADIOS

En unos versos fuera ¿lo recuerdas?
Cuando te hablé de amor el primer día,
Y hoy que está yerta la esperanza mía,
Recibe en otros mi postrer adiós.
Quede así el desconcierto de dos almas
Entre dos armonías encerrado,
Y legando al misterio lo pasado
Cual te bendigo, te bendiga Dios.

Yo nací para amarte, y recibiendo
Tan suprema misión con embeleso
Te he amado, criatura, hasta el exceso,
Si exceso cabe en mi pasión por ti.
Te di mi corazón: lo has desdeñado;
¿Debo culparte? no; ¿qué lazo estrecho
Puede ligar tu amor al de mi pecho,
Si en ti es la dicha y la desgracia en mí?

¿Qué hacer? Adiós. El mundo o el Eterno
Marca de los mortales el destino:
El tuyo es un arroyo cristalino
Que sobre flores resbalando está.
El mío es el reverso sobre el mundo:
Nuevo Mazepa, mi alma dolorida

Amarrada en el potro de la vida
Hecha pedazos desangrando va.

A tu pureza angelical responde
Toda naturaleza con sonrisa,
Y corre el mundo a derramar aprisa
Sus flores en redor de tu beldad.
A mí silencio y soledad me cercan,
Y opresa el alma de glacial fastidio,
Por extinguir en mi cabeza lidio
Una idea terrible en mi orfandad.

La copa del placer rota en mi mano,
Deshecho el prisma que forjó mi mente,
Ha mucho tiempo que mi pecho siente
Calma extraña en mi fuerte corazón.
Ha mucho tiempo que mi frente baño
En el Leteo del placer mundano,
Como Manfredo, procurando en vano
Olvido, nada más, en la ilusión.

¿Cómo ligar nuestros destinos, díme?
¿Cómo prender en mi tan yerma vida
Tú, blanca rosa del Edén caída,
Que conservas tu aroma celestial?
¿Cómo cambiar tu suerte, ángel que juegas
En el jardín de tu primera aurora,
Por el amor que en mi alma se atesora,
Si en ese amor hay lágrimas quizá?

Dios inspiró tu resistencia ¡oh virgen!
Y el llanto que ha caído de mis ojos
Revelaba de mi alma los enojos,
No contra ti, contra mi propio ser.

Tú no has hecho en el mundo mi desgracia,
Porque esta enfermedad de mi destino
Antes, mucho antes que mi amor le vino;
Pero ¡ay! pudiste mi ventura hacer!

¡Por siempre adiós! Prosigue tu camino,
Tórtola de las selvas argentinas,
Y en agua de las fuentes cristalinas
La sed apaga de tu tierno amor.
Agite apenas tus endebles alas
El soplo de los céfiros ligeros,
Y duerme entre los verdes naranjeros
Embriagada en el ámbar de su flor.

Yo seguiré también, cóndor salvaje,
Entre la ronca tempestad mi vuelo,
Y en las vertientes del pedroso hielo
Mi sangre hirviente refrescar podré;
Y entre la nube do fermenta el rayo,
Por el trueno y los vientos sacudido,
Sobre mis propias alas suspendido
En medio a las tormentas dormiré.

Olvídame también. Mi amor fué puro
Como a ti de tu madre el primer beso;
Mas, porque fué tan puro mi embeleso,
Hasta mi nombre olvídale por ti.
Tú no sabes ¡oh virgen! lo que cuesta
Hallar un corazón sobre este mundo
Que siquiera en el giro de un segundo
Haga por otro abnegación de sí.

Yo no te olvidaré. Será tu imagen
Cuanto más gire el tiempo más querida,

Y al terminar mi viaje de la vida
En las puertas del cielo diré así:
« Traigo conmigo mundanal memoria;
« Pero es tan pura sobre el mundo y bella,
« Que yo pensaba en Dios pensando en ella,
« Y vengo a Dios con su recuerdo en mí. »

Montevideo, Abril de 1847.

INDICE

de las correcciones hechas en esta edición al texto de las ediciones corrientes

---

CANTOS DEL PEREGRINO

Página 66 *(Trópicos)*

Lo miran de los montes la *esmeraldada* sien.

En todos los demás textos: *esmeraltada.* Véase la *Advertencia.*

Página 70 (Canto III)

Bajo el cenit *azul* del Mediodía

Se ha restablecido en este verso el adjetivo *azul,* usado seguramente por el poeta. Véase la nota de la página 70.

Página 85 *(A Buenos-Aires)*

Al ver estos cielos a mi alma dirían:
Nosotros te dimos la luz al nacer.....

Los demás textos dicen *Nosotras*, refiriéndose a las nubes, mencionadas en la estrofa anterior; pero no son las nubes las que hablan, sino *los cielos*, según lo evidencia el sentido, al añadir:

Y en *olas de lumbre* bañamos tu sien.

Página 85 *(Id.)*.

¡Oh, vaya en *vosotros* al suelo argentino
Vibrando en las olas mi lúgubre ¡adiós!

El *vosotras* (por las ondas), que ponen aquí todas las ediciones, no tiene sentido. El poeta se refiere a los mares, *en cuyas olas* quiere que vaya su adiós.

Página 93 *(La noche obscura)*

Adonde *está* el impío que con blasfemo pecho...
Id, genios de la noche...

Corrección necesaria del sin sentido: *Adonde del impío,* que todos los textos traen.

Página 99 *(Crepúsculo en el mar)*

Y lívida suspira y solitaria...

Todas las ediciones, por trastrueco evidente, dicen:

Y solitaria y lívida suspira,

verso que, además de incurrir en asonancia con el *inspiran* del siguiente, rompe la asonancia en *a-a* que rige

la estrofa y el trozo entero. No puede suponerse en Mármol, diestro versificador, tanta impericia.

Página 101 *(Id.)*

Y Carlos ¡ay! mi joven PEREGRINO,
Alma por excelencia infortunada,
Que de tórtola y león la mezcla abriga...

He creído deber cambiar aquí, respetando todas las palabras, la construcción zurda y falsa impresa antes constantemente:

Mezcla de león y tórtola que abriga...

Página 105 *(Id.)*

Como se *levanta* el roble
Que *inclinara* el huracán.

Corrección de:

Como se *levantó* el roble
Que *lo inclinó* el huracán.

Página 115 *(A las estrellas)*

Sois de todos *clarísimo destino...*

Corrección del *clarísimos destinos* de los textos conocidos, que, sin ninguna excusa de sentido, estropean la consonancia con *camino,* palabra con que termina el último verso de la estrofa.

Página 124 *(Súplica)*

En el *nervudo* brazo la desmedida lanza...

Corrección de *nervoso,* que es otra cosa.

Página 125 *(Id.)*

Deslumbrará en *los* siglos el león y los castillos...

Los textos dicen *diez siglos;* pero no creo que el poeta haya incurrido en el error de limitar, aunque sea al largo lapso de diez siglos, el tiempo en que la gloria argentina haya de deslumbrar al león y los castillos españoles.

Página 128 *(Id.)*

Sus días no son claros ni el *aire* lisonjero.

Todos los textos ponen aquí *aura,* por *aire,* incurriendo en un solecismo gratuito.

Página 129 *(Id.)*

De nardos que codician las *auras* del Edén.

Corrección de *jarras.* Véase la *Advertencia.*

Página 129 *(Id.)*

Cubierto me contemple por dulimán y chales
de azahares...

Los demás textos ponen *dulipán*, y alguno *tulipán*. Véase la *Advertencia*.

Página 130 *(Id.)*

Y la mirada *tiéndese* sin tropezar con montes...

Aun teniendo en cuenta la habitual despreocupación de Mármol, me parece muy probable que haya escrito *tiéndese*, en vez de *hiende* (verbo activo, que necesitaría un complemento), que dan las ediciones corrientes.

Página 132 *(Id.)*

Al *soplo* de infortunio se acongojó mi vida,
Como silvestre lirio que el huracán dobló.

En todas las ediciones se lee aquí *sol del infortunio*, lo que es una imagen incongruente. Nada menos comparable al sol que el infortunio. La restitución de *soplo* parece tanto más fundada, cuanto el poeta compara su vida, en el verso siguiente (continuando el mismo orden de imágenes), al lirio doblado por el *huracán*.

Página 142 *(En el Brasil)*

Allí el alma embriagada,
Respirando una brisa perfumada, etc.

Releyendo, después de impreso este pasaje, el texto del canto XI publicado en "La Reforma Pacífica", en 1857 (números del 14 de Enero y siguientes), he advertido que todas las ediciones, a partir de la de 1889, omiten un verso entero *(Ni ha secado una lágrima en*

sus giros), y escriben luego la palabra *zafiro* en singular, cuando debe estar en plural, para aconsonantar con *giros*, del verso suprimido. He aquí todo el pasaje, tal como el poeta lo escribió, y como en adelante debe ser reimpreso:

Allí el alma embriagada,
Respirando una brisa perfumada
Con los dulces alientos de las flores,
Que no ha tocado el ¡ay! de los dolores,
Ni ha secado una lágrima en sus giros,
Y que parece, cuando el rostro toca,
En ves de brisa, aliento de las puras
Seráficas criaturas,
Que en las nubes de perlas y zafiros
Exhalan tiernas de su dulce boca...

Página 142 *(En el Brasil)*

Allí, sobre la cumbre de esa *sierra*...

Este verso rima con el subsiguiente:

Los siglos de la *tierra;*

y sin embargo, todos los textos anteriores dicen absurdamente también *tierra* en aquel verso.

Página 145 *(Id.)*

Pero al menos mezclóse *a* la armonía...

Falta la *a* en todas las ediciones, cambiando viciosamente el sentido. [1]

(1) Después de impresas esta corrección y la anterior, he podido comprobar su exactitud en el texto del canto XI publicado en "La Reforma Pacífica".

Página 151 *(Naturaleza e historia)*

Bajo el crucero Carlos no ha podido
Perguntar a Venecia qué se hicieron
De su tiempo florido
Las *tres centurias* que al León oyeron
Rugir con libertad, dejando al mundo
Desde San Marcos en pavor profundo...

Todos los textos conocidos ponen en este pasaje *trece* siglos, dando una duración disparatada a la libertad, gloria y poderío de la República de Venecia. Esta dió la primera muestra de su poder en la cuarta Cruzada (1201), de modo que para contar desde esa época *trece* siglos, sería menester llegar al siglo 25! La República veneciana duró justamente once siglos (697-1797); pero el período de su grandeza sólo abarca *tres*, desde la cuarta cruzada hasta fin del siglo XV. El descubrimiento de América dió un golpe mortal a su comercio, y la dominación española en Italia en los siglos XVI y XVII abatió para siempre su fuerza militar y política. Como no es posible suponer tal enormidad en Mármol, y ya sabemos la fe que merecen sus detestables ediciones corrientes, no puede haber vacilación alguna en poner *tres*, en vez de *trece:* pero como al verso, en tal caso, le faltaría una sílaba (y Mármol no usaba la *libre* versificación modernista), me he visto obligado a substituír *siglos* por *centurias*. Acaso también el poeta escribiría *áureos*, con mejor gusto, y para no limitar ante la imaginación la grandeza veneciana, contándola por los dedos.

El texto del canto XI (al cual pertenece este pasaje) publicado en "La Reforma Pacífica", incurre también en el mismo desbarro; pero el haberlo sido eventualmente en vida del poeta (1857) en un periódico, no le da absoluta autenticidad, ni puede autorizar error tan manifiesto.

Página 158 (Canto XII)

¡Argentino! Por Dios y por mi vida
Que este *nombre* no es hoy una gran cosa.

Todos han impreso aquí *mundo*, en vez de *nombre*, contra lo que pide el sentido, la intención y el contexto de la estrofa entera, que remata así:

Que lleva de argentino el triste nombre.

Página 159 *(Id.)*

En vez de miserables y verdugos,
Hombres de honor y corazón valiente.

Se corrige aquí el singular *hombre*, error tipográfico (como hay muchísimos, de puntuación y de palabra) repetido por todos.

Página 159 *(Id.)*

Y al vencido infeliz la propia mano
Del vencedor, *cuidábale la herida*,
Al que quiso matar, dándole vida.

Los textos publicados dicen en el segundo verso:

Del vencedor cuidaba de su herida.

Con una ligera variante, muy verosímil, se ha depurado la estropeada sintaxis de ese giro. Varias ediciones (la del 89 y la de la Antología del Centenario)

embrollan, además, el último verso en su sentido y en su métrica, poniendo:

Al que *no* quiso matar, dándole vida.

¡Sea todo por el amor de Dios!

Página 161 *(Id.)*

Levantando una *virgen esperanza.*

Se ha suprimido aquí un *de* postizo, que hacía ininteligible la idea del poeta:

Levantando una virgen *de* esperanza.

Página 161 *(Id.)*

Y abría del futuro los caminos...

Se corrige el zurdo, *de un futuro.*

Página 163 *(Id.)*

... Quedad, hasta que un día
Llevemos ¡ay! vuestra ceniza fría.

Lloremos, dicen aquí todos. La corrección no puede ser más justificada. El poeta preve un tiempo mejor en que los proscriptos podrán *llevar* al seno de la patria los restos de sus padres muertos en el destierro. Para llorarlos no necesitaban esperar tanto.

Página 158 (Canto XII)

¡Argentino! Por Dios y por mi vida
Que este *nombre* no es hoy una gran cosa.

Todos han impreso aquí *mundo*, en vez de *nombre*, contra lo que pide el sentido, la intención y el contexto de la estrofa entera, que remata así:

Que lleva de argentino el triste nombre.

Página 159 *(Id.)*

En vez de miserables y verdugos,
Hombres de honor y corazón valiente.

Se corrige aquí el singular *hombre*, error tipográfico (como hay muchísimos, de puntuación y de palabra) repetido por todos.

Página 159 *(Id.)*

Y al vencido infeliz la propia mano
Del vencedor, *cuidábale la herida*,
Al que quiso matar, dándole vida.

Los textos publicados dicen en el segundo verso:

Del vencedor cuidaba de su herida.

Con una ligera variante, muy verosímil, se ha depurado la estropeada sintaxis de ese giro. Varias ediciones (la del 89 y la de la Antología del Centenario)

embrollan, además, el último verso en su sentido y en su métrica, poniendo:

Al que *no* quiso matar, dándole vida.

¡Sea todo por el amor de Dios!

Página 161 *(Id.)*

Levantando una *virgen esperanza.*

Se ha suprimido aquí un *de* postizo, que hacía ininteligible la idea del poeta:

Levantando una virgen *de* esperanza.

Página 161 *(Id.)*

Y abría del futuro los caminos...

Se corrige el zurdo, *de un futuro.*

Página 163 *(Id.)*

... Quedad, hasta que un día
Llevemos ¡ay! vuestra ceniza fría.

Lloremos, dicen aquí todos. La corrección no puede ser más justificada. El poeta prevé un tiempo mejor en que los proscriptos podrán *llevar* al seno de la patria los restos de sus padres muertos en el destierro. Para llorarlos no necesitaban esperar tanto.

Página 166 *(Id.)*

Suspira el PEREGRINO, y de la nave
Vuelve *hacia el* Sur la vista conmovida.

En vez de *vuelve del Sur,* evidentemente equivocado. Véase la nota de la página correspondiente .

Página 166 *(Id.)*

Cuando ve por doquier *tiendas* y lanzas...

Corrección del absurdo *tiempos*. Véase la nota de la página 166.

Página 167 *(Id.)*

Como al alba del ave el primer *pío*...

Trío, en vez de *pío*, se ha impreso siempre desatinadamente. Véase la nota de la página 166.

Página 168 *(Id.)*

Y ya la sin piedad mano de hierro
Del infortunio taladrar *su* vida.

No necesito justificar la corrección del artículo *la*, que en vez de *su*, ponen todos. El poeta se refiere a la vida *de Carlos.*

Página 168 *(Id.)*

Allí están esas costas del Oriente,

Este verso termina una octava, y ello ha inducido sin duda, falsamente, al editor de 1889 y al de "La Cultura Argentina", a poner punto después de *Oriente,* cuando el sentido queda mejor y más natural interponiendo sólo una coma entre esa octava y la siguiente. La Antología del Centenario lo hace también así.

Página 168 *(Id.)*

Y pudo en sus bellezas admirarlos,
Y más que *en* su belleza, en su ventura...

Falta en todas las impresiones la primera preposición *en,* necesaria para el sentido.

Página 169 *(Id.)*

Serpean entre blancas *cortaderas...*

Corrección de *primaveras*. Véase la extensa nota de la página correspondiente.

Página 170 *(Id.)*

Que en el centro del mar se alzan redondas:

También por terminar este verso una octava, se pone siempre punto después de *redondas;* pero más aún que en el caso citado anteriormente, es necesario no interrumpir la continuidad del sentido entre esa estrofa y la que la sigue. La simple lectura lo demuestra.

Página 171 *(Id.)*

La industria de la Europa en raudas alas
Miraba la *feliz* Montevideo
Llegar para cubrirla con sus galas.

Página 179 *(Id. — Al Plata)*

No desmienta *tu* brazo el rigor.

Corrección necesaria de *su*.

Página 179 (*Id. Id*)

Es un mar de pasiones y sangre...

Sin duda por error tipográfico, pero repetido por todos, se ha adulterado visiblemente la intención del poeta poniendo entre interrogantes los últimos cuatro versos de la estrofa, a partir del arriba citado. En los cuatro primeros el poeta hace, sí, una serie de preguntas, a las cuales responde decidida y enérgicamente en los cuatro últimos. La expresión allí de una duda debilita y arruina todo el pasaje. Poco más adelante, el poeta afirma de nuevo: *Ese mar de pasiones y sangre — Mi barquilla también arrebata.*

Página 181 (*Id. Id.*)

Los rayos en las ondas, los rayos *por* doquier.

Salvo la Antología del Centenario, todos ponen aquí viciosamente *a* en vez de *por*.

Página 181 (*Id. Id.*)

Y de hombres y de *industrias* y de virtudes llenas
Salpicarás el árbol frondoso de la paz.

Corrección sencilla de *industria*, que no condice con los demás plurales del verso. La edición de la Antología

del Centenario, sin duda por no perder la costumbre, maltrata, además, este pasaje así:

Y de *hombros* y de industria y de virtudes llenas,
Suplicarás el árbol frondoso de la paz.

Página 182 (*Id. Id.*)

Y el alto pensamiento *morando en* su cabeza,
Del genio en la batalla te buscará el laurel.

No es posible contener la risa ante la barbaridad que todos los editores han hecho decir a Mármol al publicar estos gallardos versos así:

Y el alto pensamiento *mirando su cabeza*...

Confieso que he necesitado cavilar algo para acertar con la indudablemente verdadera lección. Véase la nota de la página correspondiente.

ARMONIAS

Página 189 (*A Rosas*)

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Que has hecho de la patria que te guardaba en sí:

Tal la lección de este pasaje en las dos ediciones hechas por el autor (1851 y 1854). Así también la de 1889. Esto es, del lodazal sangriento *en que has convertido* la patria. Pero la edición hecha por José Domingo Cortés

en París (Bouret), y otras posteriores, como la de la Antología del Centenario y la de "La Cultura Argentina", dividen esta cláusula en dos, alterando indebidamente el sentido de la lección auténtica, en esta forma:

Levanta la cabeza del lodazal sangriento:
¿Qué has hecho de la patria que te guardaba sí?

Página 208 *(Rosas)*

Habla: y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?

Para entender bien el sentido de esta estrofa, conviene advertir que el poeta escribió en el primer verso, poco correctamente, *en pos la destrucción*, por *después de la destrucción.*

Página 221 (*Sueños*)

Se exhale melodiosa mi *conmovida* voz.

Así en las ediciones auténticas de las *Armonías* y en la de 1889. Pero la de Cortés, la Antología del Centenario y "La Cultura" han substituído ridículamente *conmovida,* por *conocida.*

Página 222 (*Id.*)

¿Qué son ante la vida las realidades de ella
Si descorrido el velo de la razón las ve?

Es la lección auténtica; pero el concepto queda confuso por faltar el sujeto de *las ve.* ¿Quién es el que *ve*, aquí, las realidades de la vida? Sería menester entender que *la razón,* para lo cual habría que repetir, como suje-

to, directamente o por medio del pronombre *ésta*, lo que en el segundo verso es mero complemento de *velo*.

Página 224 (*Desencanto*)

Y *cuanto* más el huracán da paso
Al trueno, al rayo y a la nube errante,
El Atlas y los Andes y el Caucaso
Tiemblan sobre sus bases de diamante.

"La Cultura" pone *cuando* en vez de *cuanto*. Aunque acaso sea mejor lección, he creído deber respetar la que traen las dos ediciones auténticas, así como la de 1889.

Página 234 (*A Dios*)

Ella hiere, Señor, con *mago* encanto...

Magio dicen todas las ediciones; pero es seguramente un simple error tipográfico, repetido por incuria o ignorancia.

Página 234 (*Id.*)

Y el penetrante aliento
De las auras besando *las* aromas.

Las ha sido cambiado por *los* en la edición de París, en la Antología del Centenario y en la edición de "La Cultura", confundiendo, sin duda, el femenino *aroma* (flor) con el masculino *aroma* (perfume).

Página 239 (*A Teresa*)

O a la opulenta en galas
Sensible mariposa,
Sobre un jazmín su pecho *reposado*
Y oro vertiendo sus celestes alas.

Esta bellísima inspiración no fué incluída por Mármol en ninguna de sus dos ediciones. La de 1889 y otras posteriores ponen en el pasaje arriba citado:

Sobre un jazmín su pecho *esmaltado.*

Para que este verso *conste,* es necesario un desagradable hiato entre sus dos últimas palabras, y lo que todavía es peor, ese adjetivo viene a rimar así con otro *esmaltado,* que muy pocos versos antes aplica el poeta al picaflor. No existiendo texto auténtico de esta pieza, he ensayado una corrección de todo punto necesaria, que me parece dar una lección probable.

Página 243 (*A...*)

Perla hermosa del alba desprendida
Hebra de luz de las etéreas *salas...*

Las ediciones auténticas, así como las posteriores, dicen aquí *galas,* en vez de *salas.* Para mí, sin embargo, se trata de un simple error tipográfico repetido indefinidamente, como en el caso de *magio,* más arriba citado. El poeta emplea también la expresión *etéreas salas* en la estrofa 19.ª de ***Desencanto.***

Página 246 (*Id.*)

¿En qué cambiante de su luz *de* grana
La radiante mañana
Hallará de tus labios los rubíes?

La segunda edición auténtica (1854) y casi todas las posteriores escriben:

¿En qué cambiante de su luz *la* grana...

lo que rompe evidentemente el sentido. Consulté en el caso la primera edición auténtica (1851) y hallé la verdadera lección, con *de* en vez de *la*, que va en mi texto. La edición del hijo del poeta, de 1889, pone también *de*, pero substituyendo arbitrariamente *luz de grana*, por *mar de grana*.

Página 247 (*Id.*)

De mi pasión temprana
Sentido hubiese *el* abrasado aliento.

He creído deber corregir en este último verso el *mi* que traen todas las ediciones, por *el*, que es lo que la construcción requiere. Debe de ser también un error tipográfico de repetición.

Página 256 *(A ti)*

Ese es el verdadero título de este delicado y gracioso rasgo, según las dos ediciones auténticas. No sé por qué el hijo del poeta, en su edición de 1889, lo cambió por éste: *A ella, en su jardín.*

Página 258 (*La aroma*)

Bella y soberbia en tu *sillón* de espinas.

No está incluída esta ligera y simbólica composición en las ediciones del poeta. Las demás dicen *millón,* en vez de *sillón*. Creo que la corrección es de simple buen sentido.

Página 260 (*Adiós*)

¿Cómo prender en *mi* tan yerma vida,
Tú, blanca rosa del Edén caída,
Que conservas tu aroma celestial?

Es esta la lección propia y autorizada en las ediciones del poeta. La de 1889 y otras convierten el posesivo *mi* en el pronombre homónimo *mí*, desbaratando el sentido.

Página 261 (*Id.*)

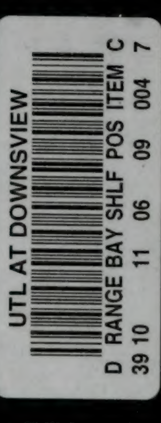
Mas, porque fué tan puro mi embeleso,
Hasta mi nombre *olvídale por ti.*

Es texto auténtico: pero no se entiende bien. Creo que se trata de una expresión pleonástica, ripio del verso, equivalente a esta: *por tu parte,* olvida hasta mi nombre.

ERRATAS NOTADAS

Página	Donde dice:	Léase:
9 — línea 30	canto X	canto VI
36 — línea 14	viajes de mar	viajes por mar
54 — verso 19	blasones,	blasones
57 — verso 10	brazo:	brazo,
57 — verso 25	lo poesía	la poesía
65 — verso 7	luego,	luego
96 — verso 7	albores;	albores,
122 — verso 2	desapareció	despareció
129 — verso 14	jardín con los laberintos	jardín con laberintos
130 — verso 14	los aromas	las aromas
137 — verso 9	profundo,	profundo
137 — verso 12	oceanos	océanos
140 — verso 11	o al tocante y agudo	o el tocante y agudo
174 — verso 11	y a su alma	y esas almas
215 — verso 16	¡Oy! sí	¡Ay! sí
225 — verso 27	Recuerdo de la luz un claro día	Recuerdo de la luz de un claro día
241 — verso 10	su céiica	su célica

Imprenta «INDEX», de Casartelli y Cia. — Cochabamba 563


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 06 09 004 7